



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO**

FACULTAD DE PSICOLOGIA

**EXPLORACION DEL VINCULO DEL
APEGO PATERNO**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGIA**

P R E S E N T A N:

**DELIA BEATRIZ DE LOZADA JASSAN
GRACIELA POSADAS FIGUEROA**

DIRECTORA:

MTRA. INDA SAENZ ROMERO

ASESORA METODOLOGICA:

LIC. PATRICIA DE BUEN



MEXICO, D. F.

2005

m. 340605



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UBA a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Caracola Pazdas Is

FECHA: 15 Feb 05

FIRMA: 

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UBA a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Dela Beatriz de Torrealde

FECHA: 1 Feb. 05

FIRMA: 

DEDICATORIAS

*A mis creadores:
Delia y Enrique,
gracias a quienes soy.*

*A mis personas favoritas:
Santiago, Daniel y Alex,
gracias por ser los más grandes
y mejores maestros.*

*A mi compañero de viaje:
Héctor,
gracias por haberte cruzado en mi camino
y permanecer en él.*

B e t t y

*A Dios:
Por estar siempre conmigo.*

*A mi hijo Jorge Adrián:
porque en tu inocencia se encuentra la sabiduría.
Gracias por enseñarme la esencia de la vida.
Te amo incondicionalmente.*

*A mi mamá y papá:
Por ser una bendición en mi vida.*

*A mis hermanos, Javier y Juana:
por Ser Siendo.
Gracias por ser mi mayor apoyo.*

*A Martín, Raúl, Mónica y Patricia:
por iluminar y compartir mi camino.*

*A Jorge:
Por acompañarme en este tramo de mi vida.
Por el contacto que me hizo apreciar las diferencias.*

*A mis sobrinos, Martín, Benjamín y Fabricio:
por compartir sus apegos.*

*A Bety:
Por coincidir y completar el ciclo juntas.*

*A todas las personas que estuvieron cerca y lejos,
y que de alguna forma
compartieron esta parte de mi historia.*

*A Ina y Paty:
por toda su paciencia.*

ÍNDICE

	Pág.
Introducción	5
CAPÍTULO I	
1. EL APEGO	9
1.1 <i>Antecedentes y Concepto</i>	9
1.2 <i>De las Necesidades Básicas a la Relación Afectiva</i>	14
ANTECEDENTES DE LA TEORÍA GENERAL DEL APEGO	14
1.3 <i>Etapas y Tipos de Apego según Bowlby</i>	18
FASES GENERALES DE DESARROLLO DEL APEGO	18
TIPOS DE APEGO	21
CONDUCTAS ASOCIADAS A LA SEPARACIÓN	23
CAPÍTULO II	
2. LA SOCIALIZACIÓN	24
2.1 <i>Origen</i>	24
SOCIALIZACIÓN RECÍPROCA	25
2.2 <i>Importancia de la Socialización</i>	30
ELEMENTOS INCLUIDOS EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN	30
LA CONCEPCIÓN DEL SÍ MISMO	31
EL DESARROLLO DEL YO	31
2.3 <i>Desarrollo de la Socialización</i>	34
2.4 <i>Desarrollo de Conductas Pro Sociales</i>	37
EMPATÍA, COOPERACIÓN Y DISCIPLINA	37
2.5 <i>El rol de la Familia</i>	41
CONTRIBUCIÓN DE LA FAMILIA EN LA CONSOLIDACIÓN DE LOS APEGOS	41
TRANSMISIÓN DE VALORES	42
2.6 <i>Socialización para la Independencia</i>	44
APEGO Y DESAPEGO	44
CONDUCTAS ANTE LA SEPARACIÓN	46
TEORÍAS SOBRE EL DESARROLLO DEL MIEDO A LOS EXTRAÑOS Y LA ANSIEDAD POR SEPARACIÓN	49

CAPÍTULO III		
3. EL APEGO PATERNAL		50
3.1 <i>Importancia de la Calidad y la Comunicación en las Relaciones</i>		50
ESTILOS PARENTALES		52
3.2 <i>El Apego Paterno</i>		55
3.3 <i>El Juego en el Apego Paternal</i>		57
3.4 <i>La Independencia a través del Apego</i>		59
CAPÍTULO IV		
4. ESTUDIO DEL APEGO PATERNO		62
4.1 <i>Justificación</i>		62
ANTECEDENTES DEL ESTUDIO		63
MÉTODO		65
OBJETIVOS		66
DEFINICIÓN DE CONCEPTOS E INDICADORES DEL VÍNCULO DE APEGO		66
TIPO DE ESTUDIO		69
POBLACIÓN Y MUESTRA		69
INSTRUMENTO		70
4.2 <i>Procedimiento</i>		75
PROCEDIMIENTO PARA ANALIZAR LOS RESULTADOS		75
4.3 <i>Resultados</i>		77
GRÁFICAS DE RESULTADOS POR INDICADOR		
♦ <i>CORRESPONDIENTES A LA FASE I</i>		77
♦ <i>CORRESPONDIENTES A LA FASE II</i>		89
INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS		99
CAPÍTULO V		
5. CONCLUSIONES		102
5.1 <i>Conclusiones por Indicador Analizado</i>		102
5.2 <i>Análisis Cualitativo</i>		105
5.3 <i>Descripción de Casos Específicos</i>		110
ANEXO		114
<i>Preguntas del Cuestionario para Padres Varones</i>		
FASE I		114
FASE II		116
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS		118

INTRODUCCIÓN

El apego es la relación afectiva que los seres humanos entablan con personas significativas a partir de la primera infancia, cuyas características sientan las bases del tipo de relaciones que se establecerán a lo largo de la existencia. Este tipo particular de vínculo, que proporciona seguridad, bienestar y confort, se caracteriza por la existencia de afecto mutuo (entre los participantes de la relación) y una tendencia a mantener proximidad con la figura de apego.

Tradicionalmente se considera central a la figura materna en el hogar, en lo que se refiere a la crianza y cuidado de los hijos. A pesar de que la madre es el eje de los vínculos y la dinámica doméstica, es común que se piense que *todos* los procesos relacionados con el desarrollo de los infantes dependen *exclusivamente* de esta figura, dejando de lado la participación que pueda ejercer el padre.

Históricamente la familia constituye la base alrededor de la cual se desarrollaron las capacidades fundamentales, en el proceso de la evolución social y cultural por el que ha transitado el hombre. El núcleo familiar ha jugado un papel de profundas repercusiones no sólo en la supervivencia y consolidación de las sociedades, sino también en el establecimiento de las bases afectivas que caracterizan las relaciones entre los individuos.

A partir de la revolución industrial, las familias –en términos generales–, dejaron de operar como una unidad ampliada de padres, hijos, tíos, primos y abuelos, reduciendo su tamaño y promoviendo la estereotipia de roles marcados p asignados, lo que se traduce como “las labores propias de cada sexo” (Sarukhán K., J., 1996).

No obstante, en la familia moderna la mujer ha dejado el espacio que la tenía constreñida al ámbito familiar, para ser un factor importante en la producción directa y en la economía de los países.

De acuerdo con Leñero (1995), en México existen aproximadamente 18 millones de unidades domésticas*, las cuales han adoptado una variedad de formas de interacción como respuestas organizacionales ante la problemática de la vida cotidiana y, sobre todo, ante los condicionantes de la sociedad global.

Sólo el 58 por ciento de los hogares mexicanos corresponden a familias nucleares. Las familias compuestas y extensas engloban el 33 por ciento. Existe además un porcentaje importante de familias que se muestran como “unidades seminucleares”, es decir, hogares con una familia uniparental, y otras formas que no llegan a constituir una familia nuclear propiamente dicha, tales como las conformadas por una pareja del mismo sexo e hijos, madre y abuelo como figuras parentales, etc. (Leñero, L., 1994).

Ante tal lógica, resulta necesario considerar si, bajo las características que en la actualidad tienen las unidades familiares (en cuanto a tamaño, composición y estructura), las nuevas generaciones de padres varones han logrado combinar su tradicional rol de proveedores con una participación más significativa en la crianza y el cuidado de sus hijos. De ser afirmativa esta suposición, como se cree a la luz de los datos mencionados, cabría preguntarse cuáles son las características del “*vínculo de apego paterno*”.

Bajo esta perspectiva, la presente tesis pretende explorar la manera en que los padres varones contribuyen en el desarrollo social y emocional del niño. Del mismo modo se busca conocer, con una muestra de padres con hijos en edad preescolar, si el tipo de apego que estos hombres tenían con sus propios padres es similar al que mantienen con sus hijos.

Para lograr lo anterior, el presente documento se divide en cinco capítulos. El primero aborda los antecedentes y conceptos básicos relativos a la categoría de apego. En este capítulo se detallan, además, las fases que comprenden el desarrollo del vínculo de apego según Bowlby (1989), los diferentes tipos de apego que se pueden establecer (seguro, ambivalente, o elusivo), así como las conductas asociadas a la separación del objeto de apego o cuidador principal del infante. El conocimiento de dichas conductas,

* Según datos del *XI Censo General de Población y Vivienda*, INEGI, México: 1992.

paradójicamente, ha resultado esencial para el estudio de apego, toda vez que, a partir de las mismas, se puede determinar no sólo la existencia del vínculo sino el tipo de apego prevaleciente.

El segundo capítulo aborda el tema de la socialización, mecanismo fundamental que interviene en la formación del apego. El concepto de apego supone un vínculo social y emocional recíproco entre el lactante y la persona que cuida de él., un aspecto que forma parte de las conductas de adaptación cuyo objetivo es la supervivencia de la especie.

La familia es un espacio clave para la formación, articulación y socialización de los individuos. La importancia de la familia en el proceso de socialización radica en que, como señala Brizzio de la Hoz (1996), las actividades que se aprenden en la infancia, que se conocen con el nombre de formativas o socializadoras, son las encargadas de definir las llamadas “*matrices fundamentales*” de la personalidad, mismas que, por lo general, se adquieren en el seno de la familia (sin que por ello se niegue la influencia de otros agentes que intervienen en el proceso, tales como la escuela, el grupo de pares, los medios de comunicación masiva, etcétera).

La familia cumple funciones diversas al ser el primer grupo de socialización del niño. No obstante, el cuidado de los niños más pequeños depende, en gran medida, de los arreglos domésticos que se establezcan entre los adultos o hermanos mayores de la casa y de las personas que dispongan de tiempo y voluntad para hacerlo (Galeana Cisneros, R., 1997).

Conforme a lo anterior, se puede esperar que existan varias figuras de apego, independientemente de si el cuidador principal del niño es la madre, ambos padres o incluso otros miembros de la familia. Por tal motivo, en el capítulo relativo a la socialización se discuten diversos enfoques en torno a las características del proceso de socialización, los agentes que intervienen en el mismo, su importancia para el desarrollo del Yo, así como otras conductas ligadas a los procesos de disciplina e independencia.

En el tercer capítulo se exploran las características del apego paterno. En la gran mayoría de los estudios sobre el vínculo del apego, los análisis se centran en la relación entre madre e hijo. Sin embargo, toda vez que el apego se refiere al vínculo entre un

infante y la persona que le proporciona cuidados y atención, es evidente que el padre se configura a su vez, en directa relación con la manera en que interactúe con su hijo, en una figura de apego importante. El capítulo de apego paterno, entonces, describe las características y conductas particulares con que, usualmente, contribuyen los padres varones a la formación del apego.

El cuarto capítulo muestra a detalle las características del estudio realizado con el fin de explorar la calidad del apego existente entre padres e hijos en edad preescolar, así como la del apego que los padres tuvieron con sus propios progenitores. Para este fin, se diseñó un cuestionario semiestructurado que fue aplicado a una muestra de 34 padres. Los datos arrojados por el instrumento se ofrecen en la forma de gráficos dentro de este mismo capítulo.

En el último capítulo se informan las conclusiones derivadas del análisis cualitativo de los datos arrojados por el cuestionario, además de la descripción de cuatro casos con características específicas.

En la parte final de la presente tesis se incluye un anexo con las preguntas del cuestionario para padres.

EL APEGO

Sólo los niños saben lo que buscan, dijo el principito-. Pierden tiempo por una muñeca de trapo y la muñeca se trasforma en algo muy importante, y si se les quita la muñeca, lloran..

Antoine de Saint Exupéry

1.1 *Antecedentes y Concepto*

Una de la facultades más importantes de los seres humanos, es la capacidad de formar y mantener relaciones interpersonales, las cuales son absolutamente necesarias para sobrevivir, aprender, trabajar, amar, procrear y realizar un proyecto de vida. Estas relaciones tienen diversas formas y matices, pero, las más intensas son aquellas que se establecen con la familia, amigos y personas amadas. Dentro de dicho círculo interno de relaciones íntimas, quedamos vinculados con aquellas personas que son y serán las más importantes en nuestras vidas.

El primer vínculo que se forma desde el momento en que nacemos, es con nuestra madre, la cual funge como el meta-modelo del resto de relaciones que establezcamos a lo largo de nuestras vidas; de lo anterior se deriva la importancia que tiene la manera en que se forma este vínculo fundamental al que conocemos con el nombre de *apego*.

Desde hace aproximadamente 60 años, comienza en el campo de la psicología el interés por el estudio y la investigación de algunas pautas de comportamiento de infantes observadas en aquellas situaciones en que sus madres se encuentran ausentes. Tales pautas de comportamiento se denominan “conductas de apego”, entendidas éstas como la expresión conductual del vínculo de apego.

El apoyo de los padres y el desarrollo de procesos de comunicación con sus bebés implica no sólo el reconocimiento y la atención de necesidades básicas, sino también y, sobre todo, el desarrollo emocional, ya que, donde existe un sano desarrollo

emocional, es más probable que se establezcan la seguridad y confianza necesarias para entablar relaciones posteriores adecuadas.

René Spitz y Anna Freud son autores cuyos trabajos ayudaron de manera importante en el establecimiento de los antecedentes del concepto de apego. Ellos fueron quienes, a través de la observación directa de menores, estudiaron la conducta de los niños en situaciones en las que se encontraban separados de sus padres, por encontrarse en situación de guerra o por haber sido institucionalizados. Como quiera que sea, el común denominador que llama la atención de los investigadores es el referente a la situación de “madres ausentes” (Brazelton, Bertrand y Cramer, 1993).

Spitz (1970), explora el tema de la génesis de las primeras “relaciones objetales”, definiendo éstas como las relaciones sociales entre madre e hijo, las cuales representan la forma en que el sujeto se relaciona con el mundo que lo rodea. El concepto de *relaciones objetales* implica un sujeto y un objeto. El sujeto es el bebé y el objeto puede variar en el transcurso de la existencia; de hecho, es necesario que cambie con cierta frecuencia, pero el primer *objeto* con el que el bebé se vincula significativamente es la madre o quien sea que ejerza dicho rol.

En otras palabras, el concepto de las relaciones objetales, representa la iniciación de las relaciones sociales en el ser humano y, en virtud de su relevancia para la supervivencia, es el modelo con el que se crean las primicias y el prototipo de todas las relaciones sociales ulteriores del individuo, además de ser determinante en la formación de la personalidad del sujeto.

En los pequeños que sufren una separación de la primera relación objetal, la angustia generada por dicha separación evoluciona y se transforma en angustia ante la posibilidad de perder el amor del objeto (ya sea, como se mencionó anteriormente, que se trate de la madre, o de la figura de apego más próxima y significativa). Como se puede suponer, al perderse (o sentir que se pierde), el amor de la relación modelo para la vida, quedan entonces muy pocas esperanzas de llegar a obtener ese amor de cualquier otra fuente en el futuro.

La teoría del apego de Bowlby (1969; citado en Bowlby, 1989), se basa en las conductas observadas en pequeños que, al encontrarse separados de sus padres, exhiben

diversas manifestaciones de angustia ligadas a dicha separación, congruentes con los mecanismos adaptativos de la especie. De ahí que, históricamente, la teoría del apego se haya desarrollado, en gran medida como una variante de la teoría de las relaciones objetales.

John Bowlby es reconocido como el teórico más importante de la teoría del apego, por dicha razón, se ofrecen algunos antecedentes de su trabajo, mismos que resultan fundamentales para el desarrollo de su teoría.

Bowlby, tras graduarse en psicología, se especializó en el área del desarrollo humano, posteriormente trabajó como voluntario en una escuela para niños con problemas de ajuste emocional, donde observó la importancia que tienen las relaciones tempranas dentro del seno familiar. Más adelante, se entrenó como psicoanalista, bajo la supervisión de Melanie Klein.

Hacia 1944 inicia investigaciones sistemáticas con delincuentes juveniles, llegando a correlacionar los síntomas de los convictos con experiencias de separación madre-hijo. Cerca de la década de los cincuenta, fundó su propia unidad de investigación centrada en el estudio de las experiencias de separación entre madres e hijos. Al colaborar en un proyecto para las Naciones Unidas, en la sección de salud mental de la Organización Mundial de la Salud, sobre las condiciones emocionales de los niños sin hogar de la posguerra, descubrió que la madre no sólo es organizadora del psiquismo infantil, sino que, al mismo tiempo, es una estructura externa auxiliar para el niño, en tanto que éste adquiere la capacidad para autorregular su aparato psíquico (Bowlby, 1989).

El concepto de autorregulación se refiere a la capacidad de control emocional ante la ocurrencia de un evento que angustie al niño; por ejemplo, ante una separación súbita. En la presente tesis, la autorregulación es el indicador que permitirá realizar un análisis cuantitativo y cualitativo de las conductas de apego tanto en niños como en adultos.

Bowlby (1989) establece que es necesario para el sano desarrollo del infante el establecimiento de una relación cálida, íntima y continuada con su madre, en donde ambos encuentren satisfacción y placer, requiriéndose para ello el apoyo emocional del

padre hacia la madre. A partir de esta idea y de nuestras propias experiencias, decidimos realizar un estudio exploratorio del desde el punto de vista del padre.

En general, la mayoría de los estudios abordan al apego en sus etapas iniciales, es decir, en la primera infancia y en relación con la madre. No obstante, las pautas de apego varían de una persona a otra. Así, puede haber niños que tengan una relación segura con la madre pero no con el padre o viceversa, del mismo modo, se podría dar el caso de que el menor tenga una relación segura con ambos padres o con ninguno. Existen indicios (Bowlby, 1989), de que la pauta de apego que un niño desarrolla con su madre es el producto del modo en que ésta lo ha tratado. De manera similar, es muy probable que la pauta de apego que establezca con su padre, sea producto de la forma en que éste lo ha tratado.

En ciertos casos, se podría decir que los padres varones desempeñan roles similares a los de las madres en cuanto al cuidado infantil, aunque en muchas culturas dicho rol se cumple con menor frecuencia en varones que en las mujeres. Si bien el apego es una pauta importante en las relaciones que se establecen, con independencia del género que tengan los cuidadores de un bebé, en la presente tesis queremos explorar cómo y con qué contribuyen los padres varones en el desarrollo social y emocional de un niño y de qué manera repercuten estas primeras relaciones en las que eventualmente se establecerán en la vida adulta. Asimismo, y teniendo en consideración que el apego es un proceso que corresponde a una relación bidireccional, consideramos necesario describir a su vez el apego que el padre objeto de análisis tuvo o tiene con su propio progenitor.

El apego es la relación afectiva hacia personas significativas e importantes a lo largo de nuestra vida que nos proporciona seguridad, se caracteriza por el afecto mutuo (relación diádica) y la proximidad con la figura de apego. Este vínculo brinda confort, bienestar y, como ya se ha mencionado, sienta las bases de las relaciones que se establecerán en la vida adulta.

Hablar de apego implica una relación especial entre el bebé y la persona que lo cuida, relación que evoluciona de manera primordial en el transcurso del primer año de vida –y aún continúa desarrollándose tiempo después. El apego es un constructo

emocional, ya que no sólo implica la existencia de un “lazo afectivo” entre el papá, la mamá y el bebé, sino que se caracteriza propiamente en términos de la regulación emocional del bebé. Así pues, es mediante el apego que se logran regular las emociones, lo que es más, se trata de la cúspide de la regulación diádica y la culminación de todo el desarrollo habido durante el primer año de vida. (Sroufe, 2000).

1.2 *De las Necesidades Básicas a la Relación Afectiva*

ANTECEDENTES DE LA TEORÍA GENERAL DEL APEGO

Una de las teorías que ayuda a comprender el proceso a través del cual se da la conducta de apego es la *Etología*. También conocida como ciencia de las costumbres, la etología es el estudio comparado del comportamiento de los animales y de los hombres que, valiéndose de aquellos interrogantes y métodos ya de uso corriente y natural en los demás campos de la biología, postula la importancia de ciertos comportamientos para la preservación de las especies, y en función de la teoría de la evolución. (Lorenz, 1978).

El famoso etólogo Konrad Lorenz, ofrece una explicación que ha sido de gran influencia para el desarrollo de la teoría del apego: el supuesto de que todas las especies, entre ellas la humana, nacen con diversas tendencias conductuales innatas que, de alguna manera, contribuyen a la supervivencia de la especie.

Bowlby (1969, 1980; citado en Bowlby, 1989) sostiene que muchos comportamientos están diseñados específicamente para generar apego entre los bebés y sus cuidadores. Afirma, incluso, que el apego es una conducta adaptativa, ya que sirve para proteger a los pequeños de depredadores a la vez que asegura que sus necesidades sean satisfechas.

La teoría etológica del apego nace de la investigación con animales. Lorenz denomina “impronta” al comportamiento en el que se observa que los gansos muy pequeños siguen prácticamente cualquier objeto en movimiento. Lorenz observó que esta conducta es automática, pues no depende del aprendizaje y ocurre dentro de un periodo crítico estrechamente delimitado, inmediatamente después de que el ave ha salido del cascarón, y es irreversible. Cuando el animal sigue al objeto (sea o no su madre biológica), permanece apegado a él.

Al final del transcurso de muchas generaciones, la respuesta de impronta se convierte en una característica innata preadaptada que apega a un polluelo a su madre, lo cual incrementa sus probabilidades de supervivencia (Shaffer, 2000), de lo que se desprende que las respuestas de apego tienen de origen una función adaptativa.

A pesar de que los bebés humanos no se “improntan” con sus madres, del modo en que lo hacen estas aves, sus propios atributos les obligan a depender de quienes les puedan brindar protección, ayuda y amor. De entre tales atributos destacan las características físicas del bebé que le impiden procurarse la satisfacción de sus necesidades por su propia mano. Aquí, una vez más entra en juego la tendencia a la preservación de la especie, toda vez que las conductas instintivas del adulto se activan ante estos seres pequeños y vulnerables, provocando no sólo conmoción y enternecimiento ante su desvalidez, sino la necesidad instintiva de proteger a los más débiles.

Bowlby considera la tendencia a establecer lazos emocionales íntimos con individuos determinados como un componente básico de la naturaleza humana, presente en forma embrionaria en el neonato y que persiste a lo largo de la vida adulta hasta la vejez, motivo por el cual se considera necesario describir las conductas de apego en los padres en dos sentidos: con sus hijos y con sus propios padres.

Bowlby (1989) afirma que las pautas de apego, una vez desarrolladas tienden a persistir y se convierten en una característica intrínseca de la relación, pero además, configuran patrones de conducta que se repetirán a lo largo de la vida con distintas figuras de apego. Si bien, las primeras relaciones que establecemos son con nuestros padres, posteriormente se entablan otras: en la escuela con maestros y compañeros, en la vida adulta con la pareja, por citar sólo unas pocas de lo que eventualmente constituye una vida social más compleja y rica en vínculos.

No es de sorprender que en todas las relaciones se encuentre implícito el apego, *aquel tipo de apego* que se desarrolle en la primera infancia. Lo anterior no significa que el apego surja de manera automática, pues, según Bowlby, siempre se desarrolla de forma gradual y bajo ciertas condiciones.

Dentro de la amplia gama de conductas humanas se manifiestan, entre otras, aquellas encaminadas a satisfacer las necesidades básicas. Los individuos se ven obligados a atender dichas necesidades para funcionar de manera adecuada: necesitan alimentarse, descansar, recibir estímulos sensoriales, reproducirse para contribuir a la

perpetuación de la especie, etc., y logran hacerlo como consecuencia de la capacidad de adaptación evolutiva de nuestra especie.

La capacidad de adaptarnos a nuestro medio, nos permite experimentar emociones ante situaciones o acontecimientos con algún valor significativo. Emoción puede definirse como aquella reacción subjetiva a un suceso sobresaliente, caracterizada por acompañarse de cambios de orden fisiológico, experiencial y patentemente conductual (Sroufe, 2000). Las emociones tienen asimismo un gran valor comunicativo, ya que al expresarlas hacemos saber a los demás en qué estado nos encontramos y éstos tenderán a responder con conductas apropiadas.

En el bebé, las emociones tienen la enorme utilidad de informar a los otros sus necesidades y deseos. La expresión de emociones, por tanto, es esencial para que los menores logren comunicarse, ya que el lenguaje de los bebés no es verbal, sino analógico (Watzlawick, P., Helmick, B. J., Jackson, D., 1981). El lenguaje analógico está compuesto por las expresiones que comunican sin palabras, tales como gestos, tono de voz, y otras conductas. Los bebés emplean el llanto, sonrisas y vocalizaciones entre otras formas de expresión para comunicarse. Se puede esperar entonces, que la aparición de las emociones y su expresión determinen de manera esencial el establecimiento de la relación afectiva.

En la interacción que surge al establecer contacto con el bebé, proporcionándole los cuidados que necesita, surge una relación entre el bebé y el cuidador, donde evidentemente es el bebé quien depende de aquel para sobrevivir. Bowlby especifica que el término dependencia es el resultado de un conjunto característico de conductas preprogramadas que se desarrollan durante los primeros meses de vida y cuyo efecto mantiene al niño en una proximidad más o menos estrecha con su figura materna. El autor puntualiza que, “hacia el final del primer año esta conducta se organiza cibernéticamente, lo que significa que ésta se activa cada vez que se dan condiciones determinadas. Por ejemplo, la conducta de apego en el niño es activada especialmente por el dolor, la fatiga y cualquier cosa atemorizante, y también por el hecho de que la madre sea o parezca inaccesible” (Bowlby, 1989).

Las condiciones que hacen que cese esta conducta varían según la intensidad de su activación. A baja intensidad esas condiciones pueden ser simplemente ver u oír a la madre, a una intensidad más alta el cese puede requerir que el niño toque a su madre o se aferre a ella. De acuerdo con lo anterior, se considera que los padres sensibles y responsivos al momento de cuidar a un bebé, pueden promover el cese de tales conductas de un modo más efectivo y rápido, disminuyendo considerablemente la angustia en el infante.

Las personas que llevan a cabo la crianza de un niño, también cuentan con una conducta preprogramada. En el curso normal, los padres se acercan a sus hijos cuando estos lloran, proporcionándoles consuelo y apoyo, y ello se debe no sólo a que tales conductas sean aprendidas a través de la propia experiencia en la niñez o mediante la observación de otros padres, sino como una respuesta innata para la preservación de la especie.

1.3 Etapas y Tipos de Apego según Bowlby

FASES GENERALES DE DESARROLLO DEL APEGO

El apego del bebé con su madre o cuidador principal no se forma repentinamente sino que atraviesa por distintas fases. Esta conducta se observa por primera vez hacia los seis u ocho meses, aunque el proceso de desarrollo del mismo comienza a partir del nacimiento.

Bowlby (1989) describe cuatro etapas o fases generales del desarrollo del apego:

◆ FASE 1

- *Orientación y señales con una discriminación limitada de la figura* (del nacimiento a los dos meses).

Al principio, los bebés responden positivamente ante cualquier persona; sus habilidades para distinguirlos están limitadas a estímulos olfativos y auditivos, sus capacidades de comunicación dependen de ciertas respuestas innatas, como el llanto, cuya función es atraer a la madre o cuidador para satisfacer sus necesidades básicas.

La conducta del bebé hacia cualquier persona incluye su orientación hacia ésta a través de movimientos oculares de seguimiento, agarrar y tratar de alcanzar, sonrisas y balbuceo. Sin embargo, su comportamiento indica que preparan el escenario para el desarrollo de una relación de apego con su cuidador.

◆ FASE 2

- *Orientación y señales dirigidas hacia una o más figuras discriminadas o sensibilidad social diferenciada.* (De los dos a los siete meses).

Durante esta fase, la conducta del bebé hacia la gente sigue siendo tan amistosa como en la fase uno, pero tal conducta es más clara en relación con la figura materna que en relación con otros. A lo largo de éste periodo el bebé y su cuidador despliegan formas

analógicas e instintivas de interacción que les permiten comunicarse y que les llevan a establecer una relación especial o significativa entre ellos. Esta comunicación no verbal representa, primero, una respuesta instintiva. Según Bowlby (1989) succionar, aferrarse, asir, llorar y sonreír, son modalidades innatas y básicas de interacción y vínculo con la madre, mostrándose así los esbozos de una relación afectiva.

A partir de los tres meses, el niño puede producir respuestas, sobre todo hacia la figura que le proporciona cuidados, que le permiten compartir más tiempo con la misma. El niño reconoce situaciones habituales tales como la hora del baño o la comida, entre otras. Confirmándose los fundamentos de la interacción diádica, reconoce también la sonrisa de su madre y es capaz de responder con una sonrisa a su vez.

◆ FASE 3

- *Mantenimiento de la proximidad con una figura discriminada por medio de locomoción y señales o apego centrado (de ocho a veinticuatro / treinta y seis meses).*

Durante esta fase, el bebé no sólo discrimina cada vez más el modo de tratar a cada persona, sino que su repertorio de reacciones se amplía considerablemente. Dentro de las conductas de reacción de esta etapa se incluyen seguir a la madre cuando ésta se marcha, saludarla a su regreso y elegirla como base segura desde la cual explorar. Al mismo tiempo, van desapareciendo las reacciones amistosas y poco discriminadas para con el resto de la gente. Es aquí cuando el apego resulta más evidente.

El concepto de “base segura” es un indicador confiable para saber el tipo de apego que el menor ha establecido con sus cuidadores. Como ya se ha mencionado, las conductas de apego se encuentran ligadas al desarrollo en dos aspectos: el emocional y el físico. El primero se caracteriza por tener como emoción dominante al miedo (miedo a los extraños), donde la sola presencia de la madre es suficiente para proporcionar tranquilidad al infante. El segundo, el aspecto físico, se caracteriza por una mayor motilidad del infante. Alrededor de los ocho meses los bebés son capaces de gatear, lo cual trae consigo la oportunidad de explorar su entorno por primera vez lejos de mamá. La exploración es necesaria, porque permite al menor tener cierto control respecto al

lugar en el que se encuentra y con ello la posibilidad de adquirir la confianza necesaria para alejarse, siempre que la madre resulte una base segura a la que pueda regresar siempre que lo necesite.

La capacidad física de desplazarse permite, por un lado explorar, y por otro la capacidad de mantenerse cerca de la madre dando lugar así a la proximidad. Si reconocemos que uno de los efectos del apego es mantener al niño en proximidad con su madre, comprenderemos que sea en esta etapa cuando se confirme la existencia del apego.

En esta tercera etapa, los bebés no sólo responden a los gestos de otros, sino que ellos mismos los inician. Debido a la capacidad física que los caracteriza a esta edad (de los 18 a 36 meses) los bebés trepan, se mueven constantemente y protestan cuando la figura de apego se va.

◆ FASE 4

- *Formación de una pareja con corrección de objetivos (treinta y seis meses en adelante).*

Dentro del establecimiento del apego, según Bowlby, existe una cuarta fase donde se forma una asociación con adaptación al objeto. Bowlby la denomina “formación de una pareja con corrección de objetivos”. Esta fase constituye un paso muy ulterior, puesto que el apego ya ha sido construido (la relación entre el niño y la madre está perfectamente establecida), pero el niño concibe todavía la relación desde su propio punto de vista, de modo que le falta concebir a la madre como un ser independiente de él y empezar a entender sus deseos y estados de ánimo. Esta etapa está relacionada con la actitud de la madre, quien ya no está siempre dispuesta a las demandas del niño, sino que empieza a establecer algún tipo de disciplina. Esta fase va de los tres años en adelante y permite establecer una relación basada en las jerarquías.

Al niño le cuesta trabajo entender que la conducta materna se organiza en torno a las propias metas prefijadas de la madre. Sin embargo, tras observar y analizar, el niño puede deducir las metas y las conductas pertinentes para alcanzarlas. Aunque sea

parcialmente, el niño va comprendiendo cuáles son los sentimientos y motivaciones de la madre. Bowlby llama a esta relación más compleja entre madre e hijo “de asociación”.

A pesar de que todos los seres humanos estamos preparados desde el nacimiento con un repertorio de conductas innatas para construir apegos seguros, sólo unos cuantos se desarrollan de manera óptima, y esto depende del cómo la madre haya respondido a las conductas del bebé. Es decir, a la manera en que ambos se vincularon.

TIPOS DE APEGO

La clasificación anterior hace referencia a las etapas de desarrollo del apego, pero nada nos dice respecto al tipo de apego que un bebé y su madre o cuidador podrían llegar a establecer según el tipo específico de relación que entablen. Bowlby identifica tres tipos principales de apego:

◆ *APEGO SEGURO*

Caracterizado por que el niño confía en que sus padres serán accesibles, sensibles y colaboradores si él se encuentra en una situación adversa o atemorizante. Con esta seguridad, se atreve a hacer sus exploraciones del mundo. Se favorece el establecimiento de esta pauta cuando el cuidador se muestra accesible y sensible a las señales del niño, y amorosamente sensible cuando éste busca protección y consuelo. El niño es capaz de explorar el ambiente y en caso de que se llegue a dar una separación, el infante recibe a su madre con alegría, buscando contacto físico y consuelo, cuando vuelve a reunirse con ella, conductas todas que reafirman el tipo de vínculo existente.

◆ *APEGO ANSIOSO RESISTENTE*

Un niño con apego de este tipo, se encuentra inseguro respecto a si su cuidador será accesible o sensible, o si recibirá su ayuda de ser requerida. Debido a esa incertidumbre, existe una tendencia a la separación ansiosa, caracterizada por conductas en las que el niño es propenso al aferramiento. Los menores con este tipo de apego se muestran ansiosos ante la exploración del mundo, esto es, que exploran poco y se mantienen cerca de su madre. Resisten el contacto físico con ella al reunirse tras una separación.

El conflicto es evidente: el cuidador favorece el establecimiento de este tipo de apego mostrándose accesible y colaborador de manera inconstante, sin que pueda quedarle claro al menor los mecanismos que determinan un tipo u otro de respuestas en la madre o cuidador. Es frecuente que estos niños sufran de separaciones y, en ocasiones, amenazas de abandono. El infante, por lo regular, tiende a mostrarse ambivalente o con ira.

◆ *APEGO ANSIOSO ELUSIVO*

En este tipo de apego, el individuo no confía en que, al buscar cuidados y protección recibirá una respuesta positiva, sino que por el contrario, será desairado. Ante esta clase de vínculo, el niño tiende a ignorar a la madre cuando está presente, muestra poca angustia por la separación, y se retira activamente de su madre al reunirse con ella tras una separación.

Los efectos nocivos de este tipo de apego se observan cuando, en un grado notorio, ese individuo intenta vivir su vida sin el amor y el apoyo de otras personas, intenta volverse emocionalmente autosuficiente y, posteriormente, tener la posibilidad de ser diagnosticado como narcisista o poseedor de un falso sí mismo, aspectos que se abordarán en el siguiente capítulo. Esta pauta de apego, en la que el conflicto se encuentra más oculto, es el resultado del constante rechazo del cuidador cuando el niño se acerca a buscar consuelo y protección. (Bowlby, 1989)

La anterior, es una clasificación categórica del apego, una especie de taxonomía con la cual distinguir la calidad del apego que se establece en la infancia y que se reproduce posteriormente en todo tipo de relaciones interpersonales.

Para fines de la presente tesis, se empleará esta clasificación para determinar la calidad del apego existente entre padres e hijos (preescolares), así como el apego que los padres tuvieron o tienen con su propia figura paterna. A continuación se describen las etapas por las que atraviesan los niños al ser separados de sus madres.

CONDUCTAS ASOCIADAS A LA SEPARACIÓN SEGÚN EL TIPO DE APEGO

Una vez que el vínculo de apego se ha establecido, este podría no sufrir modificaciones significativas. Los estudiosos del tema han basado sus investigaciones en la observación directa de niños cuyas madres se encuentran ausentes para medir la calidad del apego.

Mary Ainsworth (1978; citada en Bowlby, 1989), desarrolló un experimento conocido como “procedimiento de la situación extraña”, para examinar la naturaleza del apego en menores. Dicho procedimiento consiste en que la madre y el niño son observados en una secuencia de situaciones que van de: a) estar solos en un salón de juegos, b) un extraño entra al salón de juegos y, c) la madre sale. Se observan y registran las conductas del niño durante el proceso y, tras evaluarlas, se concluye lo siguiente:

Cuando se separa a los niños de sus padres, el primer momento se denomina “*etapa de protesta*”, caracterizada por que el niño llora con frecuencia, se muestra muy inquieto, parece aguardar con ansiedad el regreso de la figura de apego y rechaza a otras figuras sustitutas. Esta etapa, cuya duración puede ir de algunas horas hasta semanas, puede desencadenarse de inmediato, o con cierto retraso tras dejar al pequeño.

La siguiente etapa observada se denomina “*etapa de desesperación*”, donde sigue siendo evidente la preocupación del niño por la ausencia de la figura de apego, aunque da muestras de empezar a perder esperanzas de recuperarla. En esta etapa, disminuyen o se interrumpen los movimientos del niño, el llanto es interrumpido y lento.

La tercer etapa, “*desapego*”, puede llegar a malinterpretarse como una “recuperación” de la pérdida, cuestión que suelen creer los adultos, ya que el pequeño da muestras de mayor interés en las cosas que ocurren a su alrededor, el llanto cesa y se aceptan los cuidados de otras personas. Sin embargo, ante la vista de la figura principal de apego, el infante suele mostrar total indiferencia. Lejos de dar la bienvenida, parece que el niño no la reconoce, se muestra distante, apático y más bien retraído.

La consecuencia de este tipo de separaciones y/o pérdidas se refleja en una disminución de la capacidad de entrega del pequeño, y con ello le resultará imposible encariñarse con persona alguna en sus relaciones posteriores (Dallal y Castillo, 1997).

LA SOCIALIZACIÓN

En la realidad, vivimos, nos movemos y compartimos la tierra unos con otros. Sin contacto no hay crecimiento.

Erik H. Erikson.

2.1 Origen

Diversos autores (Erikson, 2000; Sroufe, 2000; y Bowlby, 1989), han considerado muy importante descubrir cómo se desarrolla la conducta social, es decir, las formas de relacionarse con otros individuos. Dado que las habilidades sociales se encuentran determinadas en gran medida por la figura paterna, el hilo conductor de la presente tesis se fundamenta en la manera en la que el padre otorga a su descendencia la estructura básica para el posterior desarrollo de las capacidades sociales y su carácter generacional.

La conducta social es una capacidad que va cambiando con la edad, donde unas formas de relación van siendo sustituidas por otras, ya que las relaciones aumentan y se hacen más complejas a medida que el niño crece.

Erikson (2000) postula que los estadios de la vida permanecen siempre (están vinculados) a procesos somáticos, aunque sigan dependiendo de los procesos psíquicos del desarrollo de la personalidad y del poder ético del proceso social. Conforme a lo anterior, para Erikson, el desarrollo del yo se deriva del conflicto inicial entre confianza básica versus desconfianza básica como primera antítesis evolutiva. En resumen, la confianza básica se alimenta del cuidado materno que conductualmente se manifiesta tocando, acariciando, abrigando, etc., mientras que la desconfianza se fundamenta en el desamparo, aspecto que en la adolescencia se manifiesta a través de rebeldía e inseguridades.

El estadio de la confianza básica versus desconfianza básica de Erikson representa una analogía del desarrollo de los tipos de apego pertenecientes a la teoría de Bowlby. Ambas teorías se fundamentan en la proximidad y el contacto físico siendo este contacto el eje fundamental para que se de el proceso de socialización.

Es a partir de los años sesenta que, en virtud de los cambios que tuvieron lugar en la psicología, se empezó a comprender que estudiar únicamente las diferencias en las conductas era demasiado limitado, toda vez que la manera en que los sujetos se comportan está determinada por las representaciones de la realidad que los mismos se han ido formando; cabe recordar que tales representaciones se derivan de las relaciones objetales originadas en la primera infancia.

Diversas teorías han tratado de explicar cómo adquiere el niño el conocimiento y la conducta social. Unas ponen más acento en la influencia de factores exteriores y otras en la labor del propio sujeto. Algunas de estas teorías no se refieren sólo al desarrollo social sino al desarrollo en su conjunto.

A continuación se mencionan los postulados más relevantes de los teóricos que abordan el desarrollo del comportamiento social teniendo en cuenta a los involucrados en la interacción (madre, padre y niño) como participantes activos:

SOCIALIZACIÓN RECÍPROCA

Richard Bell es uno de los primeros autores que pone de manifiesto la falacia del modelo de socialización unidireccional ya que, antes de él, se pensaba que el recién nacido no intervenía en el establecimiento de relaciones sociales. Este autor acuñó el principio de que el estudio verdadero de la socialización es posible solamente si se acepta la premisa de que padres e hijos influyen mutuamente en el proceso.

Al analizar la evidencia en pro de la existencia de diferencias congénitas entre los niños, especialmente por lo que toca a lo asertivo y a la orientación hacia las personas, Bell (1968; citado en Fitzgerald, I., et al., 1981), llegó a la conclusión de que dichas diferencias podían producir en las madres diferentes patrones de cuidado materno conocidos como estilos de crianza.

Rheingolt (1968; citado en Fitzgerald, I., et al., 1981), ha propuesto cuatro postulados relacionados con la socialización inicial que destacan la naturaleza interactiva del proceso. Tres de las proposiciones se refieren al papel del lactante en la socialización, y una se refiere al papel de los padres:

A) Desde el momento de nacer, el lactante es un organismo social. El lactante es uno de los miembros de una mancuerna social (lactante - cuidador) y nace como parte de una familia, que es, también ella, parte de una unidad social más grande.

B) El lactante se comporta socialmente, es decir, la conducta del lactante produce, mantiene o modifica la conducta de otras personas.

C) El lactante socializa con otros. Con frecuencia el quehacer diario del cuidador se modifica sustancialmente para responder a las exigencias del lactante (limpieza y alimentación). Sin embargo, estas tres proposiciones no significan que Rheingold esté proponiendo un modelo unidireccional de socialización del lactante hacia el progenitor. Muy por el contrario, su propuesta, como se puede ver por la proposición final, implica influencia recíproca:

D) Obviamente es el cuidador el que proporciona al lactante un ambiente, la comodidad y seguridad, y una información reforzadora acerca de lo apropiado de la conducta del lactante.

Un aspecto muy importante de la reciprocidad es el grado en que el cuidador está consciente de las señales que da el niño, y en que responde a tales necesidades. Lo anterior está directamente relacionado con las conductas responsivas de los padres hacia sus hijos y por consiguiente el establecimiento del patrón del tipo de apego.

El hecho de que la interacción entre el cuidador y el lactante no sea siempre igual no se opone a su naturaleza recíproca (Bell, 1974; citado en Fitzgerald, I., et al., 1981). Más aún, los estudios actuales sobre la primera interacción social claramente demuestran que el lactante influye sobre la conducta de los padres y que éstos, a su vez, influyen en la conducta del lactante. Dicho de otra manera, el lactante se comporta socialmente y a la vez socializa a otros.

Burlingham (1976; citado en: Fitzgerald, I., et al., 1981), comenta que los fenómenos de mayor importancia para la socialización son, la capacidad del recién nacido saludable para entrar en una forma elemental de interacción social y la capacidad de la madre de sensibilidad corriente para participar con buen éxito en ella, ya que es sabido que los bebés tratan ciertas partes del cuerpo de su madre como si fuesen las suyas propias.

Al principio de su vida, el bebé no distingue lo que le pertenece y lo que es parte del cuerpo de su madre, esto se conoce como indiferenciación del objeto e indica la incapacidad del bebé, al principio de su vida, para distinguir los límites entre su propio cuerpo y el de su madre.

Cuando una madre y su hijo de dos o tres semanas se encuentran frente a frente, tienen fases de animada interacción social, alternando con fases de desconexión. Cada fase de interacción comienza con la iniciación y el saludo mutuo, y llega a ser un animado intercambio que incluye expresiones faciales y vocalizaciones durante las cuales el niño se orienta hacia su madre con movimientos excitados de sus brazos y piernas; seguido de un apaciguamiento gradual o inactividad, que concluye cuando el bebé descansa, antes de que comience una nueva fase de interacción.

A lo largo de estos ciclos puede ocurrir que el bebé sea tan espontáneamente activo como su madre, donde la diferencia de roles se da en la coordinación de sus respuestas. En tanto que la iniciación y el abandono de la interacción por parte del niño tienden a seguir su propio ritmo, una madre sensible regula su conducta de modo tal que se ajuste a la de él.

La madre modifica la forma en que dirige su conducta para adaptarse al bebé: su voz, la forma de sus movimientos y su ritmo se modifican de acuerdo con el modo en que se desempeña el bebé. Así, ella le permite asumir el control y, mediante un hábil entretejido de sus propias respuestas con las de él, crean un diálogo.

Burlingham plantea que la rapidez y la eficacia con que se desarrollan estos diálogos y el placer mutuo que proporcionan, indican claramente que los participantes están preadaptados para entablarlos. Existe la disposición intuitiva de la madre a permitir que sus intervenciones sean guiadas por su bebé. Se ha observado que los niños cuyas madres han respondido sensiblemente a sus señales durante el primer año de vida, no sólo lloran menos durante la segunda mitad de ese año que los bebés de madres menos sensibles, sino que están dispuestos a aceptar mejor los deseos de sus padres. Bowlby (1989), deduce que los bebés humanos, al igual que los de otras especies, están preprogramados para desarrollarse de manera socialmente cooperativa, que lo hagan o no depende en gran medida de cómo son tratados.

Izard Emde (citado en Bowlby; 1989), considera que, durante los primeros meses de vida, los individuos muestran muchas respuestas que formarán más adelante lo que será la conducta de apego, aunque es hasta casi cumplir el primer año cuando se muestra la pauta más organizada y desarrollada de éste.

Desde el nacimiento existe la capacidad para establecer la interacción social y placer al hacerlo; a los pocos días de nacido, el bebé puede distinguir la figura de mamá de otras por el olor y la voz de ésta; y se dice que también por el modo en que ella lo sostiene en sus brazos.

El discernimiento visual no es seguro hasta el segundo trimestre. Como también se sabe, el llanto del niño es el único medio del que dispone para señalar su necesidad de cuidados, y el estar contento el único medio para comunicar que está satisfecho. Posteriormente, su repertorio de comunicaciones emocionales se extiende rápidamente; de modo que es en los primeros meses de vida cuando los individuos despliegan respuestas que más adelante conformarán lo que será su conducta de apego.

Los autores citados dan una pauta de las aproximaciones al estudio del establecimiento de la socialización como parte del desarrollo de los seres humanos. Más aún, la importancia de la socialización para el desarrollo de las emociones y el vínculo del apego. Sobre esto último es importante mencionar los estudios de Sroufe (2000), quien, a través de treinta años de seguimiento a un grupo de individuos, ha buscado dar respuesta a la manera en que los seres humanos se desarrollan emocionalmente y las repercusiones de dichas emociones en la vida adulta.

Según este autor, suele darse por sentado que las emociones propiamente dichas no existen en la etapa de recién nacido, pero que las emociones principales, como el enojo, el miedo y la alegría ya están en posesión del bebé hacia el final del primer año. Esto se explica porque las emociones maduras surgen –conforme el bebé se desarrolla en interacción con el ambiente–, de otras precursoras en los primeros seis meses de vida, y de prototipos y formas radicales de éstas en las reacciones pre-emocionales de los recién nacidos. De ahí la importancia del medio como un agente de adquisición de

pautas de conductas que fortalecerán y repercutirán en el desarrollo de cada individuo en todas las etapas de su vida.

2.2 *Importancia de la Socialización*

La importancia del desarrollo de las interacciones sociales desde la infancia más temprana radica en que éstas repercuten y persisten hasta las etapas más maduras de juventud y adultez.

El desarrollo psicológico es, en gran medida, construido en el niño a través de su interacción con adultos y otros niños. La historia psíquica de un individuo es la historia de sus experiencias y de sus aprendizajes. Cualquier ser humano viene al mundo con todas sus potencialidades de aprendizaje; pero, por su misma constitución física e inmadurez cognitiva, depende del entorno social para poder satisfacer sus necesidades. Y es precisamente el entorno social inmediato, conformado por el padre y la madre (o cuidador), el que determina los procesos de socialización implicados en su desarrollo personal y social, que posteriormente regularán su incorporación a la vida social. (Sroufe, 2000).

◆ *ELEMENTOS INCLUIDOS EN LOS PROCESOS DE SOCIALIZACIÓN SEGÚN LÓPEZ, F., ÉTXEBARRIA, I., FUENTES, M., Y ORTIZ, M. (1999)*

- Procesos afectivos de socialización. Es decir, la formación de vínculos, lo que deriva en el *tipo de apego* (seguro, ansioso, elusivo)
- Procesos mentales de socialización. En otras palabras, el aprendizaje o adquisición de conocimientos.
- Procesos conductuales, que perfilan la manera de relacionarse con otros, permitiendo un desarrollo adecuado de la vida en comunidad.

Los procesos de socialización permiten que se establezca la concepción del sí mismo y el desarrollo del Yo.

◆ *LA CONCEPCIÓN DEL SÍ MISMO*

Uno de los primeros teóricos en aplicar la perspectiva de la organización al estudio del sí mismo fue Alan Sroufe (2000), quien describió al sí mismo “como emergiendo de una matriz organizada de crianza”. En este marco conceptual, las transacciones tempranas entre padres y el bebé promueven la aparición del sí mismo, el cual es considerado como la agrupación internamente ordenada de actitudes, expectativas de significados y sensaciones.

Las experiencias de cuidado temprano encaminadas al desarrollo de autorregulaciones afectivas y de regulación del comportamiento de los bebés tienen implicaciones importantes en la aparición del sí mismo. En un inicio los bebés son, sobre todo, receptores del cuidado parental, para posteriormente convertirse en individuos más activos en el proceso de desarrollo. Particularmente, la historia del cuidado que recibieron en la infancia, los motiva para buscar o para evitar ciertos aspectos del ambiente. Sus historias de crianza también afectan en la vinculación con el ambiente así como su interpretación de la experiencia (Sroufe, 2000).

Sroufe (2000), describe una serie de fases asociadas con la organización básica diádica (cuidador-bebé), que promueven el desarrollo de una organización interna del sí mismo. Cada nuevo nivel de organización de relaciones, implica un cambio en la organización del sí mismo y viceversa (expansión vital del desarrollo). El sí mismo es un emergente de estas experiencias más que algo que esté presente en una edad determinada.

◆ *DESARROLLO DEL YO*

El desarrollo del Yo, forma parte del desarrollo holístico del ser humano, ya que todas las pautas antes citadas se dan conjuntamente; es decir, no pueden darse hechos aislados y más aún, unos influyen a los otros. El apego, como parte del repertorio emocional, está determinado, entre otras cosas, por el desarrollo efectivo del Yo –que se da dentro del contexto cotidiano del individuo para bien o para mal.

La mejor manera de concebir el Yo (o la personalidad), es comprendiéndolo no como un conjunto de cualidades que los individuos “tienen” en varios grados, sino

como una organización interna de actitudes, creencias y valores (Sroufe, 2000). Los rasgos clave de semejante organización abarcan el grado de apertura que tienen los individuos ante el alcance de la experiencia emocional, los estilos peculiares de regular la excitación y la emoción, la confianza en sus propias capacidades de regulación y sus expectativas respecto a otros y a las relaciones en este proceso. Tales creencias y expectativas definen el núcleo afectivo del Yo. El Yo no está presente en el recién nacido ya que su corteza es difícilmente funcional.

Spitz (1970) considera al Yo como la organización psicológica usada para los intercambios con el ambiente. Entre sus funciones se encuentran las de dominio, defensa y adaptación, por lo tanto no cuenta con ninguna creencia y mucho menos con una organización de expectativas y actitudes. Sin embargo, desde una perspectiva de desarrollo no se puede postular que el Yo emerge de la nada. Es importante destacar que desde el principio existe una organización autorreguladora lo suficientemente compleja como para proporcionar la base para el desarrollo del Yo.

Sin embargo, esta organización reside no sólo en el recién nacido, sino en el sistema bebé-cuidador, que al principio puede describirse como la sincronización de la persona encargada del bebé con éste. El Yo emergente refleja la incorporación de esta organización sistémica o diádica dentro de la psique del niño que se está desarrollando a través de una serie de fases en el curso del desarrollo ontogénico.

Retomando el tema que aquí nos atañe, la relación de la teoría del apego con el desarrollo del Yo se explica en tanto que, la confianza en la relación (de parte tanto de la madre como del niño) se traduce en confianza en sí mismo. En otras palabras, la seguridad dentro de la relación de apego lleva a la seguridad en sí mismo.

En contraste, los niños que han experimentado una atención caótica e inconsistente carecen del almacén de experiencias reguladoras positivas para dirigir sus propios esfuerzos y tampoco tienen la confianza en la persona que los cuida, y por consiguiente en sí mismos, necesarias para la experimentación flexible. Asimismo, a los niños a quienes se ha forzado a una independencia precoz a causa de una ausencia de disponibilidad emocional o de una atención áspera por parte de su cuidador tenderán a

adoptar estrategias reguladoras rígidas, realizadas a menudo a solas o por lo menos sin hacer uso de los recursos sociales.

La perspectiva del desarrollo del Yo se relaciona con el sentimiento de seguridad del individuo, que puede combinarse con el núcleo o estrato más interior de este Yo, es decir, el sentimiento fundamental de afecto del individuo en relación con los demás, del Yo como algo valioso y del mundo como algo seguro. Todos estos rasgos resultan de una historia de cuidados y atención sensibles dentro de la relación de apego.

Un segundo estrato fundamental del Yo resulta de la combinación entre el núcleo mencionado, la base actitudinal, las experiencias reales en pos de los designios internos propios y la autorregulación dirigida en la etapa de infante. A menudo esto se erige sobre una experiencia anterior de poder dentro de la relación de cuidado y atención, pero el poder en este caso se relaciona con los esfuerzos para alcanzar metas intencionales y para conservar algún grado de regulación emocional por medio de los propios esfuerzos emocionales. El niño puede aprender en esta fase que sus designios e impulsos internos son aceptables y valorados (y, por extensión, que el yo se valora y es valioso), así como a desarrollar un sentimiento de confianza en sus propias capacidades reguladoras estableciéndose así la autoestima.

2.3 *Desarrollo de la Socialización*

Al principio de su vida, el niño no distingue entre él y el mundo circundante. Sin embargo, poco a poco comienza a advertir que es un ser. Buena parte de la infancia está dedicada a esta distinción. De los tres a los ocho meses, los niños aprenden en forma activa acerca de su cuerpo, descubren primero sus manos y sus pies, así como algunas cosas que pueden hacer con ellos, más tarde operan sobre el mundo y observan el producto de sus intervenciones.

A los siete y ocho meses se vuelven conscientes de los extraños y son capaces de demorar sus actos, por lo menos en lapsos breves, lo que abre paso a que inicien el establecimiento de esquemas de interacción con los demás. En esta etapa los niños muestran más deliberación al probar y explorar sus propias respuestas y consecuencias.

Además, observando la conducta de quienes lo rodean, inician el aprendizaje de cómo deben comportarse. Pueden imitar y empiezan a saber qué se espera de ellos.

En el transcurso de los 12 a los 18 meses, los niños trabajan duro para aprender dichas expectativas sociales y lo que ocurre cuando prueban o exploran el mundo social. Al final de este período, se reconocen en fotografías y en el espejo y están listos para una socialización más detallada (Lewis y Feinman, 1991; citados en Papalia, 2001).

Por último, de los 18 a los 30 meses alcanzan un considerable conocimiento personal con respecto al mundo social. Aprenden sobre su género, sus rasgos y características físicas, lo bueno y lo malo y qué pueden hacer y qué no. Con este creciente sentido del yo vienen más reacciones emocionales frente a los otros, las que a veces toman la forma de rabietas. Conforme se vuelven más conscientes de sus propios sentimientos, reaccionan de manera más personal al daño y a las frustraciones y responden con intensa emoción (Dunn y Munn, 1985; citados en Papalia, 2001).

Michel Lewis (1995; citado en Papalia, 2001), estudió el desarrollo de las llamadas emociones auto-conscientes de orgullo, vergüenza, culpa y embarazo que comienzan a aparecer después del primer año. Tales emociones dependen de un nivel bastante perfeccionado de entendimiento intelectual de las reglas sociales, así como de un sentido

del Yo. Es decir, el niño debe ser capaz de determinar qué tanto su conducta se encuentra determinada por los criterios que impone la cultura, y en última instancia si ha tenido éxito o ha fracasado.

Hacia los dos años y medio o tres años, comienza a internalizar las normas de la sociedad y a emplearlas esté o no presente un adulto.

Alrededor de los 21 meses, aparece la conciencia de los roles sexuales (Goldberg y Lewis, 1969; citados en Papalia, 2001). Niñas y niños comienzan a exhibir comportamientos diferentes. Es más probable que los niños se separen de su madre en forma más radical y que las niñas exijan mayor cercanía y tengan sentimientos más ambiguos con respecto a las separaciones. Esto parece estar relacionado con la conciencia de las diferencias sexuales.

Hacia el final del segundo año, el lenguaje infantil está lleno de referencias personales. Los niños saben su nombre y lo emplean a menudo para expresar sus necesidades y sentimientos en tercera persona. Las palabras mí y mío asumen nueva importancia, y el concepto de posesión se exterioriza con vigor y claridad. Los niños pueden ser muy posesivos, aún en familias que ensalzan el compartir y menosprecian la propiedad. Tal vez se trate de una necesidad de establecer un concepto de pertenencia para redondear su definición del Yo.

La conciencia personal es el resultado de la autoexploración, la madurez cognoscitiva y las reflexiones sobre el Yo. Asimismo, incorporan, tanto a sus reflexiones como a su conducta, las expectativas culturales y sociales, y comienzan a juzgarse a ellos y a los otros a la luz de las mismas. Si disfrutan de una relación constante y amorosa con su cuidador y de un medio en el que sean libres para explorar y al que empiecen a controlar, aprenden a hacer predicciones visibles acerca del mundo que los rodea. Gradualmente alcanzan una percepción propia, quizás como individuos aceptables y competentes.

Las interacciones sociales también proporcionan conductas que sientan las bases para la interacción del individuo con su medio, y que de alguna manera determinan y son determinadas por el vínculo de apego ya que este vínculo se

desarrolla a partir de las relaciones sociales y, más aún, perdura por toda la vida (Bowlby, 1989), como ya se ha señalado.

2.4 *Desarrollo de Conductas Pro Sociales*

EMPATÍA, COOPERACIÓN Y DISCIPLINA

Muchos estudios se han dirigido al desarrollo infantil de conductas pro sociales como la empatía y la cooperación. Entre los 18 y 24 meses, los pequeños comienzan a cooperar, compartir, ayudar y responder con simpatía a las aflicciones de los demás.

El desarrollo de la empatía puede relacionarse con el progresivo sentido infantil del Yo. Según Zahn-Waxler (1992; citados en Papalia, 2001), "cuando el niño empieza a diferenciar el Yo del otro durante el segundo año de vida, y por ende, a adquirir una comprensión de los demás como individuos aparte, su capacidad de involucrarse emocionalmente en el sufrimiento de otro comienza a transformarse de aflicción personal en una preocupación compasiva por la víctima." Estos investigadores también piensan que las raíces de la empatía infantil están vinculadas a los apegos seguros y al modo en el que el niño es tratado cuando se lastima o necesita ayuda.

La nueva habilidad de preocuparse por los demás no aparece suavemente. A menudo los niños ven la aflicción de los demás y se sienten confundidos, tal vez rían y no sepan cómo reaccionar.

En una serie de estudios, se pidió a un grupo de madres que simularan estar lastimadas. A los 21 meses, los niños se mostraban confundidos y angustiados por el sufrimiento de su madre. Sin embargo, en el plazo de tres meses algunos habían aprendido comportamientos paliativos y reconfortantes al haber observado la conducta de su propia madre, quien solía responder con empatía cuando el afligido era el hijo (Radke-Yarrow, Waxler y Chapman, 1983; citados en Papalia, 2001).

En estudios de cooperación para tareas simples, casi ningún niño de menos de 12 meses cooperaba con otro. A los 18 meses, la cooperación es infrecuente y casi accidental. A los 24 meses, con alguna dirección de los adultos, prácticamente todos los niños eran capaces de cooperar (Brownell y Carriger, 1990; citados en Papalia, 2001).

La disciplina, por otro lado, permite el establecimiento de los límites tan necesarios para resguardar la seguridad e integridad del individuo, además de que complementa el establecimiento del vínculo de apego.

No es tan sencillo ofrecer los lineamientos efectivos para cada ocasión. Es evidente que los lineamientos deben estar matizados por sentido común y deben considerar la necesidad de independencia, seguridad y expresión creativa del niño según la etapa de desarrollo por la cual atraviese.

La retroalimentación de los padres ayuda a los niños a ver cómo afectan sus conductas a otros. Dicha retroalimentación puede consistir en encomios por el buen comportamiento, tales como, que "buen ayudante", o tomar la forma de suave reprimenda: "eso lastima a tu hermano". La clave de la retroalimentación es que se enfoca en la conducta, no en el niño, como objeto de crítica.

Los niños con una relación de apego seguro, así como aquellos con una relación amorosa con un adulto, satisfacen sus necesidades, no se echan a perder al consentirlos, ni los asustan ni amenazan los límites razonables. Por el contrario, estos límites resultan indispensables para que los niños se sientan contenidos y no se desborden. En un futuro esto los hace más fuertes y más seguros porque tienen una relación valiosa desde la que se aventuran a la independencia.

◆ *PRÁCTICAS DE CRIANZA*

Son el conjunto de pautas que determinan las condiciones con las que se sustenta la base para el desarrollo del apego tanto con los padres y las madres así como otras personas que cuidan al bebé.

Está lejos de ser sutil la forma en que desde la infancia transmitimos nuestra cultura a los niños. Desde el nacimiento inculcamos actitudes y valores acerca de la naturaleza del cuerpo, la aceptabilidad de la auto estimulación, el grado de la cercanía física o la dependencia permisible, así como lo bueno y lo malo de la conducta y de la esencia básica del ser humano. Todos estos contenidos se comunican a través de prácticas de crianza particulares que tienen muy diversos efectos en el desarrollo de la personalidad.

En un contexto tal, es decir, de modelos de crianza amplios y transculturales, las prácticas específicas afectan el desarrollo psicosocial. Dentro de éstas existen cuatro aspectos importantes: el establecimiento de la confianza y los cuidados, el cómo los niños reciben de sus padres señales cargadas culturalmente mediante el proceso de referencia social, el modo en que se satisfacen los intentos de autonomía y los efectos de las prácticas de crianza en la creciente autoconciencia infantil.

Herencia y ambiente y el resultado de la interacción de estos factores son los condicionantes más importantes que determinan el desarrollo de los niños. Los genes llevan una información que, si bien es importantísima en cuanto a variables como el aspecto físico o en cuanto al temperamento o el potencial intelectual, no están libres de las influencias del medio, fundamentalmente del medio social o de lo que se ha denominado como proceso de socialización.

◆ *AGENTES DE SOCIALIZACIÓN*

Los agentes de socialización más importantes, por el poder de la influencia que tienen sobre el desarrollo general de los niños son: la familia, la escuela, el grupo de iguales, las instituciones y los medios de comunicación de masas.

En el seno de *la familia*, desde el momento de nacer se transmiten los valores básicos de la vida. A partir de los primeros balbuceos ante la respuesta de la persona que nos cuida, se aprenden las normas básicas de la comunicación y así, a través de las rutinas diarias, los juegos, la alimentación, etc., se aprenden infinidad de normas, usos y costumbres, que, entre otros factores, condicionan cual será nuestro estilo de vida en el futuro.

Otro factor socializador lo constituye el *grupo de iguales*, también llamados “pares”, o relaciones “peer-to-peer”. Los niños se relacionan entre sí en “pandillas” que moralmente tienen normas de convivencia establecidas por la propia familia mediante códigos implícitos y explícitos. El papel de los pares es crucial en la adolescencia, ya que sirven de “puente” hacia el mundo externo. Los niños que no entran a un grupo tendrán dificultades futuras para el establecimiento de relaciones interpersonales.

En los grupos son muy importantes los juegos. Los niños necesitan jugar con niños iguales a ellos. El tipo de juego evoluciona al mismo tiempo que evoluciona el niño. Pasa progresivamente de ser más motor a más imaginativo.

Las influencias culturales también son de peso en la socialización, incluida la clase social en la que se vive, la forma de ganarse la vida que tiene la familia, la organización de la misma. etc.

El niño recibe según la cultura y el estilo de vida que lo rodea una formación distinta.

2.5 *El rol de la Familia*

El desarrollo social, como cualquier otro aspecto del desarrollo del niño, está influido por el contexto en que tiene lugar. Durante los primeros años el contexto más importante es la familia. Es ahí donde los niños pequeños pasan la mayor parte del tiempo, donde adquieren muchas capacidades sociales y cognoscitivas, y donde desarrollan –para lo mejor o para lo peor–, diversas actitudes, creencias y valores.

La familia, junto con la escuela, el vecindario, la iglesia, etc., es la parte del entorno que influye más directamente en el niño. Pero la propia familia es un sistema dinámico, donde cada miembro influye en todos los demás y el sistema completo evoluciona con el paso del tiempo (Minuchin, 1997). La naturaleza transaccional del sistema familiar significa, en consecuencia, que los hechos o los cambios en cualquier parte del mismo tienden a influir en todos los miembros; por ejemplo, cuando llega un recién nacido, cuando un hijo parte, cuando un abuelo incapacitado llega a vivir con la familia, cuando el padre pierde el trabajo, o cuando los padres se divorcian (Minuchin, 1997).

La comprensión de los efectos que tiene la familia en el desarrollo del niño requiere que consideremos las influencias recíprocas, no sólo entre padre e hijo, sino también entre hermanos, entre los padres, y así sucesivamente.

CONTRIBUCIÓN DE LA FAMILIA EN LA CONSOLIDACIÓN DE LOS APEGOS

Por otra parte cabe destacar la importancia que tiene todo el sistema familiar en el desarrollo y consolidación de apegos múltiples, y la influencia de estos en el desarrollo de las conductas pro sociales. Tal influencia será determinada por la estructura de la familia en la que se lleve a cabo el crecimiento y desarrollo del niño.

Los hermanos forman apegos mutuos significativos y perdurables desde la infancia. Los hermanos mayores suelen ser importantes modelos sociales. Los niños aprenden a compartir, cooperar, ayudar y compadecer, así como los roles sexuales apropiados y los usos y valores de la familia observando a sus hermanos mayores. En

algunas culturas, el hermano mayor es el principal encargado de los hermanos pequeños (Richardson, Richardson, 1990).

No obstante, existen también ciertos rasgos negativos en relación con los hermanos. Dos de los más relevantes son la rivalidad y el destronamiento del hermano mayor al nacer el siguiente. Está claro que el nacimiento del segundo hijo tiene un impacto profundo en el mayor. Los padres se ocupan menos del primero y tienen menos tiempo y energía para él. Su posición al manejar estos cambios, influye en las discordias, competencia y rivalidad de los hermanos. Por ejemplo, si los padres intentan enrolar al mayor para cuidar del recién nacido, tiende a formarse una alianza, entre hermanos por un lado, y entre padres y primogénito por el otro. En general, si los padres destinan un tiempo específico al primer hijo, es más probable que se sienta especial antes que abandonado.

En muchas culturas *los abuelos*, visitan a sus hijos adultos y nietos. En familias en la que ambos padres trabajan, son con frecuencia los principales encargados. Por lo regular, la función de los abuelos es ligeramente distinta a la de los padres y la relación de apego que se forma es diferente. Los abuelos suelen dar más apoyo, aprobación, simpatía, y menos disciplina. A veces, la relación es más relajada. También tienen suficiente tiempo para contar historias de cuando ellos –o los padres– eran pequeños, lo que contribuye al sentido de identidad familiar y la tradición. En algunas familias, el contacto habitual con una estrecha red de primos, tíos, tías y otros parientes hacen sentir al niño que forma parte de un grupo mayor.

TRANSMISIÓN DE VALORES

Es importante destacar también otro aspecto importante en donde contribuye la familia: la transmisión de valores.

Las diferencias culturales en la estructura y funcionamiento de la familia están asociadas a la distinta frecuencia con que los niños llevan a la práctica conductas pro sociales. Muchos valores culturales referentes a lo que se considera un comportamiento aceptable o inaceptable se transmiten de una generación a otra dentro de la familia y en la sociedad más amplia.

Sin embargo, también existen grandes diferencias dentro de las culturas en el grado en que los niños comparten, ayudan o conforman a los demás, así como en sus actitudes de cooperación de competencia y en su preocupación por el bienestar de las demás personas. Estas diferencias internas de las culturas pueden deberse a diversos factores, entre los que figuran las predisposiciones biológicas, la situación económica de la familia y el nivel de comprensión de las emociones de los demás que tenga el niño. Quizás, quien influya de forma más evidente en el desarrollo pro social del niño, sea la familia.

2.6 *Socialización para la Independencia*

APEGO Y DESAPEGO

La importancia funcional o de adaptación de la socialización recíproca parece radicar en que la misma ayuda a establecer una relación muy especial entre los padres y el niño. Históricamente, a esta relación se le venía llamando dependencia; más recientemente se le ha llamado apego.

La dependencia psicológica, es un producto aprendido que tiene su raíz en la dependencia fisiológica del lactante respecto a sus cuidadores. Reconociendo que la dependencia prolongada tiene que ceder el lugar a una mayor autonomía e independencia, la investigación del aprendizaje social buscó técnicas parentales mediante las cuales los padres pudieran animar a los niños a que se independicen e inclusive a exigirles dicha independencia. Pero, una vez más, el énfasis se ponía en el influjo parental sobre el niño.

El concepto del apego supone algo más que la mera dependencia. Supone un vínculo social y emocional recíproco entre el lactante y la persona que cuida de él. Sin embargo, la naturaleza de la relación de apego tiene que ir cambiando durante las diversas etapas del desarrollo. En último término, tanto el lactante como su cuidador tienen que irse alejando el uno del otro; tiene que cambiar la naturaleza del vínculo social y emocional que se forma en la infancia y primera niñez. El desapego no significa una conducta aislada determinada, ni un conjunto de modalidades de conducta. Es una estructura muy semejante a categorías como “organización”, “adaptación”, “inteligencia”, e inclusive, “aprendizaje”. Recordemos que, conceptualmente, el apego es un vínculo social y emocional, un aspecto de la adaptación que tiene por objeto garantizar la supervivencia de la especie (Bowlby, 1989). Por lo tanto, el desapego es la ruptura de este vínculo o por lo menos el cambio de su naturaleza.

Sin duda alguna, Jonh Bowlby (1989), es quién nos ha proporcionado el análisis teórico más comprensivo del concepto del apego. Bowlby enumera cinco sistemas bio-conductistas de adaptación que, se supone, fomentan y fortalecen el vínculo social y

emocional entre los lactantes y los que cuidan de ellos. Estos sistemas bio-conductistas son: *llorar, sonreír, mamar, asirse y seguir*. Según Bowlby, dichos sistemas son la base de la interacción recíproca entre el lactante y el que lo cuida y sustituyen el estrato conductual del que se estructura el apego. También se ha sugerido un sexto sistema conductual, la *mirada mutua*, que se refiere al contacto mutuo con la vista.

De hecho, los términos dependencia y apego, así como independencia y desapego, son muy difíciles de distinguir ya que, operacionalmente, se definen esencialmente por el mismo tipo de actividad. Maccoby y Masters (1970; citados en Sroufe, 2000), proponen una solución al problema. Combinando los ingredientes operacionales de los dos términos, definen dependencia y apego como una clase de comportamiento, "que mantiene el contacto en diversos grados de intimidad, entre un niño y uno o más individuos y provoca una forma recíproca de conducta, de atención y de cuidado de parte de esos individuos"

Esta definición de dependencia-apego responde muy bien al concepto de socialización aquí manejado, así como al énfasis en la naturaleza recíproca del proceso y el papel activo del niño en dicho proceso.

Por otro lado, para cuando los niños cumplen un año, los padres les han inculcado ya algunos lineamientos de conducta aceptable, en especial a propósito de sus necesidades de dependencia y cercanía física. Pero, durante el segundo año, los cuidadores se enfrentan con un nuevo grupo de asuntos. Hacia el final del segundo año, los pequeños experimentan crecientes conflictos emocionales entre su mayor necesidad de autonomía y sus capacidades limitadas y obvia dependencia.

Margaret Mahler (1975; citada en Shaffer, 2000), observó a fondo los cambios en los niños de esa edad y advirtió una notable ambivalencia en los 18 meses que se agitaba entre, el deseo de permanecer cerca de la madre y el anhelo de ser independientes. Este nuevo sentimiento de separación parecía asustarlos, y trataban de negarlo actuando como si sus madres fueran extensiones de ellos mismos. Por ejemplo, un niño podía jalar la mano de su mamá para que ella tomara el objeto que él quería. Además, los pequeños parecían experimentar una amplia gama de emociones y estaban encontrando nuevas formas de manejar sus sentimientos como, por ejemplo, suprimir la necesidad

de llorar. Cabe destacar que, el enfoque de los padres respecto a la disciplina, revela cómo manejan los conflictos de su hijo entre autonomía y dependencia.

CONDUCTAS ANTE LA SEPARACIÓN

En este punto resulta necesario ofrecer un esbozo teórico del por qué los bebés temen a los extraños y a las separaciones. Consideraremos dos opiniones, que han recibido cierto apoyo, para contestar la pregunta de, ¿por qué los bebés que apenas comienzan a experimentar los placeres del amor, de pronto se convierten en seres cautelosos ante los extraños y ansiosos cuando son separados de sus objetos de afecto?

◆ *EL PUNTO DE VISTA ETOLÓGICO*

John Bowlby (1973; citado en Bowlby, 1989) afirma que muchas situaciones que enfrentan los bebés pueden ser consideradas señales de peligro, puesto que han sido asociadas con tanta frecuencia, con el peligro a lo largo de la evolución humana que, ante ellas, los niños cuentan con una respuesta de temor o evitación "biológicamente programada". Entre las situaciones que los bebés pueden estar programados para temer, una vez que pueden discriminar con facilidad los objetos familiares de los desconocidos, se pueden mencionar las caras extrañas (las cuales, en épocas anteriores, pueden haber sido las de un animal depredador), los escenarios extraños y la "circunstancia extraña" de ser separados de los acompañantes familiares.

Coherentemente con el punto de vista etológico, los bebés muestran reacciones más fuertes ante los extraños y las separaciones en un laboratorio desconocido, que en el hogar; es probable que lo "extraño" del laboratorio amplifique la aprensión que experimentan de ordinario al encontrar un extraño, o al tener que soportar una separación. El punto de vista etológico también explica una variación transcultural interesante en la ansiedad ante la separación: los bebés de numerosas sociedades no industrializadas, que duermen con sus madres y casi siempre están en contacto estrecho con ellas, comienzan a protestar por las separaciones alrededor de los dos a los tres meses de edad, no así los bebés occidentales. ¿Por qué?, simplemente porque ellos son

apartados tan rara vez de sus cuidadores que casi cualquier separación es un suceso muy “extraño” que les provoca temor (Ainsworth, 1978; citada en Bowlby 1989).

La teoría etológica también explica que la ansiedad ante extraños y ante la separación declinan durante el segundo año: una vez que los bebés comienzan a caminar y pueden usar sus objetos de apego como *bases seguras* para la exploración, inician en forma activa las separaciones, las toleran mucho mejor y muestran menos cautela ante otros estímulos nuevos, incluyendo a extraños amistosos, que antes habían sido una fuente de preocupación.

◆ *EL MIEDO A LOS EXTRAÑOS*

La reacción cautelosa ante un extraño o *ansiedad ante extraños*, contrasta en forma marcada con las sonrisas, balbuceos y otros saludos positivos que a menudo exhiben los bebés cuando se aproxima un acompañante familiar. La mayoría de los bebés, reaccionan en forma positiva ante extraños cuando recién forman su primer apego, para luego incrementar su nivel de aprensión (Shaffer, 2000). Las reacciones de cautela ante extraños, que a menudo están mezcladas con señales de interés, alcanzan su máximo entre los ocho y los diez meses de edad, y declinan gradualmente durante el segundo año (Sroufe, 2000).

Sin embargo, aun un niño de ocho a diez meses no teme a toda cara extraña que ve y, en ocasiones, puede reaccionar en forma positiva ante los extraños. Se debe subrayar, de entrada, que el miedo a los extraños y la ansiedad por la separación no surgen repentinamente por sí mismas hacia los ocho meses de edad. Lo que aparece en esta edad son las conductas normalmente utilizadas para indicar estas dos clases de conducta (ansiedad y miedo ante extraños).

▪ *Las manifestaciones clásicas del miedo a los extraños*

Ninguna de las manifestaciones tempranas de miedo a los extraños o de ansiedad por la separación es tan dramática como las formas clásicas. En su acepción clásica, el término “miedo a los extraños” se refiere a un complejo de conductas entre las que resulta central el llanto fuerte y prolongado ante el acercamiento de un extraño, junto a la evitación o el

alejamiento, si el bebé tiene movilidad. Raramente se encuentra este tipo extremo de conducta antes de los ocho meses de edad; a partir de ese momento aumenta en intensidad, alcanzando su punto álgido en el segundo año de vida y disminuyendo gradualmente desde entonces. En la vida de cualquier bebé se da una variación individual, de mes en mes, en la intensidad de su respuesta, a pesar de que se mantenga constante la situación de control. También se da una gran variedad en el tipo de respuesta. Así, bebés a los que se les ha dejado en un entorno no familiar con un adulto extraño, pueden acercarse y aferrarse al adulto, manifestando un miedo mayor al lugar que a la persona (Delval, 1994). También afecta la conducta del niño el hecho que esté o no presente la madre en el encuentro con un extraño. Paradójicamente, un extraño provoca más terror cuando la madre está presente y a poco más de un metro de distancia que cuando aquella está ausente o cuando el niño está sobre las rodillas de su madre (Bowlby, 1998).

Tradicionalmente, se recurre al concepto de ansiedad por la separación para describir la respuesta del niño a la separación prolongada de la madre. La forma clásica de dicha conducta consiste en la protesta en el momento de la separación: gritos o sollozos continuos durante horas o durante días. Inicialmente, el niño rechazará los intentos para consolarle ofrecidos por extraños, pero, si la separación se prolonga, podrá interactuar ocasionalmente de alguna manera con los nuevos cuidadores. Cuando vuelve la madre, el bebé se aferra a ella con fuerza, aunque puede entremezclar esta conducta con alguna otra de carácter negativo hacia la madre. El niño que sufre de ansiedad por la separación presenta una imagen patética y subrayada aún más por el hecho de que los intentos para reducir la ansiedad parecen contribuir sólo a incrementarla.

Parece que la ansiedad por la separación, en esta forma intensa, se presenta hacia los siete meses de edad y a partir de entonces aumenta en gravedad, para ir declinando durante un período que dura varios años (Shaffer, 2000). La separación debe ser prolongada para que el niño pase por todo el penoso proceso de la ansiedad por la separación. Puede percibirse, sin embargo, la iniciación de ese estado cada vez que la madre se separa del niño. Su desaparición provoca un síndrome de conductas: intentos

de seguirla que no podrán desviar otros adultos, llanto que solo termina al volver la madre y otras conductas que indican un grado de apego a una sola y única figura.

PUNTOS DE VISTA SOBRE EL DESARROLLO DEL MIEDO A LOS EXTRAÑOS Y LA ANSIEDAD POR SEPARACIÓN

◆ *LA TEORÍA DE BOWLBY*

Bowlby acepta que el síndrome de conductas apenas mencionado es un proceso que podría darse o podría explicar la ansiedad por la separación. También especula que el miedo a la separación se podría desarrollar de manera independiente como resultado de los procesos de maduración (Bowlby, 1973; citado en Bowlby, 1989). Señala, sin embargo, que sería imposible separar la explicación que pudiera dar la teoría del aprendizaje de una explicación madurativa, puesto que, hasta donde él sabe, en todas las culturas las madres dejan a sus bebés ocasionalmente, y esos lapsos dan tiempo suficiente como para que éstos experimenten algún malestar durante la ausencia de aquellas.

En el modelo de Bowlby, el miedo a los extraños es el resultado de la maduración de un miedo a los objetos extraños de todo tipo, unido a la creciente capacidad para detectar que un objeto es realmente nuevo o extraño. Esta explicación se ajusta en gran parte a lo que se sabe sobre el miedo en los animales. En muchas especies de animales, el miedo a los objetos extraños aumenta durante la ontogenia, y parece muy plausible que los jóvenes seres humanos muestren el mismo patrón evolutivo.

EL APEGO PATERNAL

Enseñad al niño el camino que debe seguir;
cuando sea mayor, no se apartará de él.

Proverbios 22:6

3.1 *Importancia de la Calidad y la Comunicación en las Relaciones*

Cuando hablamos a lo largo de la presente tesis del apego, nos hemos referido a aquel vínculo entre un infante y la persona que le proporciona los cuidados necesarios; quien en la mayoría de los casos es la madre del pequeño, pero también (aunque en menor medida), el padre.

Se puede esperar que existan varias figuras de apego, independientemente de si es una sola persona quien cuida del niño o si se trata de ambos padres, e incluso si participan otros miembros de la familia extensa. Sea como fuere, el interés de esta tesis es explorar cómo y con qué contribuyen los padres varones en el desarrollo social y emocional de un niño y de qué manera repercuten estas primeras relaciones en las que eventualmente se establecerán en la vida adulta.

La calidad de las relaciones de apego entre un bebé y quien le cuida parece provenir, sobre todo, de la capacidad de reacción del cuidador. Si la persona que proporciona los cuidados al bebé es sensible a las señales de éste y es capaz de adaptar sus propias conductas para coordinarlas con las del niño, éste será entonces capaz de desarrollar un apego seguro.

Evidentemente, factores como las vivencias de la infancia de los padres y el propio temperamento del niño juegan un papel decisivo para que lo anterior se llegue a dar. A partir de esto, se puede decir que la calidad de las relaciones se establece en función de tres componentes:

- *Personalidad de los padres.*
- *Prácticas de crianza.*
- *Contribución del niño.*

La calidad en la relación con los propios hijos está influida por la relación anterior con los propios padres, la relación de pareja y el contexto social o cultural donde se desarrollen cada una de estas relaciones. Aunque lo último parece indicar que son los padres y cuidadores los mayormente responsables de establecer un apego seguro, no se puede dejar de lado la influencia del temperamento del bebé, pues, aunque la paciencia y el ingenio son buenos aliados para enfrentar las dificultades que surjan en la relación, siempre será más difícil ser sensible al momento de cuidar a un bebé irritable o de difícil temperamento.

Los apegos seguros evolucionan a partir de relaciones en las que se logra un buen ajuste entre el cuidado que recibe un bebé y su propio temperamento, mientras que es más probable que se desarrolle un apego inseguro cuando los cuidadores, muy estresados o inflexibles, no pueden adecuarse a las cualidades temperamentales de sus bebés (Van den Boom, 1995; citado en: Garaigordobil Landazabal, M., 1995).

Las consecuencias que estas relaciones tienen en la vida posterior del pequeño se relacionan también con las representaciones cognoscitivas que tienen acerca de sí mismos, es decir, a medida que los bebés interactúan con los cuidadores primarios desarrollan modelos de trabajo internos, los cuales utilizan para interpretar sucesos y formar expectativas acerca del carácter de las relaciones humanas.

Así como los adultos nos formamos expectativas respecto a sucesos que ocurren en la cotidianidad, los bebés también lo hacen: si los bebés reciben una respuesta sensible y adecuada cuando necesitan algo, esperarán eso y consecuentemente esa será la forma en que se valorarán por su importancia en el mundo. Por el contrario, si han aprendido a obtener respuestas inadecuadas, esperarán tal tipo de respuestas y del mismo modo formarán sus expectativas, de lo que se sigue que no solicitarán cercanía y afecto cuando no les ha sido proporcionado.

Por lo tanto, un bebé concluye que las personas son confiables a partir de un cuidado sensible y afectuoso, mientras que el cuidado insensible, negligente o abusivo puede generar inseguridad y falta de confianza. Esto se relaciona directamente con las expectativas que podríamos tener de nuestras relaciones futuras.

Estas representaciones cognitivas se denominan *modelos de trabajo interno*, los cuales, una vez formados al inicio de la vida, se pueden estabilizar y convertir en un aspecto de la personalidad que influye sobre el carácter de los vínculos emocionales íntimos a lo largo de toda la vida. (Bowlby, 1988; citado en Bowlby, 1989).

ESTILOS PARENTALES

Hasta aquí, hemos hablado de la personalidad de los padres y el temperamento de los bebés, pero ¿qué pasa con las prácticas de crianza?, Vasta, Haith y Miller (1999), mencionan que existe un punto importante a considerar además de la sensibilidad en el cuidado, se trata del control paternal que tiene que ver con la disciplina y reglamentación que rodea al niño, al que, idealmente, no se le puede dejar sin supervisión.

La combinación de sensibilidad y disciplina produce cuatro estilos generales de ser padres caracterizados por formas peculiares de comunicación entre padres e hijos que favorecen diferentes maneras de actuar en los niños:

◆ *ESTILO DEMOCRÁTICO*

Los padres que tienen valores altos en cuanto al afecto y al control se conocen como padres democráticos. Estos padres tienden a cuidar de sus hijos y a ser sensibles a ellos pero estableciendo límites claros y manteniendo un entorno predecible. Este estilo de actuar de los padres es el que tiene los efectos más positivos en el desarrollo social del niño. Los hijos de estos padres son los más curiosos, los que más confían en sí mismos, los que funcionan mejor en la escuela y los más independientes.

◆ *ESTILO AUTORITARIO*

Los padres que tienen valores bajos en cuanto al afecto pero altos en cuanto al control se denominan autoritarios. Estos padres piden mucho de sus hijos, ejerciendo un fuerte control sobre su conducta y reforzando sus demandas con miedos y castigos. La mayoría de los niños no reaccionan bien a esta forma de aproximación; son niños que se preocupan con facilidad, muestran cambios de humor, agresividad y problemas de conducta.

◆ *ESTILO PERMISIVO*

Los padres que tienen valores altos en cuanto al afecto pero bajos en control se denominan permisivos. Estos padres son cariñosos y emocionalmente sensibles pero ponen pocos límites a la conducta de los menores. Aunque proporcionan aceptación y ánimo a sus hijos, les brindan poca cosa en cuanto a estructura o posibilidad de predicción. Lo curioso es que estos hijos se parecen a los de los padres autoritarios, en que se muestran impulsivos, inmaduros y descontrolados.

◆ *ESTILO INDIFERENTE*

Finalmente, los padres que tienen valores bajos en ambas dimensiones se denominan padres indiferentes. Estos padres ponen pocos límites a sus hijos pero también les proporcionan poca atención, interés o apoyo emocional. Este estilo no fomenta el desarrollo social saludable. Los hijos de padres indiferentes suelen ser exigentes y desobedientes, y no acostumbran a participar de forma efectiva en juegos e interacciones sociales.

▪ *Consecuencias evolutivas de los estilos de crianza.*

Nos atrevemos a concluir que, en base a los estilos arriba mencionados, un niño con límites demasiado laxos se sentirá abandonado, mientras que, aquel con límites demasiado rígidos se sentirá no querido. La Tabla 1 (pág. 53) muestra las actitudes características que se relacionan los estilos particulares de crianza.

TABLA 1. Actitudes propias de los estilos de crianza

-AFECTO MANIFIESTO		
-SENSIBILIDAD NECESIDADES NIÑO/A		
-EXPLICACIONES		
-PROMOCIÓN CONDUCTAS DESEABLES.		
-CONTROL GUÍA	↑	
-DISCIPLINA INDUCTIVA	↑	
DEMOCRÁTICO		
PERMISIVO		
-AFECTO MANIFIESTO	↓	
-ACEPTACIÓN	↓	
-SENSIBILIDAD	↓	
-EXPLICACIONES	↓	
-ESCASAS EXIGENCIAS	↓	
-AUSENCIA DE CONTROL	↓	
AUTORITARIO		
NEGLIGENTE		
-AFECTO CONTROLADO		
-PERSPECTIVA DEL ADULTO		
-COERCIÓN		
-CONTROL DE CONDUCTAS INDESEABLES		
-CONTROL-IMPOSICIÓN	↑	
-AFIRMACIÓN DE PODER	↑	
-No EXPRESIÓN DE AFECTO	↓	
-INSENSIBILIDAD	↓	
-FALTA DE ATENCIÓN	↓	
-EXPLICACIONES	↓	
-CONTROL AUSENTE O EXCESIVO	↓	

Tabla 1

3.2 *El Apego Paterno*

Como se ha venido estableciendo, las relaciones de apego no se encuentran limitadas de manera exclusiva a las madres, puesto que un bebé puede tener no una, sino varias figuras de apego. En esta tesis, el interés se centra en el papel del padre como figura de apego hacia sus hijos. No obstante, como también se ha señalado, este proceso corresponde a una relación bidireccional, por lo que se considera necesario describir, a su vez, el apego que el padre objeto de análisis tuvo o tiene con su propio progenitor.

La función de los padres de familia se ha modificado, de ser sólo proveedores a involucrarse más directamente en la educación y cuidado de sus hijos, sobre todo si se toma en cuenta que, en la actualidad, las madres ya no se dedican únicamente al cuidado de los hijos sino que compaginan la maternidad con otras actividades laborales, profesionales o de otro tipo. Considerando lo anterior, se ha registrado un cambio en el sistema familiar tradicional con el surgimiento de una diversidad de estructuras familiares que han repercutido, a su vez, en la estructura de la sociedad en general.

A excepción de amamantar a un bebé, cualquier otra conducta que las madres habilidosas proporcionen a sus hijos, puede realizarla el padre (u otra persona a cargo de aquellos). Al igual que las madres, los padres pueden bañar, cambiar, alimentar y proporcionar al niño los mismos cuidados rutinarios. Lo que es más, los padres pueden ser tan sensibles como ellas, mientras que los niños, a su vez, pueden apegarse a ellos (Parke, 1981; citado en Papalia, 2001).

En la época actual, los padres están asumiendo funciones cada vez más activas en el cuidado de los niños, razón por la cual comparten habilidades que quizás nuestros abuelos jamás habrían realizado. No obstante, la mayoría de los padres siguen sin asumir la principal responsabilidad del cuidado de los niños.

Esto se debe a la formación de los sistemas familiares. Por ejemplo, en algunas clases de preparación al parto se puede ver que, tanto padres como madres asisten a las sesiones, con lo que después del parto ambos están suficientemente preparados para

proporcionar cuidados a sus hijos. Sin embargo, los padres suelen pasar al papel de ayudantes, convirtiéndose las madres en el adulto implícitamente reconocido como el más competente para realizar estas tareas.

Una realidad que no se puede dejar de lado es, que en la cultura donde vivimos, a pesar de la gran intervención de los padres en la educación del niño, son las mujeres quienes llevan la principal carga de responsabilidad respecto a la crianza de los pequeños, sobre todo en lo que se refiere a preescolares; aún a pesar de que ésta trabaje fuera de casa.

Tal vez el papel de los roles esté determinado por conductas instintivas difíciles de modificar, pero siempre es posible adaptar esas conductas a un quehacer donde los participantes de la crianza y los miembros de la familia compartan de la manera más equitativa posible las tareas.

3.3 *El Juego en el Apego Paternal*

La importancia del juego en los niños resulta fundamental ya que, a través del mismo, los niños aprenden y obtienen casi todas las herramientas, particularmente sociales, para enfrentarse al mundo.

Muchos estudios informan que los padres que han comenzado a relacionarse con su hijo siguen dando mayores cuidados directos y juegan más con el niño en desarrollo (Craig, 1997); estos niños, además, dan mayores respuestas sociales que el promedio.

En general, los padres involucrados se relacionan con su hijo de modo distinto que las madres: más bien juegan con él, mientras que las madres lo bañan, alimentan y cambian el pañal. Lo que es más, incluso si los padres se ocupan de estos menesteres, acostumbran jugar mientras los realizan (Craig, 1997).

Independientemente de cuál sea el tipo de juego que se realiza entre padre e hijo, lo que resulta importante es que los hombres, a pesar de haber cambiado bastante en cuanto a actitudes sociales respecto a la familia y el cuidado de los hijos, parecen no mostrar modificaciones en cuanto a la responsabilidad del padre de formar y modelar a su hijo. Esta formación tiene como resultado conductas que relacionadas con la disciplina, responsabilidades masculinas claras relativas al trabajo y el cuidado de una familia, así como transmitir los valores de una sociedad. Resulta entonces necesario tanto reconstruir los sistemas masculinos de relaciones, como enseñar a los padres a criar a sus hijos.

Nos atrevemos a hablar en este punto, referente al juego, de una metáfora que representa lo anterior, aunque de una manera poco convencional, pero que lo hace de modo completo y explícito, además de que hace referencia a la forma en que los niños aprenden a través del juego.

Se trata de la película de Walt Disney, *El Rey León* (1994). En ella Mufasa, el rey león, es responsable del bienestar social y espiritual de sus dominios. Como rey sagrado que es, no es amado por ser un líder ególatra, sino por ser el servidor de su gente y

espejo espiritual de sus ambiciones y necesidades. Cuando tiene un hijo, Simba, le anuncia que algún día su trabajo consistirá en ser rey león: “Todo lo que alcanzas a ver pertenece al gran reino de la vida. Algún día serás su soberano. Algún día serás el responsable de ese ciclo”. Esta metáfora nos habla de los esfuerzos que debemos realizar unos con otros, y cómo los hijos esperan de sus padres un legado que pueda trascender más allá de lo material. (Gurian, 1996).

Es así como, a través del juego, se transmite el aprendizaje empleando símbolos y metáforas donde lo difícil para los adultos que cuidan de ellos, es tener la sensibilidad y disposición de involucrarse para entablar tal tipo de comunicación y establecer los vínculos que durarán toda la vida.

3.4 *La Independencia a través del Apego*

Una interrogante esencial se refiere a la estabilidad del apego, es decir, si el estilo de apego establecido en la infancia se puede mantener aún en la vida adulta. A pesar de que no pretendemos fundamentar la respuesta empíricamente, los teóricos concuerdan en que la respuesta es afirmativa.

El interés de la presente investigación es establecer si la calidad de tales estilos de apego se transmiten de una generación a otra. Se sabe que un apego seguro aumenta las conductas de exploración, la curiosidad, la solución de problemas, el juego y *las relaciones con los otros* en los niños, es decir, les permiten abrirse más al mundo. Las personas con apegos seguros tienen más confianza en ellas mismas y en los otros. Pero, ¿cómo se logra ser apegado en la infancia, e incluso en la vida adulta, sin llegar a convertirse en un ser dependiente? .

A partir de los términos de uso corriente, es fácil confundir “estar apegado” con “ser dependiente”. Mientras que el apego se define en el diccionario como una afición o inclinación particular a algo o alguien, la dependencia tiene una connotación negativa definiéndose como la subordinación o sujeción al otro. Es claro que, si estamos subordinados no podemos ser independientes, de lo que se concluye que no sabremos tomar decisiones ni mucho menos resolver problemas o relacionarnos con otros.

La diferencia fundamental radica en el tipo de apego que una persona, en este caso un niño, logra establecer con adultos significativos, generalmente la madre, pero también el padre. De modo tal que, conforme a lo que hasta ahora se ha discutido, el establecimiento de un apego seguro proporcionará al niño los elementos necesarios para que eventualmente llegue a ser independiente.

Se podría decir que la mayoría, si no es que todos los padres, desean tener hijos independientes que se puedan valer por sí mismos, en correspondencia con el grado de madurez que hayan alcanzado, y que sean capaces de necesitar a los padres lo menos posible una vez llegados a la edad adulta. En otras palabras, se busca que tengan las herramientas necesarias para que puedan resolver y enfrentar sus propios retos, así como

las consecuencias de sus decisiones personales, cuestión que, como ha quedado establecido, sólo puede ser posible si se les brinda, desde muy temprana edad, la oportunidad de tomar decisiones.

Aunque, paradójicamente, en el principio de la vida las separaciones prolongadas y la falta de esa proximidad, aunada a respuestas insensibles, crean apegos inseguros o ambivalentes, se espera de los niños que, de cualquier forma, logren cierta independencia. Concluimos respecto a este difícil dilema que enfrentan los padres que, a menor edad se establezca mayor cercanía y respuesta, no haciendo de ello un estilo de crianza que perdure por muchos años, y propiciando progresivamente una independencia que haya establecido sus bases en bebés que hayan estado en estrecho contacto con ambos padres desde la más temprana infancia.

Los sentimientos de afecto, confianza y seguridad con que cuentan los bebés con apegos seguros, establecen el escenario para un sano desarrollo psicológico en las subsecuentes etapas de la vida. Por ejemplo, los bebés que tienen apegos seguros (entre los doce y dieciocho meses), cuando cumplen los dos años solucionan mejor los problemas que aquellos con otro tipo de apego (Frankel y Bates, 1990; citados en Garaigordobil, 1995).

De este modo, los hijos de los padres más atentos y accesibles resultan ser niños más creativos y originales en virtud de la confianza adquirida, la que también les permite ser independientes.

Lo anterior no resulta tan paradójico como podría suponerse al considerar el énfasis que se ha puesto en los efectos nocivos que tienen las separaciones prolongadas y la falta de proximidad de las figuras de apego, o su insensibilidad en el desarrollo sano del niño. Actitudes tales, ya se ha señalado, producen apegos de tipo inseguro o ambivalente. ¿Cómo lograr entonces que los niños desarrollen un grado de independencia acorde a su etapa de desarrollo?, es decir, cómo promover una independencia creciente, pero no desapego.

A menor edad del niño, deberá haber una mayor cercanía y prontitud de respuesta a las necesidades del menor por parte de los padres, de modo que queden arraigadas las bases indispensables de confianza y seguridad en el infante, mismas que le

permitirán, conforme vaya creciendo y teniendo una cada vez mayor capacidad de desplazamiento físico –y por tanto de distanciamiento–, la exploración de límites cada vez más amplios con independencia respecto a los padres.

En resumen, los sentimientos de afecto, confianza y seguridad que obtienen los bebés con apegos seguros, establecen el escenario para que se dé un desarrollo psicológico sano en las subsecuentes etapas de desarrollo de sus vidas.

Esta premisa se observa en niños que saben dónde se encuentran sus padres en todo momento, lo que les da la posibilidad de moverse libremente con la confianza de que cuando los necesiten ahí estarán.

Como se ha visto, ésta se parece mucho a la premisa de la base segura, a través de la cual los pequeños son capaces de alejarse a explorar el mundo, confiados en que cuando regresen allí estará el confort que, en principio les proporcionó seguridad para poder alejarse.

El concepto de apego supone, entonces, un vínculo social y emocional recíproco entre el bebé y quien lo cuida, ya sea la madre u otras figuras trascendentales en la vida como el padre, cuya naturaleza tiene que cambiar o evolucionar durante las diversas etapas del desarrollo propiciando que al principio de la vida las separaciones prácticamente sean inexistentes, pero que, conforme se van dando el desarrollo y el crecimiento, los padres aprendan a alejarse de los hijos de modo que éstos los necesiten lo menos posible. Así pues en los padres influyen tanto el tipo de apego que hayan construido en su infancia, como el número y calidad de relaciones significativas existentes en su derredor, por ejemplo, su pareja como modelo a través del cual se propicia el establecimiento de alguno de los tipos de apego con sus propios hijos.

El concepto ofrecido por Bowlby (1969; citado en Bowlby, 1989), dice que el apego es un vínculo social y emocional, un aspecto de la adaptación, que tiene como objeto garantizar la supervivencia de la especie, de lo que se concluye que la independencia será el cambio en la naturaleza del vínculo, más no su ruptura.

ESTUDIO DEL APEGO PATERNO

4.1 *Justificación*

Existen diversos estudios sobre el apego relacionados con diferentes variables, por ejemplo, el que el niño esté o no en presencia de su madre. Sin embargo, en México no se ha encontrado, a la fecha, ninguno que esté directamente enfocado al estudio del apego entre los padres varones y sus hijos. Por este motivo, la presente tesis pretende convertirse en un acercamiento al estudio del apego paterno, sentando así las bases para investigaciones posteriores que centren su interés en las variables más importantes vinculadas con este proceso, como los estilos de crianza por ejemplo.

Otro de los objetivos de ésta tesis es poner de relieve la importancia de la participación de los padres varones en la crianza de sus hijos así como la cuestión que implica el rol de los padres en la actualidad.

Muchos padres varones empiezan a buscar maneras diferentes de expresar tanto su masculinidad como su capacidad para criar a sus hijos, una combinación que tradicionalmente no se daba en nuestro país.

Franklin (1983; citado en Balaban, 2003), en su investigación encontró a un padre que afirmaba que uno de los cambios más importantes al ejercer la paternidad en estos tiempos, es reconocer que los padres no tienen que limitarse a los roles tradicionales que sus padres y abuelos representaron, sino el desear encontrar un equilibrio para combinar el rol protector-proveedor con el rol cuidador-sustentador.

En los escasos estudios que abordan el rol paterno, se subraya como aspecto importante que el apego que los niños establecen con su padre es más común de lo que hasta ahora se reconocía y que a los padres (no sólo a las madres) también les resulta doloroso separarse de sus hijos (Bloom, Fleshback y Gaughran, 1980; citados en Balaban, 2003).

Considerando lo anterior, la presente tesis pretende explorar las prácticas de crianza desde el punto de vista paterno, para lo cual se abordará el apego del padre tanto con su propio progenitor como con sus hijos.

ANTECEDENTES DEL ESTUDIO

El presente trabajo tiene como precedente el estudio del apego relacionado principalmente con la madre, quien históricamente ha resultado ser la cuidadora principal del infante. Los acercamientos teóricos, así como los métodos para medir la calidad del apego han estado estrechamente vinculados con la figura materna. Bowlby (1989), Ainsworth (1978; citada en Bowlby, 1989) y Sroufe (2000) son precursores en el estudio del apego cuya teoría ha sido presentada en los capítulos anteriores. No obstante, resulta necesario dar a conocer los antecedentes a la elaboración del instrumento que sirvió en esta investigación para explorar el vínculo del apego en los padres varones.

Se empleó un cuestionario elaborado a partir de la revisión de diversos instrumentos validados en función de la teoría del apego: el primer acercamiento para tratar de “medir” el apego con un instrumento aplicado a adultos, y no como tradicionalmente se había venido haciendo a través de la observación de niños separados de sus madres, se encontró en Hesse (1985; citado en Gojman, S., y Millan, S., 2003), con la llamada “entrevista del apego adulto”; el siguiente lo constituye el procedimiento creado por Mary Ainsworth (1978; citada en Bowlby, 1989), denominado “situación extraña” cuyo objetivo es medir la calidad del apego en niños separados de sus madres en un laboratorio.

Al mismo tiempo se revisó un estudio realizado por la Mtra. Sonia Gojman (2003, en colaboración con Millan, S.), llamado “*Integrating attachment and social character approaches to clinical training: case of studies from a mexican Nahuatl village*” en el cual se emplea el procedimiento de la situación extraña mencionado anteriormente.

En el estudio de Gojman se realizó un procedimiento estructurado de laboratorio de aproximadamente 20 minutos de duración, enfocado en la respuesta del

infante a dos separaciones y reuniones con la madre en ocho episodios de tres minutos cada uno, todos los cuales fueron videograbados. Las respuestas de los infantes se clasificaron bajo las categorías de los diversos tipos de apego. Paralelamente, Gojman utilizó la entrevista del apego adulto antes citada, que consiste en un protocolo semi-estructurado enfocado en las descripciones individuales con las que se evalúan, tanto las experiencias de apego tempranas, como los efectos de dichas experiencias en la personalidad.

La entrevista se analizó vía resultados y sistema de clasificación (Hesse, 1999; citado en Gojman, S., y Millan, S., 2003), lo cual supone un conjunto de categorías generales para identificar cinco estados mentales totalmente diferentes con respecto al apego (seguro, desechado, preocupado, no resuelto y el que no se puede clasificar) así como escalas continuas para determinar el estado mental exacto del entrevistado y las experiencias inferidas en la niñez (Hesse, 1999; citado en Gojman, S., y Millan, S., 2003).

En el análisis de estas narrativas, el investigador no se enfoca en el contenido, sino en la forma como se expresan las respuestas, en la manera en que se estructura el contenido. En otras palabras, se centra básicamente en la actitud del entrevistado (Gojman, S., y Millan, S., 2003).

Los instrumentos mencionados se han utilizado para el estudio de la relación entre madres e hijos, pero su uso no excluye a otras poblaciones como la que constituyen los padres varones.

Hemos considerado importante describir estos instrumentos ya que, para ser utilizados, resulta indispensable contar con cierta infraestructura, como un espacio adecuado, personas que tengan interés y tiempo para participar en el estudio, una videograbadora, entre otras cosas, así como entrenamiento específico del entrevistador para interpretar el lenguaje verbal y corporal de los sujetos a quienes se aplica el instrumento.

Dados los requerimientos antes citados y para fines específicos del presente trabajo, se optó por obtener la información del apego paterno a partir de un conjunto de preguntas desarrolladas con base en los siguientes indicadores del apego: *Contacto*

activo, Angustia por separación, Conducta de base segura, Compartir afectivamente, Disponibilidad y Autorregulación (Sroufe, 2000).

Cabe especificar que estos indicadores han sido utilizados de diversas maneras, entre las cuales destaca la investigación que el propio Sroufe ha realizado a lo largo de treinta años, con sujetos desde que se encontraban en el seno materno hasta que alcanzaron la edad adulta (30 años).

Alan Sroufe es hoy un autor fundamental en relación con los estudios que abordan el desarrollo emocional y el apego, razón por cual se revisó y empleó su trabajo para la elaboración de este trabajo. Algunas de las conclusiones del trabajo de Sroufe, pudieron conocerse en una conferencia celebrada en la UNAM el 12 de noviembre del 2003. En dicho evento, se descubrió el valioso trabajo que el autor expone en su libro "*Desarrollo Emocional*", donde muestra los resultados de su trabajo experimental realizado con un grupo de sujetos desde su nacimiento hasta la edad adulta de 30 años. Dichos resultados involucran diferentes variables en relación con el apego.

En dicho documento, Sroufe da a conocer los principales postulados de la teoría del apego en función de su investigación experimental, misma que inspiró el instrumento utilizado en este trabajo, y que consiste en un cuestionario semiestructurado que consta de 40 reactivos diseñados para medir los indicadores antes mencionados, divididos en dos fases. La primera consta de 23 preguntas y está encaminada a obtener información respecto a las conductas que propician el desarrollo del vínculo de apego entre padres e hijos preescolares. La segunda, que consta de 17 preguntas, explora el apego existente entre los padres y sus propios padres.

A partir de este instrumento (véase Anexo) se pretende obtener información suficiente para realizar una descripción exploratoria de las prácticas de crianza desde el punto de vista paterno, las cuales consolidan el vínculo del apego del padre tanto con su propio padre como con sus hijos.

MÉTODO

El vínculo del apego ha sido estudiado desde hace tiempo por diversos teóricos, Bowlby (1989), Sroufe (2000) y Ainsworth (1978; citada en Bowlby, 1989), por citar a

los principales. No obstante, sus conclusiones han estado invariablemente ligadas al estudio de la relación entre madres e hijos, razón por la cual es interés de esta investigación describir y explorar:

- ¿Cómo es que se forma el vínculo del apego entre los padres varones y sus hijos?
- ¿Qué factores determinan el apego entre los niños y los padres varones?
- ¿Los patrones de crianza determinan el desarrollo del vínculo del apego?
- ¿El apego persiste y se repite de generación en generación?
- ¿La disponibilidad, el contacto, la conducta de base segura, la regulación emocional, y el compartir afectivamente son indicadores para el desarrollo del vínculo del apego?

OBJETIVOS

El objetivo es explorar y describir el vínculo de apego entre los padres varones y sus hijos y determinar si las condiciones para que se desarrolle dicho vínculo son las mismas con las que se estableció el vínculo con los propios padres de los entrevistados.

Lo anterior se pretende realizar a partir de otros objetivos secundarios que se exponen a continuación:

- Determinar si el contacto activo, la conducta de base segura, la angustia por separación, la disponibilidad y la regulación son características funcionales del vínculo de apego.
- Describir cuáles son las conductas por parte del padre que propician el establecimiento del vínculo de apego.

DEFINICIÓN DE CONCEPTOS E INDICADORES DEL VÍNCULO DE APEGO

◆ *CONCEPTO DE APEGO*

El apego es la relación especial que el niño establece con un número reducido de personas; es “un lazo afectivo” entre él mismo y cada una de estas personas, un lazo que impulsa a buscar la proximidad y el contacto con ellas a lo largo del tiempo. La

característica más sobresaliente de este tipo de vínculo es la tendencia a lograr y mantener un cierto grado de proximidad con el objeto del apego que permita tener un contacto físico en algunas circunstancias y a comunicarse a cierta distancia en otras.

De forma más sistemática se puede decir que las características funcionales esenciales asociadas a este vínculo afectivo son:

- Mantenimiento de contacto sensorial privilegiado (*contacto*).
- Ansiedad ante la separación y sentimientos de desolación y abandono ante la pérdida (*angustia por separación*).
- Relaciones con el entorno más eficaces: exploración desde la figura de apego como base segura (*conducta de base segura*).
- Esfuerzos por mantenerse próxima a la persona con que se está vinculada (*compartir afectivamente*).
- Respuesta ante las peticiones de los niños (*disponibilidad*).
- Puerto de refugio en los momentos de tristeza, temor o malestar (*autorregulación*).

◆ CONTACTO

Entre los seis y doce meses, el bebé dirige comunicados específica e intencionalmente a quien cuida de él; emprende acciones propositivas con el fin de lograr contacto y selecciona y altera flexiblemente las conductas de un repertorio mayor hasta que alcanza el objetivo de interacción y contacto deseado (Sroufe, 2000). Tales conductas están directamente relacionadas con la búsqueda de proximidad, término que emplea Bowlby al referirse al apego.

◆ ANGUSTIA POR SEPARACIÓN

Esta conducta alcanza su cúspide en la mayoría de los bebés a los 9 meses de edad. Se refiere a la angustia manifestada con llanto si el cuidador no se encuentra próximo o a la vista del bebé. Está relacionada con el comienzo del gateo y la facilidad de exploración que los bebés experimentan hacia esta edad. Con el empleo de este término se logra

medir el apego mediante la observación de bebés con sus cuidadores en una etapa a la que también se le conoce con el nombre de “miedo a los extraños”, cuyo curso es sorprendentemente parecido en todas las culturas (Sroufe, 2000).

◆ *CONDUCTA DE BASE SEGURA*

Para establecer la existencia de esta conducta, se debe observar que el niño se mueve cerca de su cuidador, quien se encuentra al centro de sus exploraciones. Los bebés se sienten más seguros al explorar cuando el encargado de cuidarlos está cerca y atento a ellos, ya sea cuando se sienten amenazados, o simplemente para ir a explorar libremente. Los niños son capaces de alejarse siempre y cuando tengan la certeza de que al verificar la presencia de su cuidador lo encontrarán ahí como base segura para regresar en caso de peligro (Sroufe, 2000).

◆ *COMPARTIR AFECTIVAMENTE*

Se refiere a compartir de manera rutinaria y automática descubrimientos placenteros con la persona encargada de cuidar del bebé. Uno de los aspectos de compartir es la señalización comunicativa también denominada, “atención visual conjunta”, misma que aumenta de modo formidable entre los 10 y 13 meses de vida (Butterworth 1991; citado en Sroufe, 2000). Este compartir afectivo representa la parte medular del apego, el depósito de experiencias positivas que están en la base del vínculo afectivo existente entre la mayoría de los niños y las personas encargadas de ellos (Waters, Wippman, Sroufe, 1979; citados en Sroufe 2000).

◆ *DISPONIBILIDAD*

Son las conductas que despliega el cuidador en respuesta a las necesidades y demandas del niño en el momento que éste lo requiera. Evidentemente, aquí interviene la sensibilidad y el conocimiento que el cuidador tenga de las necesidades que pueda tener el bebé. Es importante considerar que, con base en la disponibilidad y la respuesta, los bebés crean expectativas, y es en función de las expectativas que se desarrollará uno u otro tipo de apego (Sroufe, 2000).

◆ *AUTORREGULACIÓN*

Se refiere al estado de control emocional cuando ha ocurrido un evento que lleva al infante a sentir angustia. El sano control emocional tras la aparición de la angustia se da en función del apoyo que recibe el pequeño de su cuidador, puesto que dicho control, al principio de la vida, sería imposible obtenerlo por nuestros propios medios y por esta misma razón, necesitamos que la persona encargada de cuidarnos, nos proporcione apoyo emocional para ser capaces de autorregularnos posteriormente (Sroufe, 2000).

TIPO DE ESTUDIO

Este estudio es de tipo exploratorio ya que los estudios exploratorios se realizan cuando el objeto de estudio ha sido poco investigado y, en este caso, el vínculo del apego paterno no se ha estudiado en México.

Por lo general el estudio exploratorio determina tendencias, identifica relaciones entre variables y establece el tono de investigaciones más rigurosas (Fernández, C., Hernández, S., y Baptista, L., 1998). Por lo que al vínculo del apego paterno se refiere, el presente estudio pretende ser un acercamiento para que investigaciones posteriores se realicen con una metodología más rigurosa. Como características específicas de este tipo de estudio, las investigaciones exploratorias son flexibles en su metodología y más amplias y dispersas, elementos que se presentan en la metodología de esta investigación.

Este estudio es, también, de tipo descriptivo ya que se medirán conceptos y no relaciones de variables (Fernández C., y cols., 1998).

POBLACIÓN Y MUESTRA

Padres de familia, de 25 a 55 años, con hijos en edad preescolar, que viven en el Estado de México, de clase socioeconómica media.

La muestra fue elegida aleatoriamente, considerando como criterios de selección que los padres tuvieran hijos en edad preescolar (0 a 6 años) y que desearan participar en el estudio.

TABLA 2. Relación de edades de la muestra de padres de familia entrevistados

NÚMERO DE SUJETOS		EDAD
1	de	25
3	de	28
1	de	29
3	de	31
2	de	33
4	de	34
2	de	35
2	de	36
3	de	37
4	de	38
2	de	40
1	de	42
2	de	45
3	de	47
1	de	55
n=34		Media = 34 años

Tabla 2

INSTRUMENTO

◆ CARACTERÍSTICAS DEL CUESTIONARIO

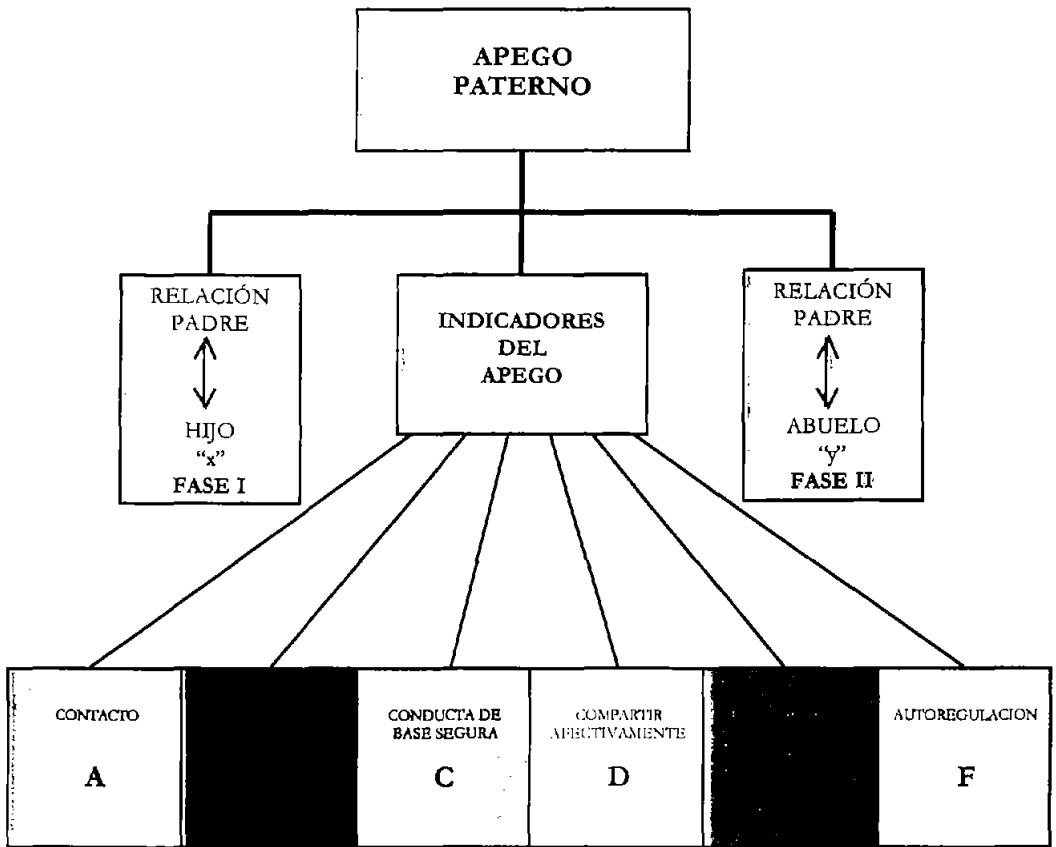
El cuestionario semiestructurado empleado en la presente tesis consta de un total de 40 preguntas elaboradas con base en los indicadores de apego (contacto, angustia por separación, conducta de base segura, compartir afectivamente, disponibilidad y autorregulación), que se dividieron en dos fases: la primera consta de 23 preguntas y está

encaminada a obtener información respecto a las conductas que propician el desarrollo del vínculo de apego entre padres e hijos preescolares. La segunda está compuesta por 17 preguntas que exploran el apego existente entre los padres entrevistados y sus propios padres.

A continuación, se presenta gráficamente la asociación de indicadores para explicar el vínculo del apego paterno en relación con las dos vertientes que se incluyen en el estudio.

◆ GRÁFICA Y TABLAS CON LA RELACIÓN ENTRE CUESTIONARIO E INDICADORES

GRÁFICA 1. Asociación de Indicadores para explorar el vínculo del apego con las categorías de las preguntas del cuestionario



Gráfica 1

En la Gráfica 1 se muestran las categorías principales de estudio del tipo de apego paterno en sus dos vertientes: a) con el hijo del entrevistado y b) con su propio padre; mismos que se explorarán conforme a los seis indicadores del apego (A, B, C, D, E y F) a través de un cuestionario dividido en dos secciones denominadas respectivamente Fase I y Fase II (véase Anexo).

RELACIÓN DE PREGUNTAS DEL CUESTIONARIO SEGÚN LA FASE (I o II) E INDICADORES DE APEGO

La Tabla 3 muestra la relación de las preguntas del cuestionario correspondientes a la Fase I con los indicadores del apego que cada reactivo explora representados con las letras A, B, C, D, E y F. De manera consecuente, la Tabla 4 muestra los mismos criterios respecto a las preguntas de la Fase 2.

FASE I	
CATEGORÍA	INDICADOR
1X	E
2X	E
3X	A
4X	A
5X	A
6X	C
7X	C
8X	B
9X	F
10X	B
11X	E
12X	F
13X	F
14X	F
15X	B
16X	D
17X	D
18X	D
19X	A
20X	A
21X	B
22X	C
23X	B

Tabla 3

FASE II	
CATEGORÍA	INDICADOR
1Y	A
2Y	A
3Y	D
4Y	A
5Y	B
6Y	C
7Y	C
8Y	D
9Y	C
10Y	E
11Y	E
12Y	A
13Y	D
14Y	F
15Y	D
16Y	A
17Y	B

Tabla 4

◆ *AGRUPACIÓN DE PREGUNTAS SEGÚN LOS INDICADORES*

Clasificación de reactivos del cuestionario en la primera y la segunda fases, que se refieren a la exploración y descripción del establecimiento del vínculo del apego de los padres hacia su hijo de edad preescolar y de los padres hacia sus propios padres respectivamente.

▪ *Primera Fase*

En la Tabla 5 se muestra el número de reactivos correspondiente a la primer fase del cuestionario y su relación con los indicadores del apego.

NÚMERO DE PREGUNTA	INDICADOR	CONTENIDO DEL INDICADOR
3,4,5,19,20	A	"CONTACTO"
8,10,15,21,23	B	"ANGUSTIA POR SEPARACIÓN"
6,7,22	C	"CONDUCTA DE BASE SEGURA"
16,17,18	D	"COMPARTIR AFECTIVAMENTE"
1,2,11	E	"DISPONIBILIDAD"
9,12,13,14	F	"AUTORREGULACIÓN"

Tabla 5

▪ *Segunda Fase*

En la Tabla 6 se muestra el número de reactivos correspondiente a la segunda fase del cuestionario y su relación con los indicadores del apego.

NÚMERO DE PREGUNTA	INDICADOR	CONTENIDO DEL INDICADOR
1,2,4,12,16	A	"CONTACTO"
5,17	B	"ANGUSTIA POR SEPARACIÓN"
6,7,9	C	"CONDUCTA DE BASE SEGURA"
3,8,13,15	D	"COMPARTIR AFECTIVAMENTE"
10,11	E	"DISPONIBILIDAD"
14	F	"AUTORREGULACIÓN"

Tabla 6

4.2 *Procedimiento*

La aplicación del cuestionario se llevó a cabo en diversas zonas del Estado de México con padres varones que mostraron interés en participar en el estudio. Una vez terminada la etapa de entrevistas, se agruparon los datos recopilados en función de los indicadores del apego descritos anteriormente.

Después, se realizó la tabulación de los resultados y se generó el gráfico correspondiente a cada pregunta de las denominadas fase I y fase II, organizándose la presentación de los mismos conforme al indicador explorado en cada reactivo. Terminado lo anterior, se llevó a cabo la tercer fase del estudio, constituida por la descripción de casos sobresalientes de la muestra, toda vez que se encontraron en ellos particularidades en los estilos de crianza de los padres entrevistados.

A continuación se elaboró un análisis global de corte cualitativo. Por último, se procedió a la interpretación de los resultados obtenidos para establecer las conclusiones pertinentes.

Cabe mencionar que los resultados se interpretaron de manera cualitativa, primero, en función de cada indicador, obteniéndose una conclusión al respecto; el segundo nivel de análisis se realizó en función de características inferidas a partir de la aplicación de los cuestionarios. El tercer nivel se realizó a partir de algunos casos sobresalientes por sus características estructurales familiares distintas.

PROCEDIMIENTO PARA ANALIZAR LOS RESULTADOS

El análisis de los resultados se realizó en tres niveles:

◆ *NIVEL I*

Corresponde a la primer parte del instrumento aplicado (cuestionario semiestructurado), constituido por 23 preguntas.

Esta fase permitió obtener los datos relacionados con las características necesarias para desarrollar el vínculo del apego de los padres con sus hijos prescolares descritas por medio de los indicadores.

Las respuestas correspondientes a cada pregunta se presentan con un gráfico y una breve descripción en el siguiente capítulo.

◆ *NIVEL II*

Relacionado con la exploración del vínculo del apego de los padres que conformaron la muestra con sus propios padres, esta fase está conformada por los 17 reactivos restantes del instrumento.

Los datos obtenidos en esta fase están organizados de acuerdo con los indicadores antes mencionados y nos permitieron obtener las características del vínculo de apego entre estas dos generaciones. La información procedente de las respuestas a cada reactivo se muestra, igual que en la fase anterior, a través de gráficos agrupados conforme al indicador que exploran, seguidos de una breve descripción respecto a los porcentajes y tendencias que la muestra arrojó en cada pregunta.

◆ *NIVEL III*

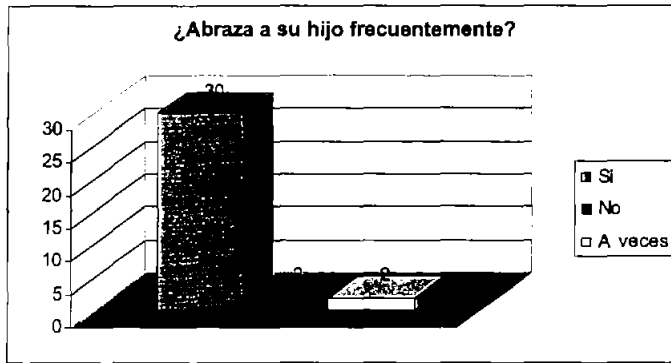
Se refiere a la descripción de casos sobresalientes, enfatizados por tratarse de situaciones particulares de crianza en las que se observa que cada padre desarrolla el vínculo del apego con sus hijos a partir de estructuras familiares diferentes.

4.3 Resultados

A continuación se presentan las gráficas correspondientes a la primera y segunda fases del estudio.

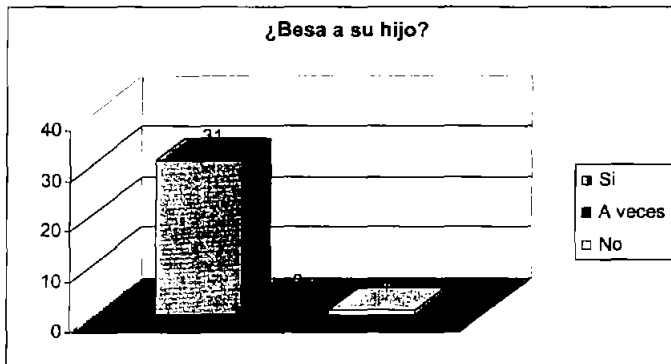
GRÁFICAS CORRESPONDIENTES A LA FASE I

◆ INDICADOR: CONTACTO



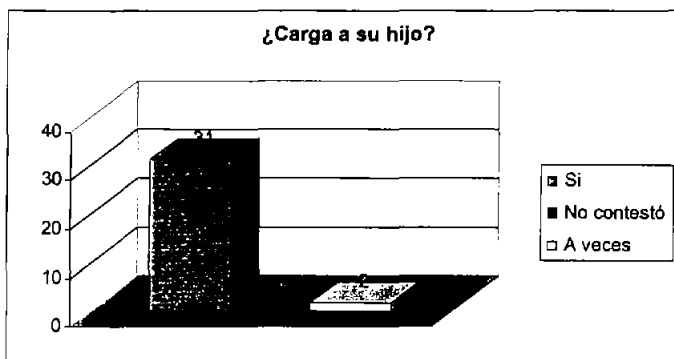
Gráfica 2

Como es posible apreciar en la Gráfica 2, el 88% de la muestra sí abraza a su hijo, el 6% no abraza a su hijo con frecuencia y el restante 6% está representado por individuos que a veces abrazan a sus hijos.



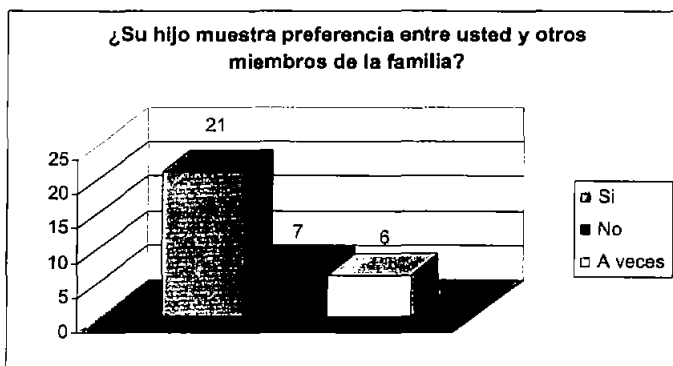
Gráfica 3

Según se observa en la Gráfica 3, del total de los encuestados, el 91% sí besa a sus hijos, el 6% no lo hace y el 3% los besa a veces. Por lo tanto se puede deducir que la gran mayoría de los padres mantiene contacto físico con sus hijos.



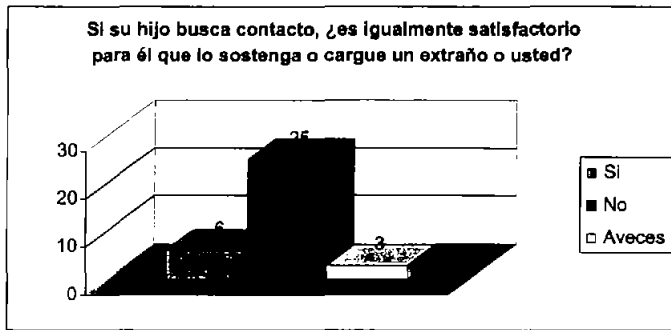
Gráfica 4

Una vez más, según se aprecia en la Gráfica 4, el 91% de la muestra respondió que sí carga a su hijo, mientras que el 6% lo hace en ocasiones y el 3% restante decidió no contestar a la pregunta. Lo anterior indica que la mayoría de los padres encuestados mantienen cercanía con sus hijos.



Gráfica 5

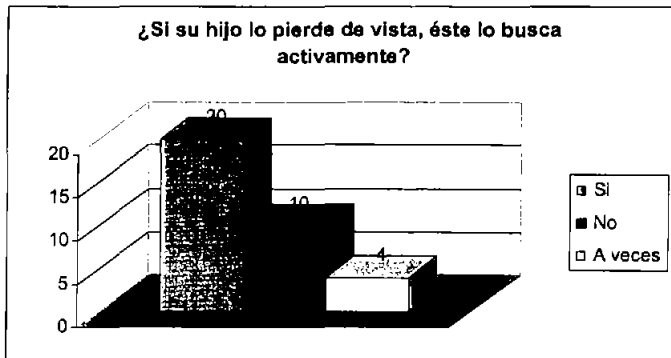
La Gráfica 5 muestra que del total de los encuestados, el 61% de sus hijos sí muestra preferencia entre ellos y algún otro miembro de la familia (como la madre), el 21% prefiere al padre por encima de algún otro pariente, y el 18% manifestó que depende de quién sea el otro familiar, el lugar y el momento en que se encuentren para que el niño denote alguna preferencia entre el padre y alguien más. Se deduce que los infantes muestran preferencia por sus progenitores aunque puedan permanecer con otras personas en ausencia de aquellos.



Gráfica 6

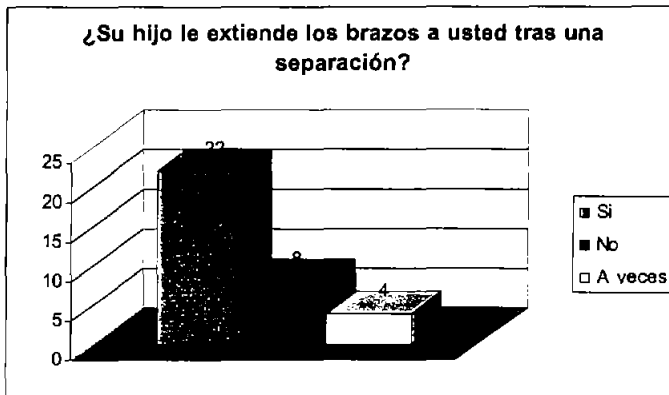
El 73% de los padres considera, como se puede constatar en la Gráfica 6, que a sus hijos no les satisface que los cargue alguien más, el 18% cree que es igualmente satisfactorio para sus hijos ser cargados por un extraño o ellos mismos, mientras que el 9% considera que en ocasiones resulta satisfactorio para sus hijos el contacto tanto con el padre como con un extraño.

◆ **INDICADOR: ANGUSTIA POR SEPARACIÓN**



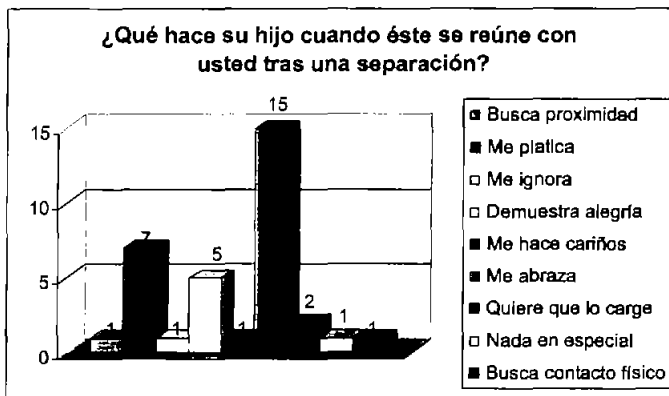
Gráfica 7

En la Gráfica 7 se aprecia que del total de los encuestados, el 59% percibe que su hijo lo busca activamente al perderle de vista, el 29% no busca a su padre y el restante 12% mencionó que a veces lo hace, dependiendo del lugar y del tiempo que lo pierda de vista.



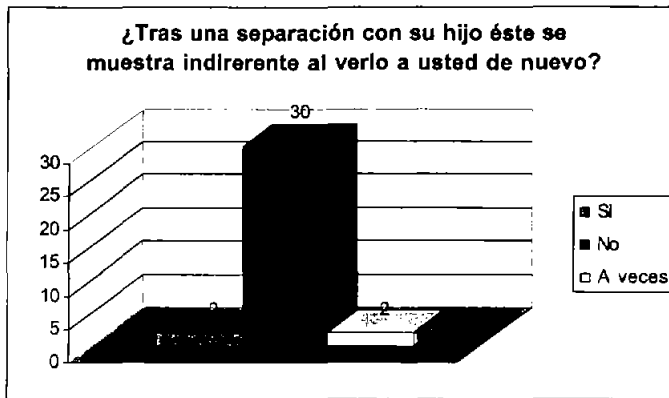
Gráfica 8

Como se observa en la Gráfica 8, el 64 % de la muestra afirmó que su hijo lo abraza tras una separación, el 24% de los hijos de los encuestados no le extiende los brazos al padre y el 12% lo hace en ocasiones.



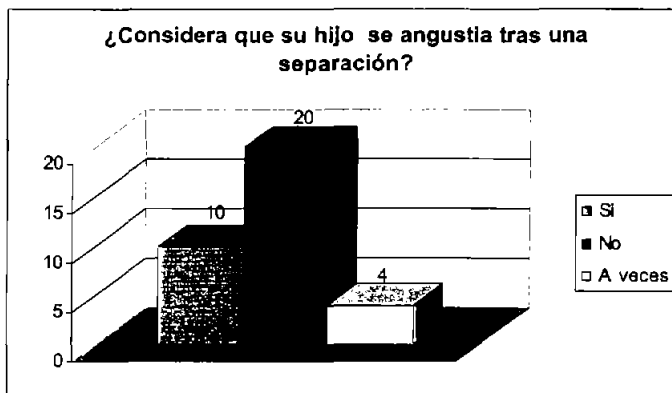
Gráfica 9

Según se aprecia en la Gráfica 9, del total de los hijos de los encuestados, el 43% abraza a su papá, 21% platica con su papá sobre lo que hizo en la escuela o durante el día, el 15% demuestra alegría, el 6% pide que su papá lo cargue. El resto de las respuestas obtuvieron el 3% del total, entre éstas se incluyen: que el hijo busca proximidad, que ignora a su papá, que no hace nada en especial y que busca contacto físico.



Gráfica 10

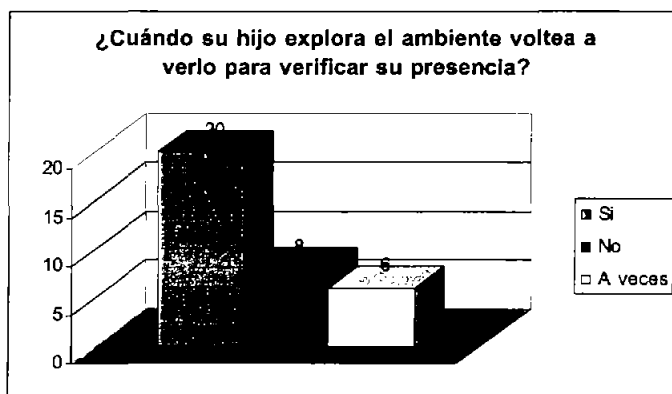
En la Gráfica 10 se puede observar que el 88% de la muestra afirma que su hijo no se muestra indiferente con él tras una separación, el 6% de los niños sí lo hacen, mientras que el otro 6% lo hace sólo en ocasiones. Conforme a lo anterior, se puede inferir que únicamente el 6% de los niños muestra resentimiento a su padre por no estar todo el tiempo con él. Se deduce además que la mayoría de los hijos muestran conductas de acercamiento hacia sus padres.



Gráfica 11

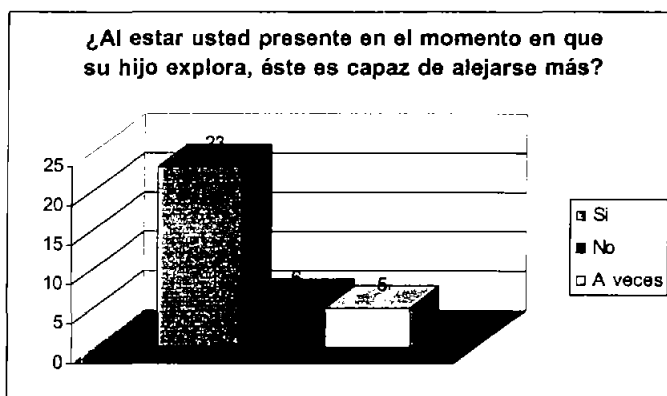
De los 34 encuestados como muestra la Gráfica 11, el 59% cree que sus hijos no se angustian al estar separados, el 29% considera que sus hijos sí se angustian al ser separados de sus padres, mientras que el 12% estima que sus hijos a veces sienten angustia, pero que ello depende de la ocasión o la forma en que hayan sido separados. Se deduce entonces, que tan sólo el 29 % de los hijos de la muestra despliegan conductas características de la angustia por separación.

◆ **INDICADOR: CONDUCTA DE BASE SEGURA**



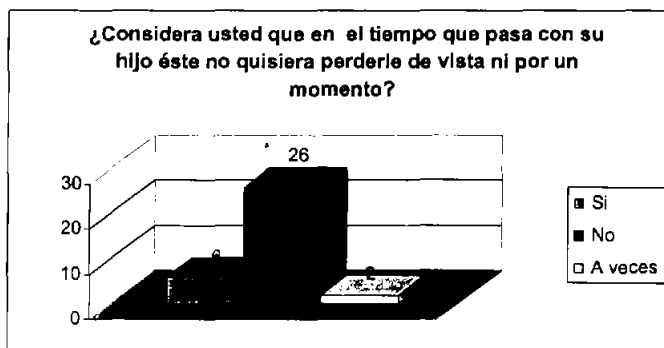
Gráfica 12

La Gráfica 12 muestra que el 58% de los encuestados afirma que su hijo voltea a buscarlo mientras se encuentra explorando el ambiente, en tanto que el 24% dijo que no lo hace y el 18% que sólo verifica su presencia en ocasiones. Por tanto, se puede decir que la mayoría de los hijos de los encuestados no muestran una conducta de base segura.



Gráfica 13

Según se aprecia en la Gráfica 13, de los 34 integrantes de la muestra, el 67% cree que su hijo es lo suficientemente seguro de sí mismo como para alejarse y conocer, el 18% no considera que su hijo sea capaz de alejarse, mientras que el restante 15% reporta que su hijo se aleja unas veces y otras no. Se deduce que más de la mitad de los niños tiene a su padre como una base segura para explorar.



Gráfica 14

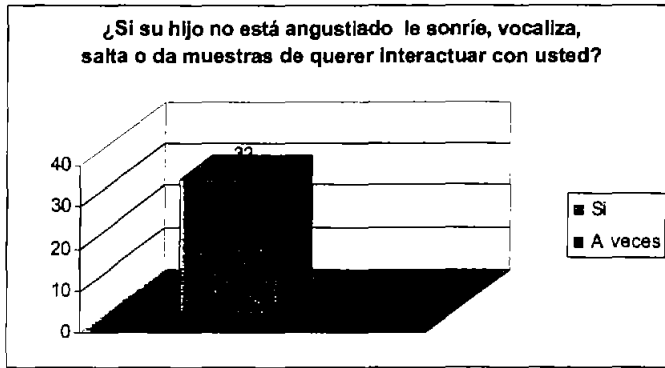
Como se observa en la Gráfica 14, el 76% de la muestra considera que su hijo no está preocupado por perderlo de vista, el 18% que sí lo está y el restante 6% reporta la incidencia ocasional de esta conducta. Se deduce que la mayoría de los niños tienen una base segura, toda vez que pueden explorar sin preocupación el ambiente aunque sus padres no estén presentes.

◆ **INDICADOR: COMPARTIR AFECTIVAMENTE**



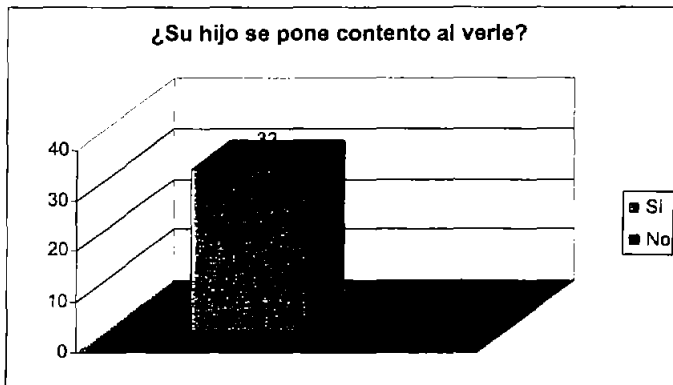
Gráfica 15

En la Gráfica 15 se aprecia que del total de la muestra, el 47% de los hijos de los encuestados no buscan tener contacto todo el tiempo con su papá, el 44% considera que sus hijos buscan constantemente dicha proximidad, en tanto que el 9% estima que sus hijos a veces buscan proximidad con ellos sin que los pequeños estén angustiados.



Gráfica 16

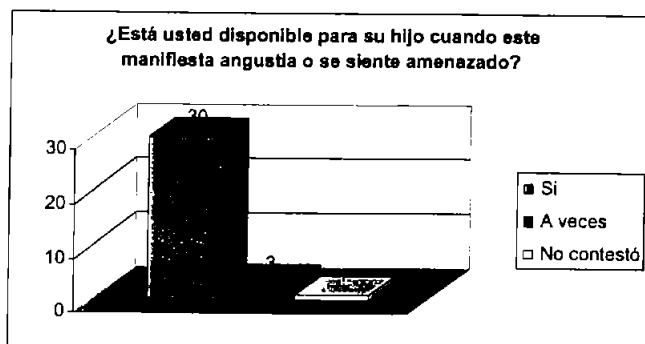
El 94% de los padres, según se observa en la Gráfica 16, afirma que sus hijos dan muestras gestuales o físicas de interacción con ellos, mientras que el 6% de los pequeños, si no tienen angustia, no buscan interactuar con sus padres. Se deduce que de no sentir angustia, los niños no buscan activamente el contacto con sus padres.



Gráfica 17

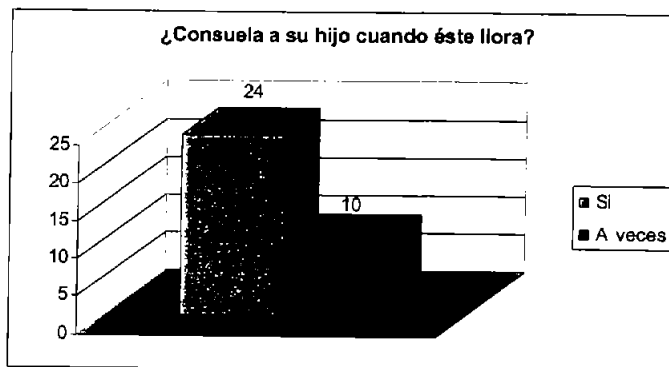
Como es posible apreciar en la Gráfica 17, el 94% de los padres considera que sus hijos se ponen contentos al verlos, mientras que el 6% no lo cree así, ya que se percatan que el estado de animo del niño permanece sin variaciones. Se deduce, por tanto, que la mayor parte de los niños disfrutan de compartir afectivamente el tiempo que están con sus padres.

◆ **INDICADOR: DISPONIBILIDAD**



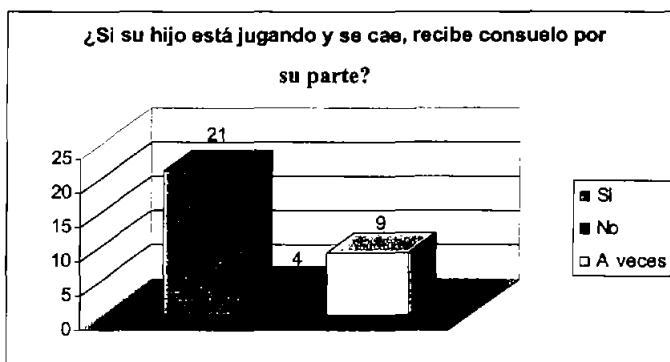
Gráfica 18

En la Gráfica 18 se puede observar que el 88% de la muestra sí está disponible para su hijo cuando este lo necesita, el 9% no está disponible si su hijo está angustiado. El 3% restante no contestó. Por lo tanto, más de las tres cuartas partes de los padres procuran estar disponibles cuando sus hijos los necesitan.



Gráfica 19

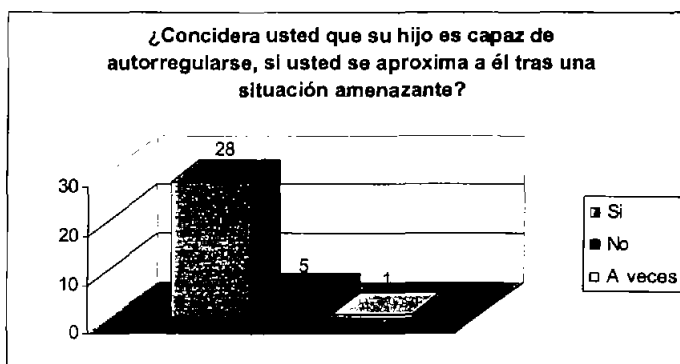
Según se aprecia en la Gráfica 19, el 71% de los entrevistados consuela a su hijo cuando éste lo necesita, el 29% a veces, de estar disponible lo hace, toda vez que estos padres no comparten todo el día con los menores. Se deduce que los padres en su mayoría se interesan por el bienestar de sus hijos cuando están con ellos.



Gráfica 20

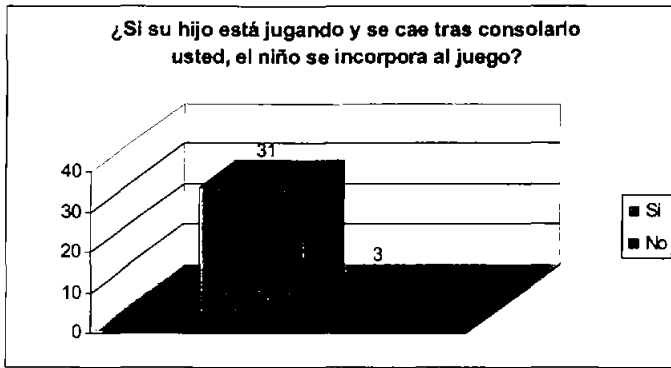
Como se logra apreciar en la Gráfica 20, un 62% procura ofrecer consuelo a sus hijos cuando éstos sufren algún percance, 4% no lo hace y el restante 26% lo hace dependiendo de la ocasión, por ello se puede afirmar que una gran parte de los padres son sensibles y responsivos a las necesidades de sus hijos siempre que estén en presencia del menor.

◆ **INDICADOR: AUTORREGULACIÓN**



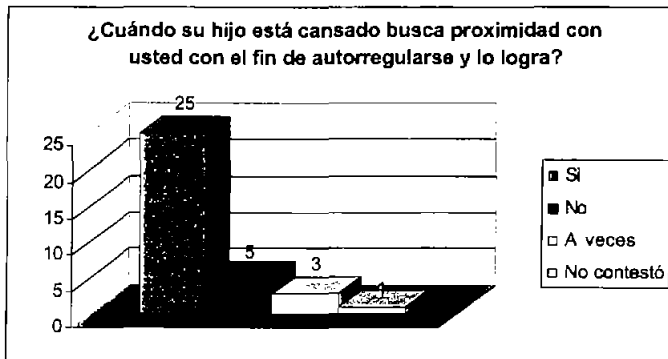
Gráfica 21

De acuerdo con la Gráfica 21, de los 34 encuestados, el 82% cree que su hijo tiene la capacidad de tranquilizarse por sí solo, el 15% no lo considera así y el 3% mencionó que unas veces sí y otras no. Se infiere que la mayoría de los padres se mantiene atento al bienestar emocional de sus hijos cuando están presentes.



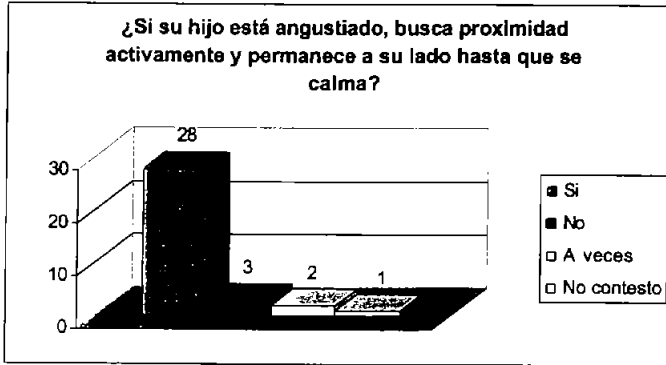
Gráfica 22

El 91% del total de la muestra, como se observa en la Gráfica 22, indicó que su hijo es capaz de reincorporarse al juego después de caerse, mientras que el 9% restante mencionó que el niño no regresa a jugar tras caerse. Lo anterior permite suponer que la mayoría de los niños han desarrollado una capacidad de autorregulación para tranquilizarse y continuar con la ayuda de sus padres el juego después de haberlo interrumpido por un accidente.



Gráfica 23

La Gráfica 23 muestra que el 73% de los entrevistados cree que su hijo sí logra calmarse, el 15% que no logra hacerlo, el 9% considera que a veces lo logra. El 3% restante no contestó la pregunta. Se deduce que la mayoría de los padres están atentos a los cambios de conducta que muestran sus hijos.

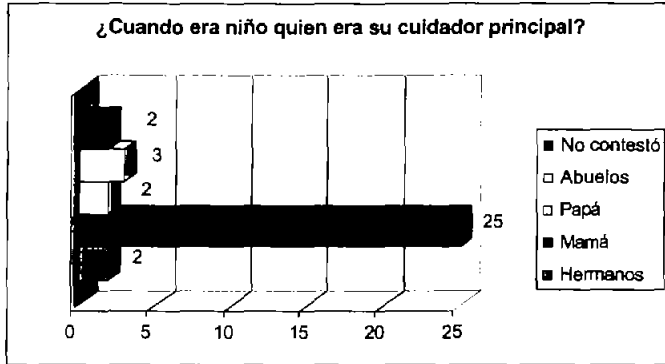


Gráfica 24

Como es posible apreciar en la Gráfica 24, un 82% de los hijos de los entrevistados permanecen con sus padres hasta que logran calmarse, el 9% no lo hacen, el 6% lo hace en ocasiones y el 2% no contestó. Por lo tanto, se puede decir que la mayoría de los padres consideran que sus hijos tienen la capacidad de autorregularse, es decir, de recuperar el control emocional por sí solos.

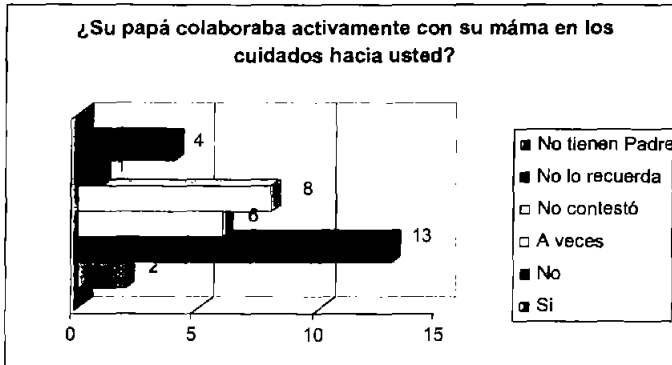
GRÁFICAS CORRESPONDIENTES A LA FASE II

◆ INDICADOR: CONTACTO



Gráfica 25

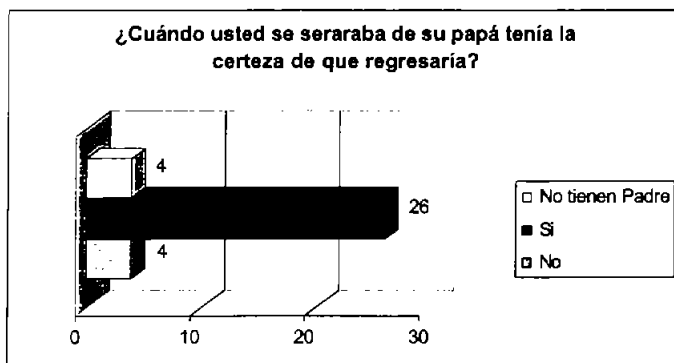
Como se aprecia en la Gráfica 25, en la mayoría de los casos (76%), los encuestados fueron cuidados en su infancia por su madre, lo que permite afirmar que sus padres no desempeñaron el rol de cuidador principal en su infancia. Un 9% fue cuidado por sus abuelos, 2% por sus hermanos y únicamente 2% por su padre. El 2% restante no contestó a la pregunta.



Gráfica 26

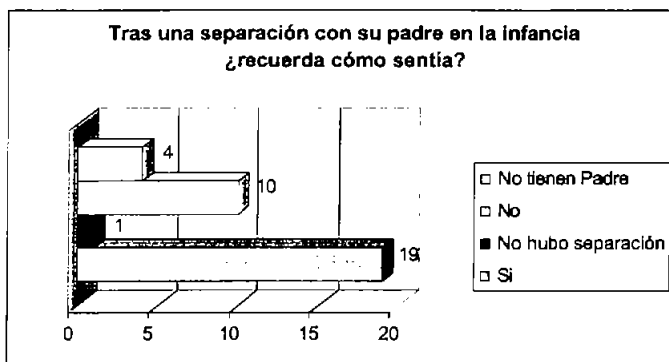
Según se observa en la Gráfica 26, el 38% de los encuestados dijo que su padre no lo hacía, el 18% respondió que en ocasiones colaboraba con su madre, 6% expresó no recordarlo, mientras que el 12% especificó no tener padre. El 23% de los padres no proporcionó su respuesta.

◆ **INDICADOR: ANGUSTIA POR SEPARACIÓN**



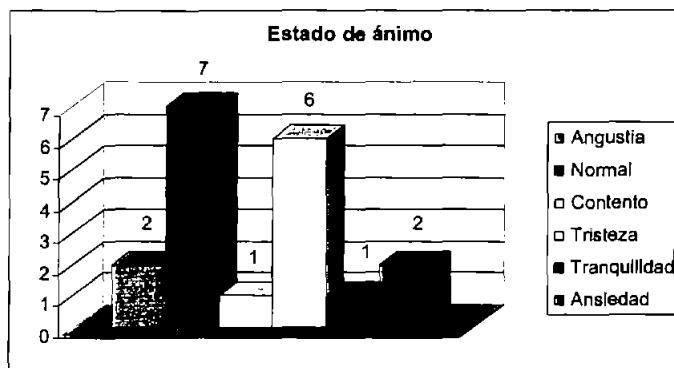
Gráfica 27

Del total de la muestra ilustrada en la Gráfica 27, el 76% tenía certeza de que regresaría, 12% no la tenía y el restante 12% se encuentra representado por individuos que no tienen padre. A partir de este reactivo, se pudo detectar que los encuestados no presentaron angustia por separación de sus padres durante la separación.



Gráfica 28

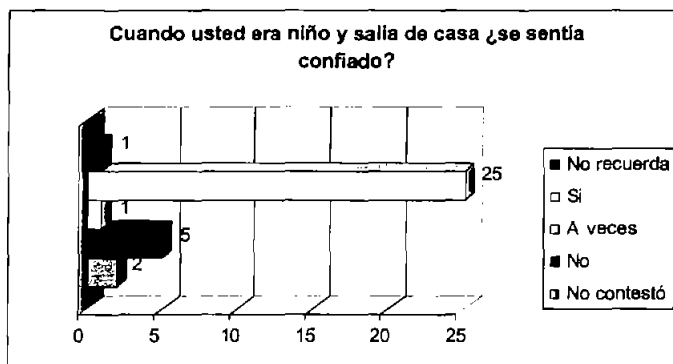
Se observa en la Gráfica 28 que el 56% corresponde a personas que afirmaron recordar su estado de ánimo, 29% no recuerda cómo se sentía, mientras que el 3% no recuerda haber tenido ninguna separación importante con su papá. El 12% está conformado por participantes que no tienen padre.



Gráfica 29

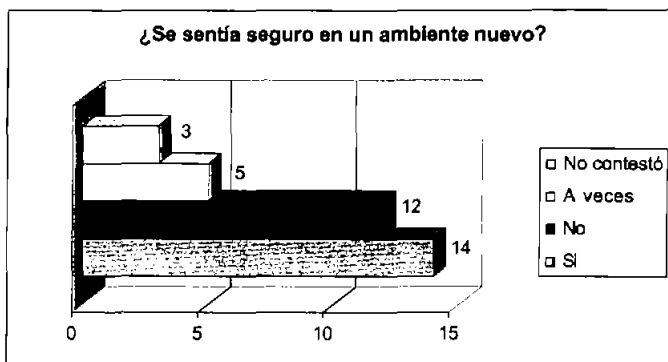
Sin tomar en cuenta a los participantes que no tienen padre y aquellos que no recordaron su estado de ánimo, la Gráfica 29 muestra que de 19 sujetos (29% de la muestra) el 11% recuerda haber sentido angustia, el 36% recuerda haberse sentido normal, un 5% refiere haberse sentido contento, el 32% reporta tristeza, y el 5% restante respondió haber sentido tranquilidad. Lo anterior permite afirmar que, en términos generales, el estado de ánimo de estos sujetos era el normal dejando de lado la angustia de estar apartados de sus padres.

◆ **INDICADOR: CONDUCTA DE BASE SEGURA**



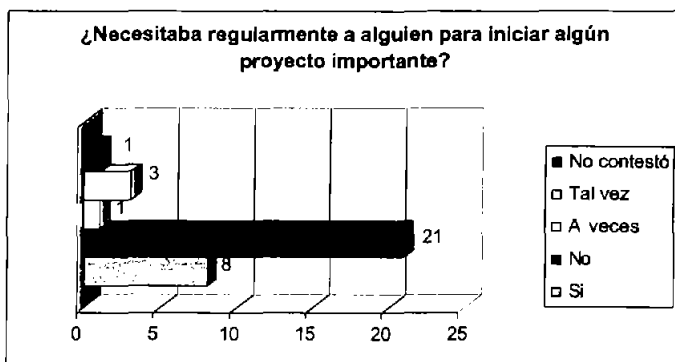
Gráfica 30

El 73% de la muestra ilustrada en la Gráfica 30 afirma que sí sentían confianza en sí mismos al salir de su casa, el 15% de ellos no se sentían confiados, y el 3% recuerda que a veces se sentían confiados. Un 6% de los entrevistados no respondió y 3% pudo recordar cómo se sentía ante dicha situación.



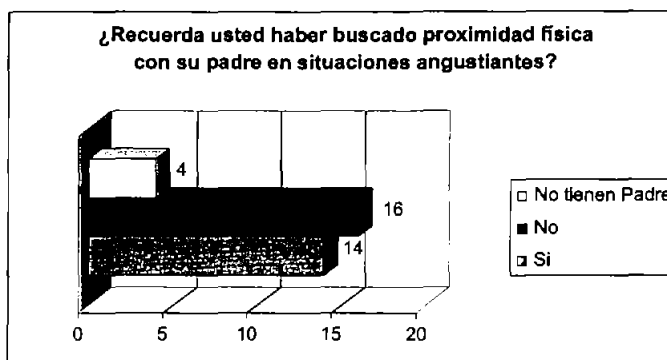
Gráfica 31

En la Gráfica 31 se puede apreciar que el 41% de la muestra reportó haberse sentido seguro en ambientes nuevos, el 35% reconoció que no se sentía seguro en tales circunstancias, en tanto que el 15% dijo que en ocasiones se sentía seguro. El 9% no contestó a la pregunta. Casi la mitad de los padres se sintieron seguros de sí mismos durante su infancia.



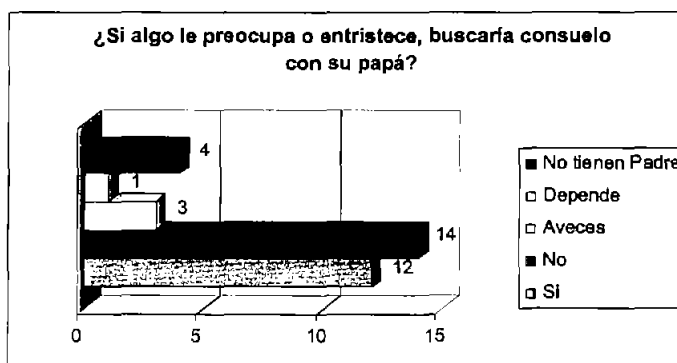
Gráfica 32

En la Gráfica 32 se observa que el 61% de los padres reportó no haber necesitado de nadie para emprender un proyecto nuevo, el 24% sí necesitaban de apoyo para comenzar algo nuevo, el 9% considera que tal vez necesitaban de alguien, el 3% mencionó que en ocasiones necesitaba de una persona como apoyo para comenzar algún proyecto. El 3% de los entrevistados no contestó.



Gráfica 33

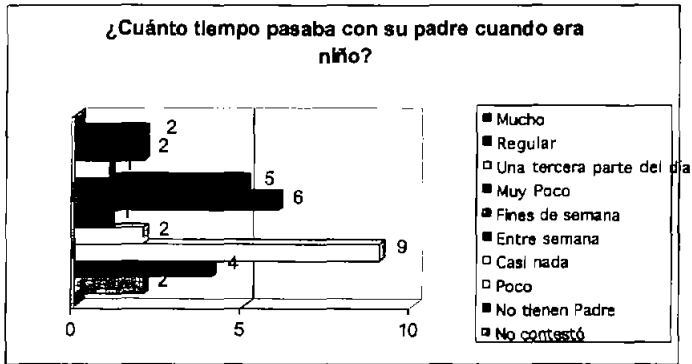
Se aprecia en la Gráfica 33 que el 47% de los entrevistados no recuerda haber contado con su padre cuando tenía angustia, el 41% si contó con la presencia de su padre en situaciones angustiantes, mientras que el 12% de la muestra no contestó a la pregunta porque no tienen padre.



Gráfica 34

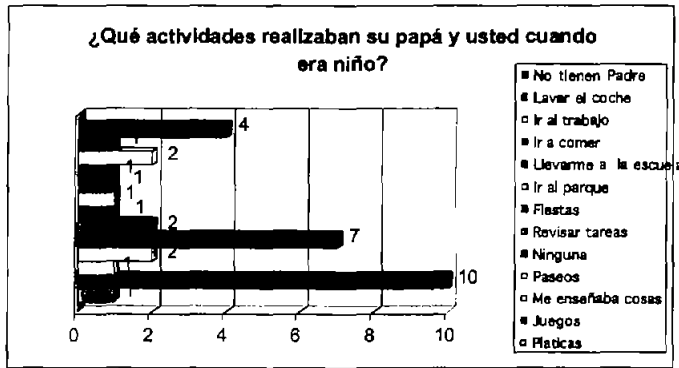
En la Gráfica 34 se encuentran representados los siguientes porcentajes: un 41% de los participantes no buscaría consuelo en su papá, el 35% si buscaría apoyo en su padre, un 9% lo consultaría unas veces sí y otras no, el 3% acudiría a su padre dependiendo el tipo de problema que tuviera. El 12% de los entrevistados no tiene padre.

◆ **INDICADOR: COMPARTIR AFECTIVAMENTE**



Gráfica 35

En la Gráfica 35 se ilustra que del total de la muestra, el 25% de los entrevistados pasaba poco tiempo con su papá, el 18% solamente convivía con él los fines de semana, un 15% lo veía muy poco, el 12% no tiene padre. Con porcentaje de 6% se tiene a las personas que no contestaron, los que pasaron mucho tiempo con su padre, los que casi no compartieron tiempo y los que consideran que convivieron un tiempo regular. Con porcentaje de 3% se incluye respectivamente a los individuos que estaban con su padre entre semana, y aquellos que compartían un tercio del día con sus papás. Como es posible apreciar hay respuestas que podrían ser interpretadas bajo una misma categoría, sin embargo, se decidió informar las respuestas exactas de los encuestados a fin de no contaminar el estudio.



Gráfica 36

En la Gráfica 36 es posible apreciar que el 28% de la muestra jugaba con su padre, el 21% no realizaba ninguna actividad específica con su padre. Los encuestados que salían de paseo, revisaban tareas juntos y los acompañaban al trabajo representan, respectivamente un 6%, mientras que con 3% se ofrecieron respuestas como: que les enseñaban cosas, que hacían cualquier tipo de actividad, que platicaban, iban a fiestas, al parque, a comer o lo ayudaban a lavar el auto. 12% de los encuestados no tienen padre.

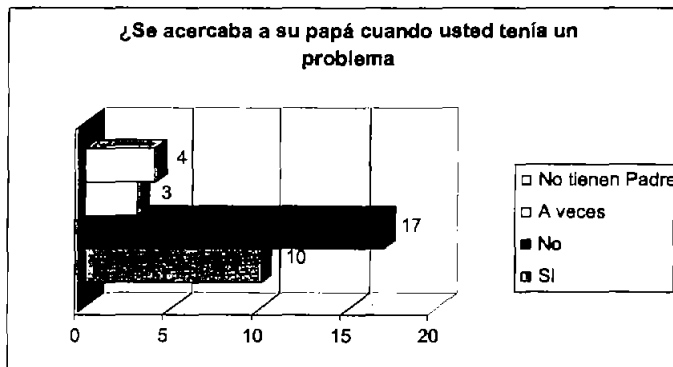
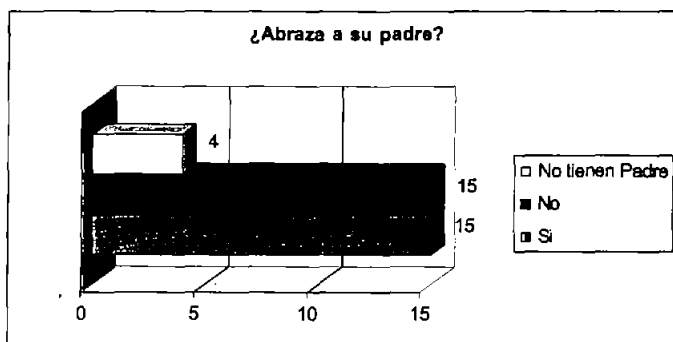


Gráfico 37

El 50% de la muestra como queda representado en la Gráfica 37, no se acercaba a su padre cuando tenía algún problema, el 29% sí lo hacía, 9% se acercaba a su papá a veces. Lo cual demuestra que exactamente la mitad de los participantes acudían a su padre cuando se les presentaba un problema. El 12% no respondió porque no tiene padre.



Gráfica 38

En la Gráfica 38 se observa que la mitad de los encuestados que tienen padre (44%) sí abrazan a su padre, la otra mitad (44%) no lo hace. El 12% restante de la muestra corresponde a los individuos que no tienen padre. Se observa que un 50% de los participantes que tienen padre, comparten afectivamente con sus padres.

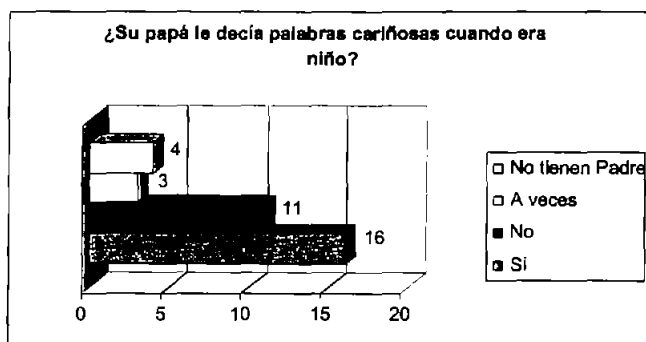
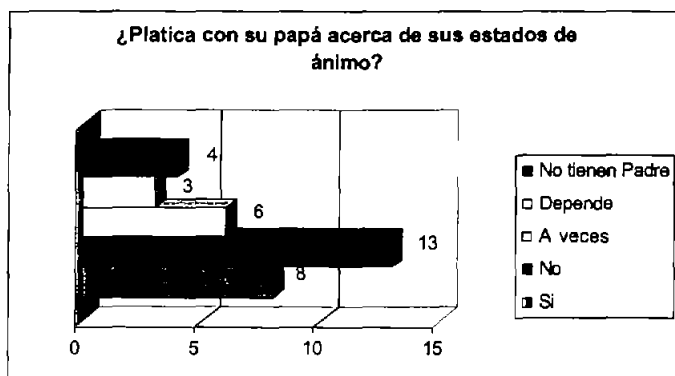


Gráfico 39

Según ilustra la Gráfica 39, el 47% de los padres de la muestra no recibió palabras de afecto paternas, el 41% recibió palabras cariñosas de su padre, el resto de los encuestados (12%), no tienen padre.



Gráfica 40

Conforme a lo indicado en la Gráfica 40, del total de la muestra, el 37% no comparte sus estados de ánimo con su padre, un 24% platica con su papá de los mismos, el 18% lo hace en ocasiones, 9% lo hace dependiendo del estado de ánimo que sienta y de si considera que el hacerlo pueda afectar a su padre, en cuyo caso no lo hace. 12% no tiene padre.

◆ **INDICADOR: DISPONIBILIDAD**

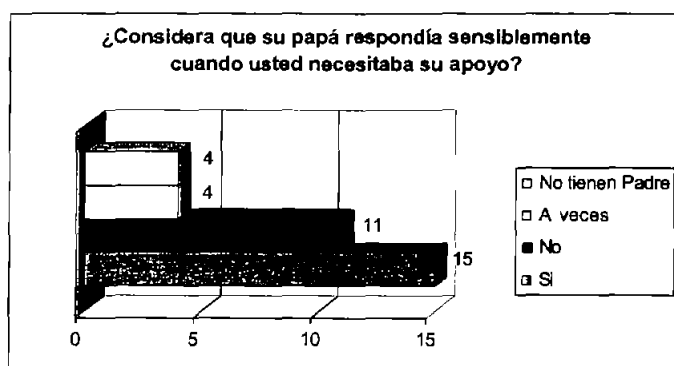
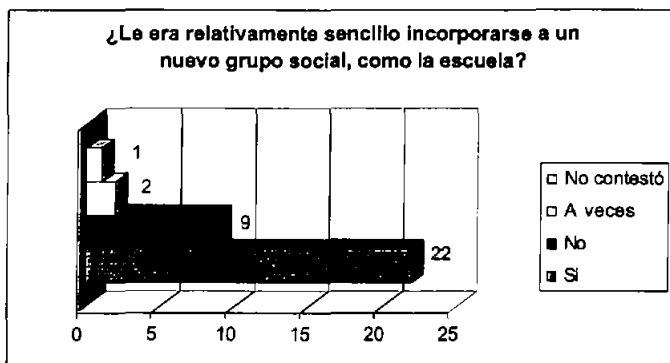


Gráfico 41

El 44% de los encuestados como se aprecia en la Gráfica 41, considera que su padre siempre estuvo cuando lo necesitó, el 32% asegura que no tuvo su apoyo, el 12% considera que a veces contó con el apoyo paterno. El resto de los participantes (12%) no tienen padre. Por lo tanto se puede afirmar que la mayoría de los padres de los entrevistados estuvieron presentes cuando sus hijos los necesitaron o, por lo menos, de ésa forma lo perciben sus hijos.

◆ **INDICADOR: AUTORREGULACIÓN**



Gráfica 42

Para la mayoría de los integrantes de la muestra (65%) según se aprecia en el Gráfica 42, le fue fácil integrarse a un nuevo grupo social, el 26% considera que no le era sencillo integrarse, para el 6% a veces le fue fácil y el restante 3% no contestó a la pregunta. Se puede afirmar que los encuestados, en su mayoría, lograban controlar sus estados de ánimo y podían incorporarse a nuevos grupos sociales.

INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS

La interpretación de los datos se realizó sobre la base de los gráficos obtenidos, que son la representación tabulada de las respuestas que dieron los entrevistados a las 40 preguntas del cuestionario. Un conjunto de gráficos corresponde a la Fase I del estudio que engloba a las primeras 23 preguntas; las 17 preguntas restantes corresponden a la Fase II. La secuencia de las preguntas permitió, primero, explorar el vínculo del apego de los padres varones con sus hijos preescolares y, segundo, explorar dicho vínculo con respecto a los propios padres de los entrevistados.

En la Fase I, referente a la exploración del vínculo del apego de los padres con sus hijos preescolares, se obtuvieron los siguientes datos:

- Según se observa en las preguntas relativas al indicador “*disponibilidad*”, la mayoría de los padres jóvenes de la población estudiada intenta involucrarse en el cuidado y atención de sus hijos, además de disfrutar pasar tiempo con ellos, lo que permite a éstos últimos sentirse confiados en que sus padres estarán disponibles en caso de requerirlos.
- La independencia en un niño está vinculada a la seguridad que los padres le den para actuar y tomar decisiones; esto se ve reflejado dentro del estudio cuando la mayoría de las respuestas reflejan que los niños logran la autorregulación de su temperamento y estados de ánimo, así como la reincorporación al juego tras un percance. Lo anterior puede apreciarse en las preguntas relacionadas con el indicador “*autorregulación*”.
- Los padres pretenden estar disponibles cuando sus hijos los necesitan, los consuelan cuando lloran y buscan tener un contacto físico significativo al abrazarles, besarles, cargarles y darles seguridad y confianza cuando éstos exploran nuevas experiencias. Lo anterior repercute y se refleja al momento en que el pequeño busca contacto con su padre y verifica su presencia al realizar una nueva actividad, así como

en tener la seguridad de que su padre estará con él en caso de necesitarlo. Estas conductas tienen relación directa con el indicador “*contacto*”, así como con el de “*conducta de base segura*” que se pueden observar en los gráficos correspondientes.

- La fortaleza de los lazos entre padres e hijos se ve reforzada cuando los pequeños se alegran al reencontrarse con sus padres tras un lapso o periodo de separación. Los niños demuestran alegría por medio de palabras, sonrisas, sonidos o acciones físicas cuando desean recibir atención de sus padres, además de que les resulta más satisfactorio que sea su padre quien los cargue en lugar de un extraño. Sin embargo, cabe destacar que, aunque los niños siempre muestran mayor grado de preferencia entre su padre y su madre respecto a otras figuras, al final prefieren a ésta última por encima de cualquier otra persona. Lo anterior puede apreciarse en los gráficos correspondientes a las preguntas relacionadas con los indicadores de “*angustia por separación*” y “*compartir afectivamente*”.

Por lo que toca a la Fase II del instrumento, se obtuvieron los siguientes datos:

- En cuanto a la relación previa de los ahora padres con sus progenitores, se puede considerar que al haber sido criados, en su mayoría, por la madre o los abuelos, el tiempo que pasaban o interactuaban con sus padres se considera relativamente breve, ya que dicho periodo de tiempo comprende pocas horas entre semana y los fines de semana, que generalmente se destinaban a otras tareas. Lo anterior puede apreciarse en los gráficos relativos a los indicadores de “*disponibilidad*” y “*contacto*”.
- Otro punto que parece importante abordar es el referente al tipo predominante de actividad que compartían padre e hijo mientras estaban juntos. En términos generales, las actividades mencionadas corresponden principalmente a la categoría de

juegos y actividades lúdicas. Estos datos se ven reflejados en los reactivos relacionados con el indicador “*compartir afectivamente*”.

- Un dato que es importante señalar es que el 12% de la muestra no tuvo padre y, por lo tanto, no creció con la figura paterna. No obstante, ello no les ha impedido tener una buena relación con sus hijos. Esta información se aprecia en las respuestas de los padres de la muestra que reflejan su tendencia a consolidar el vínculo de apego con sus propios hijos.
- En su mayoría, los sujetos de la muestra consideraron que sus padres estuvieron disponibles para ellos en aquellos casos en que necesitaron de apoyo. De igual forma expresaron que les era sencillo incorporarse a ambientes nuevos, lo cual demuestra seguridad y confianza al estar fuera del hogar y emprender nuevos retos.
- Aún cuando tenían dificultades para entablar un acercamiento físico con sus padres (reactivos relacionados con el indicador “*contacto*”), reportan haber tenido pláticas con ellos sobre sus estados de ánimo, además de que recibieron palabras cariñosas o de aliento a lo largo de su infancia.
- Los reactivos relacionados con el compartir afectivamente y el contacto, parecen ser los más sobresalientes por ausencia en la muestra: la tendencia de los participantes fue la de un acercamiento limitado con sus padres. A pesar de ello, la mayoría sentía que sí podía confiar en sus padres. Lo anterior puede apreciarse en los gráficos correspondientes a los indicadores de “*seguridad*” y “*conducta de base segura*”.

CONCLUSIONES

5.1 Conclusiones por Indicador Analizado

En primer término se presentan las conclusiones derivadas del análisis de las respuestas para cada uno de los indicadores explorados. Posteriormente se ofrece el análisis cualitativo de los resultados.

CONTACTO

Las preguntas referentes a este indicador en la Fase I (3, 4, 5, 19 y 20), marcan una tendencia positiva, conforme a lo cual se deduce que la mayoría de los padres pertenecientes a la muestra abrazan, besan y cargan a sus hijos preescolares, procurando de proximidad física con ellos.

Los niños muestran preferencia por sus padres varones en relación a otros miembros de la familia extensa, con excepción de la madre.

En la segunda fase del cuestionario, la tendencia de este indicador (observado en las preguntas 1, 2, 4, 12 y 16), indica un distanciamiento físico entre los padres entrevistados y sus propios padres. Se concluye que existe una diferencia entre el contacto experimentado en la infancia de tales padres (casi nulo) en comparación con aquel que experimentan con sus propios hijos.

Tomando en cuenta que el principal cuidador de los padres entrevistados era la madre de éstos, al igual que en el caso de los niños preescolares, se encuentra una diferencia importante en la manera en que los padres de la muestra se involucran en el cuidado y atención de sus hijos, lo que sugiere una pauta de crianza diferente a la que sus padres establecieron con los entrevistados.

ANGUSTIA POR SEPARACIÓN

Este indicador proporciona información sobre la reacción de los infantes tras una separación con su cuidador principal, razón por la cual este indicador resulta

fundamental en el establecimiento del vínculo del apego como se ha venido mencionando a lo largo de esta tesis.

En la población estudiada se hace referencia, en la mayoría de los casos, a la presencia de angustia en los niños tras una separación, no así en el caso de los entrevistados con sus propios padres. La mayoría de aquellos no recuerda haber sentido angustia tras una separación con sus padres varones o, por lo menos, no lo manifestaron. Esto se puede atribuir a que el rol de sus padres era fundamentalmente el de proveedor económico, viéndose obligado a ausentarse para cumplir con tales demandas. Sin embargo, en el caso de los preescolares, independientemente del rol de proveedores económicos, los padres parecen compartir con las madres los cuidados que se proporcionan a sus hijos.

CONDUCTA DE BASE SEGURA

La conducta de base segura es un indicador fundamental para lograr la independencia que, como ya se ha mencionado, parte de la dependencia y proporciona a los infantes la confianza básica necesaria para que puedan explorar el entorno y, consecuentemente, experimentar situaciones nuevas.

En la muestra estudiada, la mayoría refiere que sus hijos son capaces de explorar el ambiente, lo que significa que ambos progenitores han provisto de una base segura a los niños quienes saben que al regresar, encontrarán ahí a sus padres.

En el caso de los entrevistados con respecto a sus padres, los primeros refieren en cuanto al rubro de confianza básica, haberse sentido confiados de salir a explorar ambientes nuevos, aunque reiteran que era la figura materna quien les ayudaba a adquirir dicha confianza.

COMPARTIR AFECTIVAMENTE

Este indicador representa el placer y goce (de ambas partes) respecto a la búsqueda de proximidad física con señales afectivas. Se pudo deducir, respecto a la muestra estudiada, que los niños demuestran afecto hacia sus padres y viceversa, no así en la relación entre los entrevistados y sus propios padres, ya que las manifestaciones de afecto se

expresaban de manera diferente. Tales manifestaciones se expresaban por lo general durante el juego, realizado únicamente en los momentos en que el padre se encontraba disponible (algunas horas del fin de semana) o cuando los padres de los entrevistados se encontraban haciendo algunos arreglos en casa.

La edad cronológica parece ser un factor determinante en cuanto a la posibilidad de compartir afectivamente, ya que, a medida que pasa el tiempo, los encuestados perciben menor cercanía física por parte de sus padres.

Es importante mencionar que los padres entrevistados refirieron una gran dificultad para acercarse físicamente y sostener una comunicación activa con sus padres, por lo menos en su vida adulta. Aunque manifiestan sentir amor hacia sus padres, tienen problemas al demostrarlo. Asimismo indican que sus padres varones no son su primera elección en caso de tener que recurrir a alguien cuando enfrentan un problema. Resulta interesante que a la pregunta “¿abrazas a su papa?”, la mitad de los encuestados dice hacerlo mientras que la otra mitad no lo hace.

DISPONIBILIDAD

La disponibilidad se refiere a encontrarse presente en caso de ser necesitado, a la cualidad de ser padres responsivos. Respecto a este indicador, en ambas fases de los resultados, se observó una gran similitud, al manifestar los encuestados tanto disponibilidad en los casos en que sus hijos los han necesitado, como al recordar que sus padres se encontraban presentes cuando se les necesitaba.

AUTORREGULACIÓN

La autorregulación representa la capacidad de recuperar el control emocional tras un suceso perturbador. En la primer fase de los resultados se dedujo que los niños logran recuperar el control emocional con la ayuda de sus padres. En el caso de los padres entrevistados la pregunta que hace referencia a la incorporación a un ambiente nuevo está asociada al proceso de autorregulación, mismo que parece haber sido eficazmente adquirido.

5.2 *Análisis Cualitativo*

De acuerdo con el análisis de los datos obtenidos a través del cuestionario semiestructurado para padres de niños en edad preescolar, las autoras de la presente tesis lograron percatarse de que las pautas de conducta relacionadas con la crianza de los hijos en la población estudiada son compartidas con la principal cuidadora de los infantes que, en general es la madre, toda vez que se encontró que los padres entrevistados participan de manera entusiasta en el cuidado de sus hijos.

Se dedujo que, a diferencia del tiempo que los ahora padres pasaban con sus progenitores, aquellos procuran pasar la mayor cantidad de tiempo posible con sus hijos. En otras palabras, de una generación a otra la mayoría de los padres convive lapsos de tiempo considerablemente más largos con sus hijos.

Los padres refieren que es satisfactorio cuidar y proporcionar lo que sus hijos necesitan, así como mantener cercanía con los menores.

El estudio arrojó datos que permiten comparar las conductas que mantenían los entrevistados con respecto a sus propios padres, con las que aquellos sostienen con sus hijos preescolares. Se encontró que los padres de los entrevistados se mantenían más distantes de ellos y que no les proporcionaban los cuidados o el afecto que necesitaban; tampoco les ayudaban a hacer sus tareas, jugaban poco con ellos, y su labor principal consistía en establecer la disciplina y proporcionar los recursos materiales. Por esta razón, los padres de los entrevistados permanecían un lapso de tiempo mayor fuera de casa propiciando así, una vez más, que el cuidador principal durante la infancia de los ahora padres fuera su madre.

En contraste, los padres encuestados además de ser proveedores, juegan con sus hijos, los cambian, los bañan y los alimentan. Por lo general están disponibles cuando sus hijos los necesitan, les proporcionan consuelo, los besan, los cargan, y realizan diversas conductas para mantenerse próximos a sus hijos. Asimismo se encontró que estos padres se constituyen como una base segura a partir de la cual sus hijos pueden explorar, del mismo modo que actúan como refugio para cuando sus hijos cuando

éstos se sienten angustiados, tristes o enfermos. En resumen, estos padres manifiestan las conductas necesarias para el desarrollo del vínculo del apego con sus hijos.

Nos percatamos que las madres y los padres crían a sus hijos de una manera distinta que los de la generación anterior, ya que las conductas referidas en el cuestionario proporcionaron datos significativos de pautas de crianza donde los padres están más involucrados en los cuidados de sus hijos. Tales conductas representan un estilo particular que las diferencia de las de la generación anterior, diferencia que implica un gran beneficio para los niños ya que, se considera que la paternidad en resumidas cuentas es tan crucial para el desarrollo saludable del niño como lo es la maternidad.

Los datos sugieren que la influencia del amor de padre en el desarrollo de sus hijos es tan importante como la de la madre. La paternidad resulta ser un fenómeno complejo y singular que tiene enormes consecuencias en el crecimiento emocional e intelectual de los niños.

Erik Erikson (2000), pionero en el campo de la psicología, explica que el amor de padre y de madre son distintos tipos de amor desde el punto de vista cualitativo. Los padres, señala Erikson, "aman más peligrosamente" puesto que su amor es de mayor "expectativa, más instrumental" que el amor de una madre. Un padre, como padre biológico hombre, aporta elementos únicos a la labor de la crianza del hijo que nadie más puede proporcionar.

En virtud de lo anterior, se mencionan las formas más convincentes que a partir del estudio se infirieron, en las que la participación del padre crea una diferencia singular y positiva respecto a la de la madre en la vida de un niño.

Las diferencias de rol entre madre y padre ofrecen diversas experiencias importantes a los niños. Mientras que el padre tiende a jugar con sus hijos, las madres tienden a cuidarlos.

En términos generales, por ejemplo, el padre les hace más cosquillas a los pequeños, luchan, y lanzan a sus hijos en el aire (mientras la madre le advierte: "¡no tan alto!"). El padre corre detrás de sus hijos, a veces en forma de "monstruo" juguetero. También es más bullicioso cuando juega, mientras que la madre es más silenciosa. Ella sostiene y acurruca a su bebé, en tanto que el padre lo hace saltar. Él es más brusco y ella,

más suave. Él incentiva la competencia, la madre promueve la equidad. El padre incentiva la independencia, y la madre la seguridad.

Es importante mencionar que los padres son los que a menudo transmiten la seguridad que motiva a los niños a realizar conductas encaminadas a ir más allá de sus límites. Es el padre quien incentiva a los niños a sobrepasar los límites.

El estilo del padre desafía al niño a ampliar su vocabulario y sus habilidades lingüísticas. La conversación del padre tiende a ser más breve, de mando y al punto. También, usa más frecuentemente expresiones faciales y lenguaje corporal sutil.

El padre pone de relieve la justicia, la equidad, y los deberes (basados en las reglas). El padre tiende a observar y a hacer cumplir las reglas de manera sistemática y con firmeza, lo cual les enseña a los niños tanto su objetividad como las consecuencias de lo que está bien y lo que está mal. El padre ayuda a que sus hijos aprendan qué actitudes y conductas en particular acarrearán ciertas consecuencias.

En términos generales, el padre tiende a ver a su hijo con respecto al resto del mundo, a concentrarse en cómo van a estar, o no, preparados sus niños cuando tengan que enfrentarse al mundo.

Sobre la base de los resultados arrojados por el cuestionario aplicado, también se puede deducir que:

- Los padres entrevistados no repiten por completo los patrones de conducta responsables del establecimiento del vínculo de apego que ellos sostuvieron con sus propios padres.
- Que existe y persiste el vínculo de apego.
- Que es la figura materna la que de manera principal proporciona el vínculo de apego.
- Que existe una tendencia creciente en cuanto al establecimiento del vínculo de apego con el padre, que es directamente proporcional a la medida en que se involucra en los

cuidados de sus hijos. Sin embargo, las conductas de crianza que propician este vínculo son significativamente diferentes a las proporcionadas por la madre, ya que están matizadas por un patrón cultural, social e incluso genético, que determinan las cualidades de la paternidad y la forma en que ésta última se ejercer.

- Que el vínculo del apego paterno es cada vez más significativo y resulta probable encontrar padres varones que propicien el desarrollo de conductas para su establecimiento.

Se considera que las conductas que propician el desarrollo del vínculo del apego, no se han repetido por completo de una generación a otra. Sin embargo, autores como Sroufe (2000), estiman que el vínculo, una vez establecido, tiende a persistir y repetirse.

En el presente estudio se encontró que la mayoría de los entrevistados no establecieron un vínculo de apego con sus padres que fuera similar al que aquellos están desarrollando con sus hijos. Se considera que esta diferencia se debe a una multiplicidad de factores, entre los cuales se puede destacar la predisposición genética a proteger a la prole, aunado a la cada vez mayor equidad en la vida laboral de padres y madres, el ajuste social y cultural de las conductas asociadas a los roles paterno y materno (que, entre otros, establecen la capacidad de las mujeres para desarrollarse en diversos ámbitos, además del hogar, con la consecuente posibilidad de que los hombres se desarrollen en ámbitos distintos al laboral).

En la población estudiada, la capacidad de los padres (varones) para involucrarse en el desarrollo de sus hijos, resulta relativamente fácil, ya que la participación activa de los padres en la crianza de los hijos se adecua al modelo vigente de cuidados compartidos.

Otra conclusión importante a la que pudo atribuirse, sobre la base del cuestionario aplicado, es que las conductas de crianza caracterizadas por la presencia de los indicadores de análisis (el contacto, la conducta de base segura, la angustia por separación, el compartir afectivamente, la disponibilidad y la regulación de las conductas) son elementos básicos para el establecimiento del vínculo del apego.

Asimismo, se tiene la creencia de que, ontológicamente los seres humanos, sin importar el género al que pertenezcan, cuentan con un código genético similar en el que existe la tendencia de dar protección a las crías, en virtud de que los padres manifiestan una serie de comportamientos adaptados a las necesidades y capacidades infantiles que sugieren la existencia de esta disposición en la especie, tales como: el contacto físico frecuente, el mantenimiento de la mirada y la proximidad, el tipo de lenguaje, la capacidad de establecer una sincronía interactiva (acción-pausa), como si se tratara de un verdadero dialogo; expresiones faciales exageradas y, sobre todo, la capacidad de sentir *con* el niño, de interpretar y de responder a las comunicaciones que éste emite.

También es importante concluir que el apego estable no es cosa de minutos, horas, o días, sino fruto de una interacción social en la que ambos, niño y padre son elementos activos. Asimismo, es necesario destacar que el apego no es el resultado de una u otra acción concreta, sino más bien el producto de un sistema de interacción especial que se mantiene en el tiempo.

Por último, pero no menos importante de subrayar, es que el apego que los niños sienten por su padre es mayor de lo que hasta ahora se reconocía. Además de que al padre, en contraste con lo que se venía suponiendo, también le resulta difícil separarse de su hijo, por lo que necesita la misma empatía y atención que recibe la madre en estos casos.

5.3 Descripción de Casos Específicos

EL CASO DE JO Y JA

JO es un sujeto que tiene 40 años, es padre de JA, su primogénito que en la actualidad tiene 3 años. En la entrevista, JO refirió ser el mayor de 6 hermanos, recuerda que su padre pasaba poco tiempo con él pero que sí jugaban. El contacto físico que sostenían solía adquirir formas rudas, donde predominantemente jugaban a “las luchas”, mientras que el contacto afectuoso (de caricias y abrazos), era muy esporádico y casi no lo recuerda.

El padre de JO estaba a cargo de la disciplina, aunque no recuerda que lo haya golpeado, reportó que cuando se enojaba con él le dejaba de hablar por mucho tiempo. JO cuenta que una de las cosas que le agradaban de su padre es que salían de viaje constantemente, pero, por la misma razón, trabajaba mucho tiempo, quedándose la madre como su principal cuidadora.

JO no vive con JA ni la madre de éste último. Durante el embarazo de JA, JO no estuvo muy involucrado, sin embargo estuvo presente en el momento del parto. Al nacer JA, su padre mencionó haber dicho textualmente “necesito ver JA para quererlo, pues no lo conozco”. A partir del momento en que lo tuvo en sus brazos, ha permanecido a su lado todos el tiempo.

JO refiere que, “me es difícil separarme de él y creo que necesita que lo proteja”. Aunque JA no vive con él todos los días, JO se involucra en sus cuidados diurnos tales como el baño, la alimentación, los cambios de pañal, etc.

Sus manifestaciones de contacto son visibles: lo besa, lo abraza, lo carga, le habla y lo acaricia. En pocos instantes, JA reconoce la voz y la presencia de su padre, a los que reacciona de manera jubilosa.

En la medida en que JA fue creciendo, empezó a manifestar predilección por JO sobre otras personas. Cuestión a esperarse, toda vez que, en lo que va del proceso de crecimiento de su hijo, JO ha sido muy participativo, no sólo en actividades lúdicas sino

en el establecimiento de límites (que JA respeta), lo que ha llevado al niño a expresar su deseo de ser como su papá.

Cabe resaltar que JO es cariñoso y afectivo con JA. Es con su hijo con la única persona con la que JO se permite ser de esta manera, ya que no mantiene un contacto físico o afectivo significativo con sus propios padres.

EL CASO DE ED Y MA

ED tiene 27 años y es padre de dos niños: MA, un varoncito de 3 años, y AR una niña de 7 años. En este caso es importante mencionar que ED no tiene padre, nunca lo conoció y no tuvo ninguna figura paterna durante toda su infancia.

Aunque ED convivía con su abuelo paterno jamás le llamo papá y prácticamente fue criado por su abuela materna. Cuando ED se enteró que iba a ser padre se puso muy contento desde un principio. Considera que está mucho más apegado a AR pues es la mayor y compartió mucho más tiempo con ella cuando era bebé que el que ha logrado compartir con MA, pues ahora trabaja la mayor parte del tiempo. ED está casado con la mamá de sus hijos y vive con ellos. La esposa de ED no trabaja.

ED es hijo único y considera que jamás sintió la necesidad de tener un padre, pues siempre tuvo cariño de la gente que lo rodeaba. Cabe señalar que, cuando ED era niño, su abuela era mucho más importante que su madre.

ED es un padre muy dedicado a su familia, sus hijos son lo más importante para él. ED recuerda que estuvo pendiente de todo lo concerniente a él desde su nacimiento: le cambiaba los pañales, lo bañaba, lo dormía y ahora lo carga, lo cuida, ayuda y consuela además de tratar de pasar el mayor tiempo posible con su hijo, el cual considera no es mucho pues sólo juega con MA por las noches cuando llega del trabajo. Los fines de semana procura jugar e involucrarse en las actividades que MA desee realizar o compartir con ED. La principal cuidadora de MA, no obstante, es su madre.

EL CASO DE PE Y FE

PE es un hombre de 55 años, que fue padre por primera vez hace 30 años. En aquella ocasión tuvo dos hijos con los que mantuvo una relación fundamentalmente de

proveedor ya que no pasaba tiempo con ellos y únicamente se encargaba de proporcionarles lo que materialmente necesitaban. Vivía con ellos y con la madre de estos. Después de 20 años, enviudó por primera vez.

Al poco tiempo se volvió a casar y, al no poder procrear hijos propios con su segunda esposa, deciden adoptar a una niña, FE, quien se integra a la familia a los pocos días de nacida. PE mantiene una cercanía total con la niña, ya que deja de trabajar por que su entonces esposa enferma de gravedad y muere. A partir de entonces, PE adopta ambos roles por completo: baña, cuida, carga, consuela y esta disponible para su hija todo el tiempo y además de fungir como proveedor.

FE ha mostrado un desarrollo sin conflictos aparentes: se le nota sociable, integrada y confiada, además de que se adapta bien a los ambientes nuevos.

En cuanto a la relación de apego de PE con su padre, se registró que PE es el décimo de 20 hijos. Su padre se dedicaba a trabajar y no pasaba tiempo con él, sin embargo, especifica que las personas con quienes se sentía seguro eran sus hermanos mayores, con los que jugaba, les platicaba sus problemas, iba con ellos a la escuela y, cuando se sentía asustado, era con ellos con quienes sentía protección.

Como es de suponerse, aunque su madre era la responsable de cuidar de PE y sus hermanos, al ser tantos, la mujer siempre estaba ocupada.

EL CASO DE SD, SG Y SL

SD proviene de una familia integrada, de clase económica media. Es el cuarto de seis hijos y vivió siempre con su familia hasta que se casó. SD refiere que su padre se encargaba de la manutención total de su familia, que trabajaba mucho y llegaba muy tarde a casa entre semana; los fines de semana se dedicaba a descansar y jugaba a ratos con él y sus hermanos, sus juegos eran predominantemente bruscos (jugaban a las luchas) y nunca había contacto físico afectivo. Su papá nunca fue cariñoso con él o con sus hermanos, les ponía límites manteniendo una actitud distante.

SD se casó y poco tiempo después recibió la noticia del embarazo de su esposa, a la cual respondió sintiendo mucho entusiasmo y expectación por la llegada de su primer

hijo. Se involucró con todo lo relacionado al embarazo de principio o fin. Presenció con emoción el nacimiento de SG, un varoncito.

Desde los primeros días, SD se involucró por completo en los cuidados de su hijo, toda vez que no tiene un trabajo fijo y su esposa trabaja para proveer a la familia, llegando a ausentarse varios días de casa.

SG, quien tiene en la actualidad cuatro años y medio (y un desarrollo sin conflictos aparentes), mantiene una conducta muy próxima con SD y aunque reconoce a su mamá prefiere la atención de su papá.

A los tres años de que naciera SG, nació la segunda hija de SD, SL, quien ahora tiene año y medio de edad. SD ha continuado haciéndose cargo por completo de sus hijos, y manifiesta sentir una mayor necesidad de cuidar a SL que a SG, puesto que es una niña. Al respecto, SD dice, “siento que mi hija es mucho más frágil que mi hijo, sin embargo la experiencia del cuidado de mi hija me relaja más”. Cabe destacar que SL manifiesta todas las conductas de apego con su papá, pero no con su mamá.

ANEXO

Preguntas del Cuestionario para Padres Varones

FASE I

1. ¿Está usted disponible para su hijo cuando éste manifiesta angustia o se siente amenazado?
2. ¿Consuela a su hijo cuando éste llora?
3. ¿Abraza a su hijo frecuentemente?
4. ¿Besa a su hijo?
5. ¿Carga a su hijo?
6. Cuando su hijo explora el ambiente, ¿él voltea a verlo para verificar su presencia?
7. Al estar usted presente en el momento en que su hijo explora, ¿éste es capaz de alejarse más?
8. Si su hijo lo pierde de vista, ¿éste lo busca activamente?
9. ¿Considera usted que su hijo es capaz de autorregularse (recuperar el control emocional), si usted se aproxima a él tras una situación amenazante?
10. ¿Su hijo le extiende los brazos a usted tras una separación?
11. Si su hijo está jugando y se cae, ¿recibe consuelo de su parte?

12. Si su hijo está jugando y se cae, tras consolarlo usted, ¿el niño se reincorpora al juego?
13. Cuando su hijo esta cansado, ¿busca proximidad con usted con el fin de autorregularse (recuperar el control emocional)? ¿Cree que lo logra?
14. Si su hijo esta angustiado, ¿busca proximidad activamente y permanece a su lado hasta que se calma?
15. ¿Qué hace su hijo cuando se reúne con usted tras una separación?
16. En una situación en la que su hijo no está angustiado, ¿busca el niño proximidad constantemente con usted?
17. Si su hijo no esta angustiado, ¿le sonríe, vocaliza, salta o da muestras de querer interactuar con usted?
18. ¿Su hijo se pone contento al verle?
19. ¿Su hijo muestra preferencia entre usted y otros miembros de la familia? ¿Cuáles miembros?
20. Si su hijo busca contacto, ¿es igualmente satisfactorio para él que lo sostenga o cargue un extraño o usted?
21. Tras una separación con su hijo, ¿éste se muestra indiferente al verlo a usted de nuevo?
22. ¿Considera usted que en el tiempo que pasa con su hijo, éste no quisiera perderle de vista ni por un momento?
23. ¿Considera usted que su hijo se angustia tras una separación?

FASE II

1. Cuando era niño, ¿quién era su cuidador principal?
2. ¿Cuánto tiempo pasaba su padre con usted cuando era niño?
3. ¿Qué actividades realizaban su papá y usted cuando era niño?
4. ¿Su papá colaboraba activamente con su mamá en los cuidados hacia usted?
 - Lo alimentaba
 - Platicaban
 - Le ayudaba con sus tareas
 - Practicaban actividades deportivas
5. Cuando usted se separaba de su papá, ¿tenía la certeza de que éste regresaría?
6. Cuando usted era niño y salía de casa, ¿se sentía confiado?
7. ¿Se sentía seguro en un ambiente nuevo?
8. ¿Necesitaba regularmente a alguien para iniciar algún proyecto importante?
9. ¿Le era relativamente sencillo incorporarse a un nuevo grupo social, como la escuela?
10. ¿Se acercaba a su papá cuando usted tenía algún problema?
11. ¿Considera que su papá respondía sensiblemente cuando usted necesitaba su apoyo?
12. ¿Abraza a su papá?

13. ¿Su papá le decía palabras cariñosas cuando era niño?
14. ¿Recuerda usted haber buscado proximidad física con su padre en situaciones angustiantes?
15. ¿Platica con su papá acerca de sus estados de ánimo?
16. Si algo lo preocupa o entristece, ¿buscaría consuelo con su papá?
17. Tras una separación con su padre en la infancia, ¿recuerda cómo se sentía?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ajurriaguerra, J. (1977). *Manual de psiquiatría infantil*. Madrid: Toray- Masson.
- Balaban, N. (2003). *Niños apegados, niños independientes*. México: Narcea.
- Baldwin, K., J. (1996). Social-cognitive conceptualization of attachment working models: *Journal of personality and social psychology*, 71, 1, pp. 94-104.
- Berryman, C. (1994). *Psicología del desarrollo*. México: Manual Moderno.
- Borbeau, L., Dile, M. (1998). Adult attachment styles: *Journal of personality and social psychology*, 74, 6, pp. 1656-1659.
- Bower, T. G. R. (1983). *Psicología del desarrollo*. España: Siglo XXI.
- Bowlby, J. (1989). *Una base segura*. España: Paidós.
- Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida*. España: Paidós.
- Bowlby, J. (1998). *La separación*. España: Paidós.
- Brazelton, B. (1983). *La relación temprana*. Buenos Aires: Paidós.
- Brazelton, B. T. Y., Bertrand, G., Cramer. (1993). *La relación más temprana: padres, bebés y drama del apego inicial*. España: Paidós.
- Brizzio de la Hoz, A. (1996). *El trabajo infantil en México, una realidad a superar*. México: Universidad Veracruzana, UNICEF, OIT.
- Bucay, J. (2002). *El camino de la autodependencia*. Buenos Aires: Océano.

Craig, J. (1997). *Desarrollo psicológico*. México: Prentice Hall.

Dahlke, R. (1999). *Las etapas críticas de la vida*. España: Plaza & Janés.

Dallal y Castillo, E. (1997). *De lo prenatal a primer año de vida*, Vol. I. España: Plaza y Valdés.

Delval, J. (1994). *El desarrollo humano*. España: Siglo XXI.

Durand-Dassier, J. (1971). *Estructura y psicología de la relación*. Madrid: Euramerila.

Eisenberg, N. (1999). *Infancia y conductas de ayuda*. España: Morata.

Erikson, E. H. (2000). *El ciclo vital completado*. España: Paidós.

Fernández, C., Hernández, S., Baptista, P. (1998). *Metodología de la investigación*. México: Mc Graw Hill.

Fitzgerald, I., et al. (1981). *Psicología del desarrollo: el lactante y el preescolar*. México: El Manual Moderno.

Galeana Cisneros, R.. (1997). *La infancia desertora*. México: Fundación SNTE.

Garaigordobil Landazabal, M. (1995). *Psicología para el desarrollo de la cooperación y de la creatividad*. España: Desclée De Brouwe.

Gojman, S; Millan, S. (2003). Integrating attachment and social character approaches to clinical training: Case of studies from a Mexican Nahuatl village. London: Cortiva and Marrone of writing published papers.

Gurian, M. (1996). *De niños a hombres*. Argentina: Vergara.

- Laplanche Pontalis, J. (1994). *Diccionario de Psicoanálisis*. Colombia: Labor.
- Latirgue, B., T. (1994). *Guía para la observación de la calidad del vínculo materno-infantil durante el primer año de vida*. México: Universidad Iberoamericana.
- Leñero, L. (1994). Las familias en la Ciudad de México. Reporte de Investigación. México: DIF, UNICEF, CEMEFI, IMES.
- Leñero, L. (1995): La familia y sus respuestas organizacionales ante la crisis. En: *La familia: investigación y política pública*. México: UNICEF, DIF, Colegio de México.
- Liaudet, J. (2000). *Dolto para padres*. Barcelona: Plaza & Janés.
- López, F., Etxebarria, I., Fuentes, M., Ortiz, M. (1999) *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámide.
- Lorenz, K. (1978). *Fundamentos de la etología*. Barcelona: Paidós.
- Mikulincer, M. (1998). Adult attachment style and individual differences in functional versus dysfunctional: *Journal of personality and social psychology*, 74, 2, pp. 513-524.
- Minuchin, S. (1997) *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa.
- Mussen, P. H., et al. (1982). *Desarrollo de la personalidad de niño*. México: Trillas.
- Papalia, D. E., et al. (2001). *Psicología del desarrollo*. Colombia: Mc Graw Hill.
- Richardson, Richardson, R. (1990). *Tu carácter según el orden de nacimiento*. Barcelona: Urano.
- Robertiello, R. (1980). *Abrázalos estrechamente y después déjalos ir*. México: Diana.
- Sarukhán K., J. (1996). La familia, esa estructura cambiante. En: *Estudiar a la familia, comprender la sociedad*. México: SNDIF
- Shaffer, D. R. (2000). *Psicología del desarrollo: infancia y adolescencia*. 5ª edición, Madrid: Thomson.

Simpson J. (1990). Influence of attachment style in romantic relationships: *Journal of personality and social psychology*, 59, 5, pp. 971-980.

Spitz, Rene A. (1970). *El primer año de vida de niño*. España: Aguilar.

Sroufe, Alan. (2000). *Desarrollo Emocional*. México: Oxford University.

Vasta, Ross, et al. (1999). *Psicología infantil*. España: Ariel.

Watzlawick, P., Helmick, B. J., Jackson, D. (1981). *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona: Herder.